

de Canals, y el día 18 a Salvador Martí en Martorell y a Pascual del Río en Barcelona¹⁰³. Los prisioneros restantes fueron conducidos a Barcelona el día 15 y encerrados en la Ciudadela en medio de un gran revuelo¹⁰⁴; después, trece de ellos fueron embarcados para América y a los componentes de la familia Soler de Berty se les formó juicio en abril, un proceso que concluyó al mes siguiente con la condena de los inculcados a varias penas de presidio, reos del delito de colaboración con bandas facciosas¹⁰⁵. También en marzo, pero esta vez cerca de San Llorenç fue batido y muerto por los Tiradores de Isabel II José Andorra (a) *Nas*¹⁰⁶. Lo propio sucedió con una gavilla de entre 30 y 35 facciosos capitaneada por mosén Antonio Juan Pérez, beneficiado de García y natural de Gratallops¹⁰⁷, aniquilada a fines de mes por Voluntarios de Vilalba y Gandesa y el somatén de Corbera d'Ebre, Pinell de Brai y Miravet.

En junio se desarrolló un nuevo ciclo de escaramuzas y ejecuciones: el día 8 fue capturado en Moià el cabecilla Antonio Mas (a) *Xavana*, teniente ilimitado, a quien se ejecutó tras juicio sumarísimo e inmediato en Berga¹⁰⁸; el mismo día murió en un choque con mozos de escuadra de Sant Celoni *Gravat de Llinars*¹⁰⁹; el día 29 la columna de Churruca pasó por las armas en Sanaüja a cinco facciosos de la localidad¹¹⁰ y al día siguiente tropa, mozos de la Escuadra y urbanos de Solsona batieron a la partida del presbítero patrimonial de aquel obispado, Cristóbal Vilà, que murió en el encuentro¹¹¹.

Durante las semanas anteriores al desembarco de Romagosa en Barà, otra ofensiva isabelina liquidó un gran número de partidas pequeñas en lugares muy distantes, al tiempo que se continuó con la estrategia del terror: en agosto fue fusilado en Reus el *Vicario de*

103. [CRESPI 1833 a 1840], pp. 10-11.

104. *Ibidem*.

105. [BOPB], n° 2. 20-V-34.

106. [BCom], n° 158. 23-III-34.

107. [DdB] n° 98. 8-IV-1834.

108. [DdB] n° 161. 10-VI-1834.

109. *Ibidem*.

110. [DdB] n° 187. 6-VII-1834.

111. *Ibidem*.

*Alforja*¹¹² y capturado por los Voluntarios de Figueres el cabecilla Miroso con siete de sus hombres¹¹³. A principios de setiembre los urbanos de Agramunt ejecutaron a ocho facciosos hechos prisioneros en Vilves¹¹⁴. Tan solo en la semana escasa que va del 8 al 12 de ese mes se pasó por las armas en Amposta a Mariano Vidal (a) *Panolla*¹¹⁵, se capturó y fusiló a los hermanos Font, de S. Agustí de Lluçanès, al teniente ilimitado Lorenzo Ibáñez¹¹⁶, a José Molera (a) *Bolet de Tona*¹¹⁷, se ejecutó al cabecilla Corominas¹¹⁸ y Pou murió en una escaramuza en Montagut¹¹⁹.

Al terminar el año 1834 las partidas menores se encontraban faltas de apoyo y vertebración tras los golpes que se había asestado a todos los proyectos carlistas de algún relieve, así que, carecentes de los recursos y el armamento del exterior, fueron sucumbiendo una tras otra: a principios de diciembre fueron fusilados en Vic los cabecillas Turó (a) *Roqueta*, Prat, Camps y Vicente Marqués (a) *Tumanya*¹²⁰; el día 15 los destacamentos de Arbúcies, Viladrau y Sant Hilari batieron a Saura en Montseny¹²¹. Para concluir, la víspera de Navidad las partidas de Vallés, Paraceite, Guerista y *Xambonet* fueron derrotadas por la columna Azpíroz en La Sénia. En la acción murieron Paraceite, Guerista y 40 hombres más¹²². Vallés -autotitulado comandante carlista del corregimiento¹²³ y que llevaba en activo desde

112. [PONS ANGUERA 1988], p. 131.

113. [ECom], n° 102. 10-VIII-34.

114. [BOPB] n° 34. 9-IX-34.

115. [DdB] n° 261. 18-IX-1834.

116. [ECom], n° 140. 17-IX-1834.

117. [DdB] n° 258. 15-IX-1834.

118. [BOPB], n° 41. 3-X-34.

119. [BOPB], n° 37. 19-IX-34.

120. [CHAO 1847]. p. 74.

121. [DdB] n° 352. 18-XII-1834.

122. [DdB] n° 363. 29-XII-1834.

123. [CHAO 1847], p. 74.

enero¹²⁴, fue ejecutado en Tortosa cuatro días después con 16 de los suyos, mientras el resto de los capturados con él eran llevados a ajusticiar a sus propios pueblos. Por las mismas fechas se capturó al cabecilla Rafael (a) *el Porgador*, de la facción de la orilla izquierda del Ebro¹²⁵.

El segundo tipo de partida al que me refería al iniciar este apartado resistió mucho mejor la represión orquestada desde Capitanía y pasó a formar un núcleo correoso que iba a constituir el cuadro de las tropas carlistas catalanas en los años siguientes. Los nombres de los jefes de estas partidas corresponden a los de guerrilleros curtidos en las contiendas civiles de los últimos quince años y son mucho más conocidos que los que han aparecido en los párrafos anteriores: el *Ros d'Eroles*, el *Llarg de Copons*, *Muchacho*, *Boquica*, *Borges*, *Zorrilla*, *Caballeria*... y los hermanos *Tristany*, *Miguel* (a) *Esgarrat*, y el muy famoso *Mossén Benet*. La incorporación a la lucha de estos personajes no fue demasiado temprana, lo que marca una primera diferencia con los anteriores y es una indicación de su mayor tino: aunque se tienen noticias anteriores de sus movimientos¹²⁶, los primeros partes de guerra que hablan de combates con sus partidas datan de abril de 1834. Según las mismas fuentes, *Esgarrat* y el *Ros d'Eroles* tuvieron un encuentro con el regimiento de América cerca de Solsona el primer día de ese mes -un choque en el que, por cierto, murió el primero¹²⁷-, y el día 21 Voluntarios de La Pobla de Lillet cercaron a *Boquica* y a unos treinta hombres en una casa cercana a Castellar de N'Hug, aunque los facciosos consiguieron huir¹²⁸. Cinco días después, soldados del América y Voluntarios de Igualada combatieron al *Ros* y al *Llarg* en Pinell de Brai y el día 29 se atacó a *Benet Tristany* y al *Ros* en Fonollosa¹²⁹.

124. [BCom], nº 130, 17-I-1834.

125. [ECom], nº 251, 7-I-1835.

126. Por ejemplo, según [VILARDAGA 1919], p. 213, el 9 de octubre salió de Berga Sobrevias (a) *Muchacho*, oficial retirado, llevando consigo a doce individuos.

127. [DdB] nº 98, 8-IV-1834.

128. [DdB] nº 117, 27-IV-1834.

129. [DdB] nº 126, 6-V-1834.

A la vista del escaso número de partidarios que reunían y de lo poco que proliferaban sus acciones, estas gavillas no constituían el problema principal en ese momento, por lo que Llauder podía ufanarse con cierta razón de que:

Todas las facciones de Cataluña están reunidas en los confines del corregimiento de Cervera y Manresa compuesta de 300 y tantos facciosos estropeados, la mitad sin armas, con pocas municiones y peor comidos. Muchos se escaparían si no les hicieran entender que no se les ha de dar cuartel. Todo el resto de Cataluña está en perfecta tranquilidad: sólo en las faldas del Montseny divaga una [partida] compuesta de ocho a diez, mandados por el Bolet de Tona¹³⁰

Poco después de este informe, el día 13 de mayo de 1834, tuvo lugar lo que la historiografía carlista ha llamado de forma pomposa *batalla del Pont de l'Espia*, frente al Segre. Las facciones reunidas -del *Ros*, *Tristany* y *Llarg*, unos ciento cincuenta hombres en total- fueron acorraladas, perseguidas y dispersadas al volver de Vilanova de Meià por las tropas liberales de la columna Colubí y Magrat, engrosadas por Voluntarios de Terrassa, Sabadell y Martorell¹³¹. El día 25, por último, tropas de infantería y mozos de escuadra de l'Arboç rechazaron y dispersaron en Mas de la Riera a 55 facciosos de la partida del *Llarg*¹³².

En estos momentos, las dimensiones de las partidas carlistas catalanas eran mínimas si las comparamos con las que alcanzaron las guerrillas realistas, los *malcontents*, e incluso con las de otros grupos armados de fuera de Cataluña, que contaban con la posibilidad de realizar levadas con ayuda de algunas instituciones. Los escasos facciosos catalanes de 1834 eran gentes avezadas en la técnica de las guerrillas, que se movían con agilidad en pequeños grupos por territorios muy extensos y accidentados -del Ebro a los Pirineos y del Segre al macizo de Montserrat¹³³- y que usaban como táctica preferente la de reunión de gavillas menores en una mayor para realizar una acción en concreto y, en caso de derrota, dispersión aprovechando el terreno. Pero si estos guerrilleros se movían en un gran espacio en pequeños

130. [ECom], nº 14, 14-V-1834.

131. [DdB] nº 137, 17-V-1834.

132. [DdB] nº 149, 29-V-1834.

133. Eso explica que, al contrario que las partidas menores, en estos grupos hubiera individuos de procedencias muy diversas. Así, en la partida de Borges figuraban -siempre según las listas de presos e indultados- tres naturales de Baldomar (Artesa de Segre), uno de Camarasa y tres de Cubells; en la de *Grisset de Cabra y Llarg* once de Igualada, uno de La Seu, uno de Navaroles, uno de Valls, cuatro de Manresa, uno de la Bisbal del Penedès, ocho de Masllorenç, uno de Olesa de Montserrat y uno de Santa Cristina d'Aro; en la de *Muchacho* uno de Berga y uno de Manresa; en la del *Ros* uno de Alella, uno de Alins, uno de Anglesola, uno de Artesa de Segre, dos de Cardona, tres de Cervera, uno de Cortiada, uno de Jorba, uno de Fómols, uno de Sanauja, uno de Torà, uno de Llanera (Torà) y uno de Xerta; en la de Royo uno de la Vall d'en Bas, uno de Rossell, uno de Tortosa y uno de Xerta; en la de *Tristany* uno de Cervera y uno de Sanauja.

grupos es porque no podían considerar seguro ningún territorio o, lo que es lo mismo, la adopción de estas técnicas de combate no demostraba un avance en la causa carlista en Cataluña, sino que una consecuencia de su debilidad y de su falta de apoyo en el campo. El mantenimiento de ese estado de dispersión hubiera condenado al carlismo armado catalán a la consunción porque, como la entrada de Carnicer había demostrado, sólo era posible la recluta forzosa contando con un contingente militar lo suficientemente compacto.

El desembarco de Romagosa alivió un tiempo estas apreturas¹³⁴, porque, al igual que las partidas menores, las de cabecillas como *Ros*, *Llarg* o *Tristany* se mostraron muy activas en el mes de setiembre de 1834. Pero tras el fracaso del desembarco, las partidas veteranas hubieron de recogerse¹³⁵ y esperar mejor coyuntura. *Tristany*, por ejemplo, se refugió en la montaña de Montserrat, pero ni siquiera allí encontró un asilo acogedor: al bajar a Collbató el 26 de noviembre con unos cincuenta hombres, los habitantes del pueblo tocaron a somatén y los facciosos fueron rechazados¹³⁶. Al finalizar el año 1834, la atonía y el desmayo que afectaban al conjunto del carlismo catalán llegaban a también a estos persistentes guerrilleros. La contrarrevolución en Cataluña atravesaba una mala temporada, como el Subdelegado de Policía de Cataluña señaló en el siguiente parte:

El Subdelegado de Vich en la Provincia de Barcelona me dice; que en vez de decaer el espíritu público con la aparición de las gavillas en aquel partido, toma mayor fuerza= El Gobernador Civil de la Provincia de Tarragona, que se ha recibido con gran júbilo la noticia de las recientes derrotas de los rebeldes de Navarra: esto ha sido general en todo el Principado= El Subdelegado de Talam en la Provincia de Lérida me dice que la aproximación de la gavilla del *Ros* de *Eroles* que desde la noche del 12., al 13., hasta el 16., en que fue batida por el Teniente Coronel Metzger estuvo en los extremos de aquel Corregimiento no ha producido otro efecto que el de haber desaparecido del mismo algunos miserables sujetos insignificantes en la sociedad de cuya conducta ya se sospechaba y contra quienes se procede con arreglo a las leyes y órdenes vigentes: que toda la comarca estuvo en alarma pues que la facción se dirigió hacia *Orgañá* en aquellos días con el doble objeto de sublevar la gente que sus agentes les habían ofrecido reunir, llamando hacia aquel punto la atención de las tropas y dirigirse después a la cabeza misma del Corregimiento: mas que todo se ha desvanecido y no han logrado pisar un pueblo del mismo= De las demás comunicaciones que he recibido relativas a este artículo desde mi parte anterior resulta que en la semana que se acabó el día 20 se ha mantenido en buen sentido y decidido por la Reyna N^a S^a y por el gobierno de su

134. Las noticias en este intermedio son confusas. [LLORENS I SOLÉ 1981] (p. 116) refiere que se perpetraron abundantes asesinatos en la comarca del Solsonés en junio de 1834 y señala que *Liauder* los atribuyó a los carlistas.

135. El 6 de setiembre tuvo lugar una acción en *Timoneda* entre la columna *Churruca* (compuesta por el regimiento de *Zamora* y voluntarios de *Solsona*) y el *Ros d'Eroles* ([DdB] n^o 304, 31-X-1834). Al día siguiente, y hasta el 10, *Van-Halen* operó en *Aguilar* contra *Tristany*, *Gualdo*, *Llarg* y otros, que sumaban unos 100 hombres ([BOPB], n^o 36, 16-IX-34). El 15, dos compañías del Batallón de *Zamora* y mozos de escuadra se enfrentaron a *Tristany* y el *Ros d'Eroles* -ahora unos 80- en *Sant Diu* (*Menge*) ([BOPB], n^o 37 (supt.), 19-IX-34.). El 19 de setiembre, por fin, tropas varias vencieron y dispersaron al grupo de *Caballería*, *Montaner* y *Muchacho* (unos 100), en *Moreta* y *Alpens* ([DdB] n^o 273, 30-IX-1834).

136. [DdB] n^o 332, 28-XI-1834.

augusta madre, que me es muy satisfactorio participar a V. S.¹³⁷

137. [S. H. M.] Sección 2ª, 4ª División, Orden público. Rebeliones; Legajo 202; Orden público y rebeliones (1823-1880). Parte de espíritu público de Cataluña, emitido por la Subdelegación de Policía, al Secretario de Estado y Guerra. Apéndice N° 2.20.

2.3- JUSTO MEDIO Y DESPOTISMO ILUSTRADO

Al Gobierno Martínez de la Rosa le gustaba representarse a sí mismo como el del *justo medio*, una consigna del liberalismo más conservador que buscaba establecer las bases para una reforma del Estado y de la sociedad de una forma gradual, sin sobresaltos ni excesivas concesiones a absolutistas conversos ni liberales exaltados¹. Con el nuevo ejecutivo había pasado el momento del *despotismo ilustrado*, es decir, la época de la primacía de las reformas administrativas sin contenido político conflictivo, que había sido el rasgo más acusado del Gobierno Zea Bermúdez y del ministro de Fomento Burgos. Sin embargo, como suele suceder en estos casos, la nueva fase política no estuvo separada del pasado por un corte seco, toda vez que Burgos permaneció unos meses en el gobierno y que, como se verá más adelante, el *despotismo ilustrado* pervivió algo más de un año en Cataluña². Por otro lado, el *justo medio* de Martínez de la Rosa aparece a la luz de los resultados que obtuvo más como una fase de estancamiento y de impotencia que como una de reforma, por precavida que ésta fuera.

Hasta finales de abril, el nuevo gabinete limitó sus esfuerzos a completar la amnistía mediante los decretos de ampliación de 7 de febrero y 20 y 26 de abril de 1834, en tanto que dejó las espinosas pero centrales cuestiones de la reforma de la Iglesia y del retorno a sus compradores de los bienes desamortizados del Trienio en manos de una inoperante Junta Eclesiástica, encargada de estudiar esos asuntos³. En el ínterin hubo tiempo para que Martínez de la Rosa, en colaboración con personajes como Burgos o Garelli, acabara su máxima creación política, la clave de bóveda del sistema: el Estatuto Real, sancionado por la Reina Regente el 10 de abril de 1834. El Estatuto fue menos una carta otorgada que lo que hubo quien calificó de *cartel de 'habrá elecciones'*, supuesto que no contenía declaración alguna

1. La tendencia al pacto era, no obstante, uno de los elementos básicos de un sistema y un jefe de gobierno que de otro modo no hubieran sido motejados de *pasteleros*.

2. Uso el término con el sentido que le confirió la publicística liberal barcelonesa de la época, que consideraba como tal todo el periodo de mando de Llauder, hasta la revolución del verano de 1835.

3. Aunque la Junta era una instancia pensada para el acuerdo con Roma, los obispos que la compusieron (los de Lugo, Sigüenza, Santander, Astorga, Huesca y Almería, el arzobispo de México, el ex-obispo de Cartagena y el obispo presentado de Teruel) no fueron gratos a la Santa Sede. La Junta terminó su existencia en febrero de 1836 "con un estéril dictamen que la Reina no se dignó aprobar, y por ello quedó prácticamente sin efecto" ([CARCEL 1975], pp. 252-253).

de derechos, ni hacía alusión a la soberanía, ni diseñaba ninguna organización del Estado⁴. En realidad, con él se pretendía dar cumplimiento con catorce años de retraso al *plan de cámaras* francés de 1820, ya que, imitando en todo sistemas políticos extranjeros -el francés, pero también el británico- que no se las tenían que ver con ninguno de los graves problemas que acuciaban a la España de 1834, el Estatuto se limitó a establecer las características y funcionamiento de unas Cortes formadas por dos cámaras: el Estamento de Procuradores, elegido mediante un sufragio extremadamente censitario, y el Estamento de Próceres, compuesto por miembros natos y designados por la Monarquía. La convocatoria de elecciones se publicó el 20 de mayo de 1834; a Cataluña le correspondieron catorce Procuradores sobre un total de 188 (6 para Barcelona, 2 para Lleida, 3 para Girona y 3 para Tarragona).

Así estaban las cosas cuando estalló el motín anticlerical del 17 de julio de 1834 en Madrid. Su causa eficiente fue que la Corte estaba padeciendo las consecuencias de la epidemia de cólera que habría de visitar Cataluña el otoño siguiente. Debido a lo rápido y extraño de la mortandad, se desató un pánico colectivo que buscó la causa del mal y la encontró enseguida en el supuesto envenenamiento de las fuentes por parte de los frailes. A partir de esa conclusión, grupos de vecinos atacaron a los que creyeron culpables en los conventos de San Isidro, Santo Tomás, la Merced, San Francisco y Atocha, mientras la Milicia Urbana se quedaba quieta a la espera de unas órdenes que no llegaron hasta que no se hubo contabilizado cerca de 80 víctimas⁵. Anna Maria García ha calificado estos sucesos como una "explosió d'ira popular que encaixa perfectament dins el quadre de les revoltes preindustrials"⁶y, en efecto, el estallido anticlerical careció de organización y fines políticos conscientes. También fue el producto de un odio creciente hacia el clero regular que tenía un origen más profundo porque, aparte de su condición de terratenientes, caseros y prestamistas,

4. La muy positiva valoración del Estatuto que hace Joaquín Tomás Villarroya, al considerarlo "el primer texto español que articuló un programa de liberalismo moderado" (p. 15) o concederle el mérito de "haber puesto definitivamente término al régimen absolutista en España" ([TOMÁS VILLARROYA 1968], p. 575), no está justificada. Frente a estas alabanzas se alzan, como mínimo, dos barreras insalvables: en primer lugar, la inanidad de un texto vacío que no llega a merecer ni el calificativo de carta otorgada, ya que no otorga nada; y en segundo lugar, la imposibilidad de que un trozo de papel acabe con un sistema social y político. Claro que todo es admisible para quien considera que el fracaso del régimen del Estatuto se debió a una guerra civil que no tuvo más causas que "la probada capacidad ibérica para la intransigencia y la discordia civil" (*Ibidem*, p. 586).

5. [PIRALA 1889-1891], T. I, pp. 394 a 399. [GARCÍA ROVIRA 1989] (p. 109) nos ha ofrecido el resultado de la causa judicial posterior: "La bullanga es va cloure amb dues execucions, 34 condemnes a presidi, de les quals set a 10 anys, que era la pena immediatament inferior a la de mort, 40 condemnes equivalents a la presó completa i 27 absolucions o sobreseïments. (...) Pel que es desprèn de les sentències, els dos condemnats a mort, Martín Fornes i Joaquín Aro, foren acusats de robatori, i en la majoria dels casos en què s'especificaven els càrrecs s'al·ludia a objectes o diners robats"

6. [GARCÍA ROVIRA 1989], p. 103.

los monasterios aparecían, no sin fundamento, como los principales instigadores de la facción carlista y, por ende, de la guerra.

Cataluña no estaba siendo ajena al fenómeno de concentración de los odios de las masas en el clero, regular o secular. Así, en febrero del año 1834, se montó en Reus una chacota carnavalera que tuvo por principales destinatarios a los religiosos en general y a los frailes en particular. Pere Anguera nos lo cuenta:

un grup de joves féu una mascarada, en la qual participaren gent de tots els estaments, simulant una processó que tombà pels carrers entonant una mena de salmòdia. Portaven penjada d'una forca una paròdia del 'Llibre verd', el catàleg de liberals efectuat pels absolutistes durant la dècada ominosa, i tancav la desfilada la reproducció del drac que en 1827, absolutistes i franciscans, havien tret al carrer per espantar els liberals. La processó s'acabà al Mercadal, després de voltar tot Reus, on forca, llibre i drac foren cremats enmig d'aplaudiments.⁷

A partir de entonces, los franciscanos de Reus fueron objeto de ataques menos humorísticos por parte de los Voluntarios de Isabel II⁸. Lejos del Baix Camp, en Solsona, el obispo Tejada publicó en el mes de mayo una circular en la que se refirió a los ultrajes cometidos por individuos de las rondas volantes contra las imágenes de los santos y los vasos sagrados de algunas iglesias⁹.

Las raíces del anticlericalismo y su aparición recurrente en las revueltas populares en la España contemporánea han dado lugar a una abundante bibliografía, casi siempre de tono muy conservador, que ha aducido los motivos más diversos para explicarlos. Sin tiempo para discutir algunas de esas interpretaciones, lo único que señalaré es que, como tantas otras cosas, el furor anticlerical en momentos revolucionarios no es privativo de España, y menos en estos años. En Francia, por ejemplo, inmediatamente después de la revolución de 1830 "le mouvement révolutionnaire trouvait des échos en province surtout sous la forme d'une agitation anticléricale, des séminaires étaient mis à sac (...). Le clergé était un peu partout soupçonné de sympathies pour les carlistes, les partisans de Charles X"¹⁰. Más tarde, en la primavera de

7. [ANGUERA 1991], p. 30.

8. "El miliciano jornalero (...) quedando obligado a los ejercicios militares dirigidos por el jefe y primera autoridad D. Jose Maria Montemayor, quien tenia que contener insultos contra los franciscanos" [BOFARULL 1846], p. 252.

9. [LLORENS I SOLE 1981], p. 116.

10. [JARDIN-TUDESCQ 1973], p. 129.

1832, tuvo lugar en el país vecino idéntica concatenación de causas (cólera, inseguridad política, sospechas sobre el clero) y similares consecuencias (una oleada de histeria colectiva, violencia y anticlericalismo, en suma una pequeña *grande peur*¹¹).

La apertura de los Estamentos el 24 de julio de 1834 había de celebrarse en este enrarecido ambiente. Ni los más exaltados esperaban que entrara en vigor en cualquier momento la Constitución de Cádiz, cuyo solo nombre traía a muchas mentes el recuerdo de pasados enfrentamientos civiles, pero entraba dentro de una lógica reformista que Martínez de la Rosa, tras el comprensible receso que significó el Estatuto Real, hubiera dado un paso adelante otorgando a las nuevas cámaras un carácter constituyente. Como no fue así, y vistas las sendas por las que podía transitar la ira popular si no se la guiaba, los liberales integrados en la sociedad secreta *La Isabelina* (Palafox, Romero Alpuente, Calvo de Rozas, Olavarría y otros, bajo la dirección del problemático Aviraneta)¹² consideraron con buen juicio que el camino seguido no era el correcto y prepararon un pronunciamiento encaminado a la deposición del Gobierno Martínez de la Rosa¹³ y a la discusión en Cortes de un proyecto de Constitución elaborado por Olavarría¹⁴. La insurrección había de verificarse el mismo día 24 de julio, pero un implicado en la conjura, el capitán Civat, informó de ella a las autoridades el día anterior, la conspiración fue desarticulada y algunos de sus inspiradores presos. Las causas que se instruyeron a partir de entonces no reportaron más que la prisión de Palafox, hasta marzo de 1835, y la de Aviraneta, hasta agosto del mismo año; Romero Alpuente, Calvo de Rozas y Olavarría fueron puestos en libertad sin cargos a principios de noviembre de 1834¹⁵.

Tras estos sucesos se abrieron las primeras Cortes del Estatuto, que decepcionaron incluso a los liberales más prudentes. Sin consciencia de la prisa y la energía que imponían

11. *Ibidem.* p. 131.

12. [GARCÍA ROVIRA 1989], pp. 146 a 160. El propio Aviraneta siempre se presentó como líder de la conjura: "yo fui el fundador de la confederación isabelina, y que he sido un constante conspirador a favor del legítimo trono de la Reina Doña Isabel II y de la verdadera libertad del pueblo" ("Lo que debiera ser el Estatuto Real, o Derecho público de los Españoles", en [BERTRAN SOLER/AVIRANETA 1836-1], p. 21).

13. En el proyectado Gobierno, la cartera de Estado le correspondería a Pérez de Castro, Interior a Flórez Estrada, Hacienda a Calvo de Rozas, Guerra a Valdés y, curiosamente, la subsecretaría del mismo despacho a Llauder ([PIRALA 1889-1891], p. 402).

14. [PIRALA 1889-1891], T. I, pp. 400 a 405.

15. [El Catalán], nº 46, 15-XI-1834.

la guerra, la quiebra del Estado y la penosa situación de la economía del país, los Argüelles, Alcalá Galiano, Flórez Estrada y demás se dedicaron a perorar hasta el hastio sobre unos pocos temas¹⁶, vestidos, eso sí, con uniformes especialmente diseñados por Martínez de la Rosa¹⁷. En la práctica, los únicos asuntos que se abordaron hasta finales de 1834 fueron la recuperación de empleos para los represaliados del Trienio, la lista civil de la Casa Real y la deuda pública. De todos ellos el último era, con mucho, el más importante, pero la larga discusión que motivó no trajo más que el reconocimiento de todas las deudas y empréstitos contraídos hasta entonces -excepto el de Ghebbard-, la conversión de éstos en deuda activa y pasiva y la autorización al Secretario de Hacienda para negociar un nuevo empréstito por valor de 400 millones de reales¹⁸

- El despotismo ilustrado en Cataluña:

Mientras el sistema del *justo medio* representado por el Gobierno Martínez de la Rosa predominaba en Madrid, en Cataluña persistía la línea de actuación administrativa y económica que se había iniciado en diciembre de 1832, con la toma de posesión de Llauder como Capitán General de Cataluña. Desde esos momentos hasta mediados del año 1835 en el Principado rigió un esquema de poder militar-político al que los historiadores de este período no han concedido la suficiente atención, seguramente porque publicistas liberales como Francisco Raüll y Joaquín del Castillo -que, no obstante, son fuentes imprescindibles- lo oscurecieron para realzar el papel de los liberales en el poder tras la revolución del verano de 1835. Pero lo cierto es que el sistema presidido por Llauder funcionó muy bien, entre otras cosas porque coadyuvó al crecimiento económico y posibilitó la integración de muchos

16. En la penosa revisión de esas sesiones, transcrita en los diarios de la época, no he encontrado intervenciones de representantes catalanes ni sobre Cataluña. Parece ser que, al igual que en Cádiz y en el Trienio, los procuradores catalanes fueron en el Estamento *diputados mudos*.

17. No me resisto a transcribir aquí la pintura que de ese espectáculo nos legó Larra: "Si vuesa merced tiene baraja, como es de suponer, mirando el rev de espadas podrá formar una idea aproximada, y por ende vera que es bonito; y que si bastan, como es de creer, para costearle los sesenta mil reales del procerazgo, ha de ser curioso el ver a esos señores vestidos y hablando, todo a un tiempo" (de "Carta de Figaro a un bachiller, su corresponsal", [LARRA 1833-1836], T. I, p. 423).

18. [FONTANA 1977], pp. 66 a 69.

liberales en puestos dirigentes¹⁹. Para ello se recurrió a instituciones como la propia Capitanía o el Ayuntamiento de Barcelona²⁰, pero sobre todo se alentó la reconstrucción de la trama paraoficial de dominio burgués²¹.

Una paso importante en ese sentido fue la refundación, a principios de agosto de 1834, de la Sociedad Económica de Barcelona²² -cara y voz pública de la Comisión de Fábricas-, que estaba compuesta tanto por intelectuales (Eudaldo Jaumandreu, el jurista Ramón Martí d'Eixalà, el historiador Juan Cortada y el memorialista Avelino Pi y Arimón) como por industriales y propietarios (Erasmus de Janer, Pablo Vilaregut, Juan Agell, Juan Girona y Valentín Esparó)²³. Las primeras intervenciones públicas de la Comisión tuvieron mucho que ver con que se estuviera asistiendo en estos años a cierto crecimiento industrial, ya que, además de alertar con frecuencia sobre los peligros que amenazaban a la naciente industria textil²⁴, los fabricantes se manifestaron sobre algunos de los efectos más universales del proceso industrializador, como el endurecimiento de la disciplina y las condiciones de trabajo. En este sentido, es muy conocida la exposición que los operarios de las fábricas de tejidos de algodón de Barcelona dirigieron al Capitán General, en la que se denunciaban despidos y algunos manejos de los propietarios de fábricas, como el alargamiento de las piezas de tela²⁵; La Comisión de Fábricas respondió alegando que el sueldo de los trabajadores del nuevo textil del algodón no era menor que el que se pagaba en otras industrias, al tiempo que tildó

19. La solidez del *despotismo ilustrado* catalán y su capacidad de integración fueron las razones más poderosas de que hasta entrado 1835 no cuajara una oposición liberal. La represión de Capitanía también ayudó, pero mucho menos de lo que siempre se ha sostenido: hay que dejar constancia al respecto de que el 16 de enero de 1834 fueron apresados el capitán Antonio Suárez y el abogado Francisco Raül, bajo la acusación de "tener Juntas secretas en que trataban de dar el grito de Viva la Constitución del año 1812" ([CRESPI 1833 a 1840], pp. 4-5), pero la información sobre conspiraciones liberales en esta fase termina ahí.

20. En el de 1834, compuesto aun con las reglas de la década ominosa, puede encontrarse a Ramón Roig y Rey, ex catedrático de Cervera represaliado en 1823 ([DdB], nº 2, 2-I-1834).

21. Cualquier testimonio de la época que se busque confirma el gran retiro que tuvo Llauder en estos momentos entre la población catalana. Así, para el agricultor y vinatero Jaume Galobardes, de Santa Coloma de Gramenet "el dit Llaudé anà perseverant en la seva ocupació de General essent molt a gust dels catalans, particularment dels barcelonesos" ([GALOBARDES 1992], p. 62).

22. Los miembros de este foro cívico-económico eran: Alberto Pujol, Agustín Yáñez, José Mariano de Cabanes, Josef de Miró, Josef Martorell (todos ellos ya lo fueron durante el Trienio), Ramón Roig y Rey, Próspero de Bofarull, Eudaldo Jaumandreu, Félix Janer, Antonio Moumany y Agustín Ortells (nuevos miembros); en octubre ingresaron Bonaplata, Vilaregut, Agell, Girona, Mas y Esparó ([LLUCH 1973], pp. 229-230).

23. *Ibidem*, p. 232.

24. De entre ellos, la auténtica *bestia negra* era la introducción de artículos extranjeros, asunto al que [El Vapor] dedicó una larga serie de artículos (números 84 a 90, en julio de 1834).

25. [CARRERA PUJAL 1961], p. 236.

de holgazanes a los obreros, porque éstos se pasaban buena parte de la jornada en la taberna y dejaban de ir al trabajo los lunes.

La actitud de trabajadores y patronos en el conflicto anterior resultan familiares, ya que muestran el mismo deterioro de la *economía moral de la multitud* que acompañó a la industrialización inglesa²⁶, y por ello constituyen una buena prueba de lo mucho que estaba cambiando la sociedad catalana a mediados de la década de los treinta. Sin embargo, el grado de organización de los industriales y su capacidad para expresarse oculta la atención que el *despotismo ilustrado* concedió a intereses económicos más tradicionales, como los de propietarios, terratenientes y rentistas. Como no era industria todo lo que relucía en la Cataluña de 1834, la prensa que patrocinaba la Capitanía no dejó de reclamar una reparación al despojo que significó el retorno a la Iglesia de los bienes desamortizados durante el Trienio. *El Vapor* afirmaba en mayo de 1834 -más de un año antes de la reintegración de bienes vinculados a sus compradores- que "puede considerarse la indemnización de bienes nacionales como incontestable principio de equidad, en cuanto a que remedia una expoliación arbitraria"²⁷. En consecuencia, la reforma de la Iglesia, que tan lentamente acometía el Gobierno Martínez de la Rosa, era perentoria:

Hemos indicado que el clero se ha de *reducir*, y de ninguna manera *despojar*. Lo primero es una medida estadística: lo segundo, una providencia arbitraria. Si consta de cien individuos y bastan cincuenta para el consuelo espiritual de los españoles, entran sucesivamente en el tesoro los bienes de una mitad²⁸

El restablecimiento del poder burgués en los márgenes del Estado no podía ser completo si no se ocupaban los centros generadores de ideología, por lo que no es casual que el mismo día que se promulgó el primer decreto de amnistía, 7 de octubre de 1832, otro permitió la reapertura de las Universidades, cerradas desde 1830 porque la Monarquía de Fernando VII las consideraba caldo de cultivo de ideas disolventes. En Cataluña, esta vuelta a la normalidad académica revistió una complejidad mayor que en otros lugares, puesto que

26. Sobre la teórica tendencia a la vagancia de los obreros y su resistencia a respetar los horarios laborales puede resultar ilustrativo confrontarla con la celebración de San Lunes magistralmente descrita en [THOMPSON 1979], pp. 258 a 267.

27. [El Vapor] n° 62. 24-V-1834.

28. [El Vapor], n° 130. 25-IX-1834.

la Universidad catalana con sede en Cervera había nacido a principios del XVIII como un firme baluarte del absolutismo y siempre había mantenido ese carácter. Por ese motivo, la realista Cervera perdió la titularidad universitaria en favor de Barcelona durante el Trienio²⁹ y volvió a recuperarla en la década absolutista. En 1832, por tanto, la reapertura iba ligada al cambio de aires político, significaba volver a entrar en la querrela entre ambas sedes y, en última instancia, en la decisión sobre el ideario de la enseñanza superior en el Principado. Por añadidura, si se quería llevar a buen puerto el programa de pausada integración liberal, urgía reponer en sus puestos a los profesores represaliados el año 1823, como Ramón Roig y Rey, Jaime Quintana o Antonio Vila, algunos de ellos -Roig y Rey sobre todo- excelentemente situados en las nuevas organizaciones económicas y en la administración.

Ya en abril de 1833, el Ayuntamiento de Barcelona había solicitado la restauración de algunas cátedras en la ciudad, sin pedir aún el traslado de la antigua Universidad, para lo que se requirió un informe a Cervera que, por supuesto, fue negativo³⁰. Al mismo tiempo, el claustro cerverino se apresuró a protestar fidelidad a la causa de la Reina Regente e Isabel II, pretendiendo desmentir con ello la opinión del Capitán General, quien presentaba la Universidad de Cervera como un centro de conspiración carlista. Con el ministerio Martínez de la Rosa, el consistorio barcelonés renovó su solicitud, esta vez apoyada por Llauder, que fue más lejos y llegó a sugerir el traslado inmediato³¹. Más adelante, la Real Orden de 2 de abril de 1834 restableció en sus puestos a los catedráticos sancionados el año 23 y subsiguientes. Haciendo de la necesidad virtud, el rector de Cervera, Bartolomé Torrabadella, propuso en mayo a la inspección que Roig y Rey fuese repuesto en su cátedra³². Torrabadella, futuro *factotum* de la Junta carlista del Principado de Cataluña³³, se dedicó desde entonces a enviar representaciones al Gobierno para que se mantuviera el antiguo centro, aduciendo las

29. [CUESTA 1977], p. 13.

30. *Ibidem.* pp. 15-16.

31. *Ibidem.* pp. 16-17.

32. [PALOMEQUE 1974], p. 70.

33. Los antecedentes de Torrabadella no eran lo que se dice liberales, ya que participó en una junta formada en 1827 para organizar un levantamiento en Cervera a favor de los *malcontents* ([PIRALA 1889-1891], T. I, p. 39).

enormes ventajas de la vieja *alma mater* para los estudiantes³⁴. El Ayuntamiento de Barcelona y los foros burgueses de la ciudad no cejaron y, con el apoyo de otras ciudades catalanas (Girona, Mataró, Vic, Manresa, Tarragona, Granollers, Vilafranca, Berga, Vilanova, Reus), pugnaron por conseguir para la capital del Principado una de las nuevas Universidades Literarias, aún en estudio por una comisión de las Cortes³⁵. La batalla empezó a estar perdida para los absolutistas de Cervera hacia el otoño de 1834, la época en que empezó a registrarse el abandono de algunas cátedras³⁶. Quienes se marchaban formarían más tarde, junto con el rector Torradaballa, el sector más radical del carlismo catalán, justamente etiquetado como grupo *universitario*.

El sistema del *despotismo ilustrado* contribuyó al crecimiento económico y a la consolidación del poder burgués, pero donde demostró mayor eficacia fue en la gestión de la guerra, a diferencia del Gobierno Martínez de la Rosa. Éste promulgó a mediados de febrero de 1834 el decreto de creación de la Milicia Urbana, un tímido intento de resucitar la Milicia Nacional del Trienio, pero nadie -tanto si era liberal como si no- que estuviera interesado en el avance de las reformas, en la revolución o tan solo en ganar la guerra podía valorar positivamente un despliegue de fuerza armada que sólo movilizaba al uno por ciento de la población y excluía a las localidades de menos de 700 vecinos. En Cataluña, semejantes cortapisas se tradujeron en los datos del cuadro 1³⁷:

Cuadro 1: La Milicia Urbana en Cataluña (febrero de 1834)

PROVINCIAS	PUEBLOS + 700 V.	URBANOS	PUEBLOS SIN
Barcelona	16	2130	527
Tarragona	12	955	278
Lleida	3	92	906
Girona	21	1816	223
TOTAL	52	4993	1934

34. "La cèntrica situació que li és pròpia respecte a les altres ciutats del Principat, els còmodes allotjaments per als estudiants, la producció barata d'aliments de primera necessitat, la sanitat del seu clima, les diversions honestes que es troben a la ciutat, el soberb edifici de la Universitat, els avantatjosos fruits que ha produït durant la seva existència, etc." ([CUESTA 1977], p. 18).

35. *Ibidem*, p. 17.

36. [PALOMEQUE 1974], pp. 75-76.

37. Confeccionado con los datos de [BCom], nº 145, 21-II-1834.

Las absurdas limitaciones que se impusieron al principio pronto se repensaron, así que en dos decretos de 20 de febrero y 1 de marzo de 1834 se redujo a 500 vecinos el mínimo requerido a una población para tener Milicia, al tiempo que se sustituyó la exigencia de renta de 300 reales por la de simple posesión de rentas propias o ejercicio de artes y oficios³⁸. Además, en febrero se puso en marcha una quinta de 25.000 hombres, la primera leva masiva de la guerra³⁹. Con todo, estas rectificaciones no resolvieron la indecisión entre los dos modelos de Milicia que se irían perfilando con los años: el moderado, que la concebía como una fuerza limitada de burgueses y propietarios, y el exaltado, que ampliaba su base social con la menestralía y la pequeña burguesía, la clientela natural del ala izquierda del liberalismo⁴⁰.

Como en otros aspectos de la construcción del nuevo Estado, las divergencias en el seno del liberalismo no agotaban las posibilidades, ya que además de las dos opciones antedichas existía la que se había desarrollado en Cataluña, de características propias. Ya se vio en un capítulo anterior que los preparativos para la guerra contra los carlistas fueron muy tempranos en el Principado, y que se basaron en la formación de unidades armadas de cuño propio: los Voluntarios de Isabel II, cuyas filas se habían completado no a base de pequeños burgueses o menestrales, sino de jornaleros, convenientemente encuadrados por la alta burguesía. Pues bien, el 22 de marzo de 1834, poco después de instituir la Milicia Urbana, el Gobierno Martínez de la Rosa aceptó algunos de los presupuestos del sistema defensivo catalán y facultó a los Capitanes Generales para organizar compañías francas con soldados voluntarios a las órdenes de oficiales y suboficiales retirados⁴¹. En Cataluña, los Voluntarios siguieron existiendo⁴², aumentaron sus efectivos y continuaron soportando la mayor parte del peso de la guerra junto con el ejército regular, igualmente formado por pobres, pero en este caso nacidos fuera de Cataluña. Además, entre los capitanes de *migueletes* -como también se

38. [PÉREZ GARZÓN 1978], p. 381.

39. Como en los años posteriores, la quinta no afectó a Cataluña -o a Navarra, o a las Provincias Vascongadas- del mismo modo que al resto de España, ya que en el Principado se verificaba por cupo de sustitutos. Como se verá en capítulos posteriores, la mayoría de los Ayuntamientos catalanes pagaron las redenciones, de forma que las quintas, cuando las hubo, no fueron un impuesto de sangre sino un impuesto en dinero.

40. Un completo análisis puede encontrarse en [PÉREZ GARZÓN 1978], pp. 383 y ss.

41. [MARTÍNEZ RUIZ 1973], p. 106.

42. Un Real Decreto de fecha 1 de marzo de 1834 confirmó su permanencia a las órdenes de los Capitanes Generales y pasó a considerarlos Milicia móvil ([BOPC] Nº 57, 13-III-1834). Su organización definitiva se produciría el 19 de octubre de ese mismo año.

les conoció- todavía figuraron algunos personajes que a partir del verano de 1835 iban a organizar en su torno al liberalismo progresista, como Antonio de Gironella, Juan Antonio de Llinàs o Mariano Borrell⁴³.

Este abigarrado dispositivo de seguridad permitió un amplio despliegue gubernamental en cataluña, donde se solventó la inoperancia militar de la que adolecía el Gobierno Martínez de la Rosa. No obstante, la unidad de elementos tan heterogéneos sólo pudo conseguirse con la centralización de las decisiones, y para ello el Capitán General conservó el mando directo de la mayoría de las piezas del sistema (a saber, Voluntarios, Ejército, *Parrotes*, Mozos de Escuadra y Compañías francas), a los que organizó siguiendo la antigua división corregimental, que era la que se observaba en el ejército. Naturalmente, las implicaciones de esta hegemonía del Capitán General fueron más allá de lo militar, puesto que la concesión de poderes omnímodos al *sátrapa* condicionó la vida política del Principado en su conjunto. De este modo, en Cataluña adquirió un nuevo sentido un rasgo particular del Antiguo Régimen español, cual era recurrir en momentos de crisis a las Capitanías, convertidas en organismos políticos y militares, concentraciones de poder militar-civil que funcionaran como baluarte ante fuertes presiones sociales.

No es de extrañar que a los grupos a los que Llauder representaba les conviniera una Milicia Urbana restringida⁴⁴, lo mismo que a los liberales *justimedistas*. A ambos les asustaba el acceso a las armas de la pequeña burguesía y la menestralía, clases a las que se suponía con razón dispuestas a apoyar al liberalismo más neto. En Madrid, ese miedo ocasionó el aplazamiento durante largos meses -hasta octubre- del reglamento de los Urbanos y después la larga y difícil discusión sobre él⁴⁵. En Cataluña la creación de nuevas compañías de Voluntarios vino acompañada con frecuencia por fricciones entre grupos locales de intereses, como las que se notaron en Badalona, donde los caciques de la villa pretendieron imponer

43. *Despedida de los Voluntarios de Isabel II, al salir de Barcelona con su benemérito capitán D. Mariano Borrell, el 18 de setiembre de 1834; compuesta por un voluntario de su misma compañía* (reproducido en [ROMEÀ 1994], p. 291).

44. En noviembre se delimitó con exactitud la estructura interna de la Milicia Urbana en Cataluña, que se organizó como sigue: un Batallón se componía de 8 Compañías (aproximadamente 1.000 hombres), y medio Batallón, de 4 Compañías (unos 500). Una compañía estaba compuesta por un capitán, un teniente, 2 subtenientes, un sargento primero, 2 sargentos segundos, 8 cabos primeros, 8 cabos segundos, 2 tambores y 100-102 soldados, en total, unos 124 hombres ([BOPC], 4-XI-1834).

45. [PÉREZ GARZÓN 1978], p. 383. La tediosa discusión puede seguirse en las transcripciones de los diarios de sesiones de los Estamentos reproducidas en [El Vapor] o [El Catalán] de estos meses.

unos mandos incapaces pero manejables. El baile de Badalona se quejó de ello al Capitán General del siguiente modo:

parte de los concejales, de acuerdo con algunos de sus pocos alistados [no más de diez], persistiendo en el empeño de busear en dicha fuerza una influencia, que ya no pueden conseguir para sostener arriendos y abusos desastrosos para el común. han tratado de verificar la propuesta de oficiales sin conocimiento mio, sin tener individuos que mandar y contra la comisión, que me estaba confiada (...). En efecto designan como capitán a Francisco de A. Viñas, que sobre no tener conocimiento alguno para el mando de una compañía, ni siquiera sabe de letra (...). Indican para subtenientes dos mancebos artesanos sin reputación ni arraigo, cuando la citada villa abunda de hombres decididos, propietarios y muy obstinados.⁴⁶

La existencia de los Voluntarios resultó muy práctica para la oligarquía catalana puesto que, además de aumentar la eficiencia defensiva frente a los carlistas y de servir de contrapeso a una Milicia Urbana pronto convertida en plataforma liberal, formó parte de un peculiar programa de subsidios de paro. Algunas instituciones ya estaban empezando a promover obras públicas y a pagar jornales de peón a 5 reales⁴⁷ para paliar ese efecto de la coyuntura industrial y comercial que se atravesó desde 1833 hasta 1835 cuando a los trabajadores en paro de Barcelona, Reus y otros lugares se les ofreció el alistamiento en los Voluntarios. El pago era exactamente el mismo, al menos en Reus, donde "el miliciano jornalero [sic] fue socorrido con el pre [sic] de 5 reales diarios, quedando obligado a los ejercicios militares"⁴⁸. No había, por supuesto, filantropía alguna en sacar del bolsillo de los ciudadanos más adinerados las peonadas de las obras públicas ni las soldadas de los Voluntarios de Isabel II, que cobraban una cantidad nada principesca por jugarse la piel frente al enemigo. La razón era más práctica, aunque nada keynesiana: a los trabajadores despedidos "convenía ayudarles, para no facilitar el alistamiento de mozos en las filas de la rebelión"⁴⁹, un alistamiento que en general no se produjo.

46. Transcrito en [CUYÁS 1982], p. 84.

47. [SUCCESSOS Barcelona 1981], p. 145. Según [PASCUAL 1991], p. 246, el Ayuntamiento de Barcelona decidió financiar la construcción de la nueva carretera de Barcelona a Vic "a fin de suministrar trabajo a jornaleros y menesterosos". En Lleida, el gobernador civil promovió el enlosada de calles en mayo de 1834, con la finalidad de dar trabajo a jornaleros ociosos ([LLADONOSA VALL-LLEBRERA], p. 176).

48. [BOFARULL 1846], p. 252. Hay que advertir que, como en otros pasajes de la misma obra, se usa el término *miliciano* anacrónicamente, ya que en 1834 ni existían milicianos propiamente dichos, sino Urbanos -y ésta era su denominación popular- y Voluntarios. Las fuentes estrictamente contemporáneas, como [SUCCESSOS Barcelona 1981], distinguen ambas cosas con perfecta nitidez.

49. La noticia se recoge en [CARRERA PUJAL 1961], p. 239, al hilo de comunicaciones procedentes de Igualada y Olot que hacían referencia a la crisis de la producción ocasionada por la guerra. En el primer sitio se solicitaba la creación de un depósito de géneros y no tener que transportarlos a Barcelona, pues "había bajado por lo menos en dos terceras partes la venta en las Castillas y en el interior del Reino".

La gran burguesía corría un cierto riesgo al entregar las armas a los elementos más pobres de las clases populares urbanas, y más en una situación política tan insegura, pero era un riesgo calculado, toda vez que resultaba más peligroso dárselas a quienes Anna Maria Garcia ha llamado *poble menut*, mucho más radicalizado. Los estratos sociales más bajos padecían directamente la recesión económica pero se hallaban desideologizados, no encuadrados y, al estar ligada su suerte a la de los nuevos negocios, se volvían más manipulables. Se estimaba que sus quejas sólo podían venir por no cobrar los prests establecidos, como en efecto se verificó el día 15 de agosto, cuando Voluntarios barceloneses promovieron un alboroto al no recibir la paga de una peseta diaria⁵⁰.

El sostenimiento del ejército regular, los Urbanos y los distintos cuerpos propios significaba un importante esfuerzo económico, al tiempo que la posibilidad de desórdenes como el que acabo de referir convertía en necesidad perentoria el allegar recursos para pagar a quienes combatían. Pronto se tornaron insuficientes los donativos de las mayores fortunas⁵¹, que fueron la primera fuente de financiación de los Voluntarios, por lo que hubo que recurrir a medidas económicas de excepción. Desde Capitania General se llegó a pedir dinero para la guerra incluso a los conventos, y una parte de ellos hasta respondió positivamente a la circular al respecto de 21 de abril de 1834, e hizo efectivo un total de 179.400 reales⁵². Pero se obtuvieron mejores resultados con la puesta en práctica de una Real Orden de 22 de marzo de 1834, que autorizó a Llauder para dictar arbitrios y contribuciones extraordinarias a fin de aumentar los efectivos isabelinos en Cataluña. La campaña recaudatoria comenzó el primero de mayo y duró hasta finales de diciembre del año 1834⁵³, y merced a ella se obtuvo la cantidad de 2.354.008 reales. Los nuevos arbitrios fueron: 5.000 duros mensuales sobre el subsidio eclesiástico, un 5% sobre el producto de los diezmos laicos, continuación de los impuestos municipales para los voluntarios realistas, un recargo de 4, 3, 2, 1 reales o de 16

50. [CRESPI 1833 a 1840], p. 52. El miliciano anónimo cuyas memorias constituyen [SUCESSOS Barcelona 1981] lo refiere así: "y lo día 15 al bespre es reuniren bários boluntaris en al Palau y en altres puns, y comparexeren en la plasa de la Ciutat y allí y agué gran garulto, fins algun tiro, que los boluntaris bolían la pesete diària que deven que los abian promés" (p. 146).

51. Como el de 5.000 duros realizado por el marques de Casa-Riera, director de la empresa de derechos de puertas y -según [ECom], n° 47, 16-VI-34- mayor contribuyente de Madrid ([ECom], n° 53, 22-VI-34).

52. [BARRAQUER 1915], T. II, pp. 22 a 26. Desglosados resultan ser: Cartua de Montealegre, 20.000 rs.; Monasterio de Scala Dei, 60.000 rs.; Monasterio de Breda, 10.000 rs.; Monasterio de Ripoll, 15.000 rs.; Monasterio de San Benet de Bages, 2.400 rs.; Monasterio de Montserrat, 40.000 rs.; Monasterio de Santes Creus, 30.000 rs.

53. [MANIFIESTO Junta Barcelona 1835], p. 39.

maravedises en cada pliego de papel sellado según su valor. 4 reales por fanega de sal. La mitad del impuesto municipal de Barcelona destinado a la obra del puerto, recargo de 4 maravedises por carta y los arbitrios destinados al Canal de Urgell.⁵⁴

Gracias a este dinero suplementario pudo hacerse efectiva la acción conjunta de los Urbanos, el Ejército (al que se reservaban, como se ha visto por la crónica militar del capítulo anterior, los combates más arriesgados) y los Voluntarios y otras tropas irregulares. Así, a finales del año 1834 se podían cifrar ya en unos 1.000 hombres de Barcelona y 4.000 de fuera de la capital los Voluntarios distribuidos por las comarcas de mayor actividad guerrillera⁵⁵. Concretamente a los de Reus, los más próximos a un foco carlista importante, les tocaba dar guarnición por turnos a aquellas localidades del corregimiento de Tortosa que se habían revelado más susceptibles a la recluta carlista: la propia Tortosa, Alforja, Gandesa, Bot, Arnes, Batea y Mora d'Ebre⁵⁶. Por otra parte, gracias a la contribución extraordinaria se consiguieron otras cosas importantes para el buen desarrollo de la guerra, como comprar armamento sin necesidad de depender por completo de las escasas remesas gubernamentales⁵⁷ y pagar con regularidad los bagajes y suministros obtenidos por las tropas cristinas en los pueblos, asunto éste último de vital importancia para no enajenarse el apoyo de la población campesina⁵⁸.

Durante el año 1834 la Capitanía General de Cataluña no sólo consiguió hombres, armas y medios económicos, sino que además los utilizó con efectividad en el combate contra el carlismo armado. Desde un punto de vista humano y político, la consecuencia más remarcable del sistema de Llauder fue una oleada punitiva que se cebó en los cabecillas de partidas, cuando los pudo capturar, y en los combatientes rasos, la mayoría de ellos campesinos de las comarcas del Sur de Cataluña. Aunque es difícil cuantificar con exactitud

54. [EXPOSICIÓN medidas Cap. Gral. 1839], p. 4.

55. [SUCESSOS Barcelona 1981], p. 151.

56. [BOFARULL 1846], pp. 251-252. En este autor es frecuente la confusión entre Urbanos y Voluntarios, un desorden fácil de explicar si se tiene en cuenta la subrepticia transformación de los segundos en Milicia móvil, finalmente organizada en octubre de 1834 ([BOPB], nº 50. 4-XI-1834). Puede afirmarse sin demasiadas dudas que, en la mayoría de los casos en que los partes hablan de milicia o de urbanos sirviendo fuera de sus lugares de origen estaremos ante Voluntarios de Isabel II camuflados bajo la nueva denominación.

57. En marzo de 1834, y con motivo de un incidente en la frontera, el cónsul en Perpiñán notificó a la Secretaría de Estado que el teniente coronel Antonio Lasauca y otro oficial se encontraban en aquella ciudad para comprar por orden del Capitán General de Cataluña 6.000 fusiles de desecho ([A. H. N.] Sección Estado, Leg. 8360: Consulado en Perpiñán (1834-1840)).

58. El 25 de noviembre de 1834 se fijaron los precios de las raciones: Ración de pan, 28 maravedises; fanega de cebada, 27 1/4 rs.; Arroba de paja, 2 1/2 rs. ([BOPB], nº 57. 28-XI-1834).

el castigo infligido al carlismo en esta primera fase de la contienda, se puede obtener una aproximación a las cuentas de la represión a partir de los informes militares y las relaciones oficiales de ejecutados, deportados e indultados⁵⁹, cuyo resumen se presenta en el cuadro 2. A estas cifras deberían sumarse las de los muertos en combate, de muy difícil recuento, pero se puede asegurar a tenor de los partes publicados que las bajas en el campo de batalla fueron mucho menos elevadas que las causadas por la represión fuera de él.

Cuadro 2: Ejecutados, deportados e indultados en 1834, según partes gubernamentales

TRIMESTRE	EJECUTADOS	DEPORTADOS	INDULTADOS	TOTAL
1º 1834	6	18	-	24
2º 1834	6	232	-	238
3º 1834	18	200	-	218
4º 1834	42	48	123	213
TOTAL	72	498	123	693

Se verá que los últimos trimestres de 1834 fueron los que registraron una mayor incidencia de ejecuciones. La totalidad de los ajusticiados fueron cabecillas de partidas fusilados poco después de su captura en una acción armada (es el caso de *Bagarro, Xavana, Panolla* o *Corominas*), algo que se explica por el avance militar de la causa de Isabel II conforme fue transcurriendo el año. Con todo, hay que advertir las cifras que el cuadro 2 proporciona son muy cortas, puesto que muchas ejecuciones a cargo de las columnas cristinas ni recibieron publicidad en la prensa barcelonesa ni estuvieron sujetas a una legalidad estricta o al control central de Capitanía General que, por supuesto, las autorizó tácitamente. Para confirmar esta sospecha pueden aducirse los datos referidos a Solsona presentados por Llorens i Solé y recogidos en el cuadro 3.

⁵⁹. Los partes y relaciones se publicaron en diferentes números de *Diario de Barcelona* ([DdB]) y los *Bolines Oficiales de Cataluña* primero y de las cuatro provincias después ([BOPC], [BOPB], [BOPL], [BOPG] y [BOPT]). La relación de presos, reclutados e indultados que se añade en el Apéndice documental 7 incluye la fuente de cada uno de los casos.

Cuadro 3: Fusilados en 1834 según libro parroquial de óbitos de Solsona⁶⁰:

FECHA	NOMBRE	NATURAL	OFICIO
14 de mayo	Miquel Vilalta	Tiurana	Stte. artillería
30 de junio	Marc Capdevila	Solsona	campesino
30 de junio	Cristófol Vila	Cervera	presbítero
10 de julio	Isidre Regués	Solsona	campesino
10 de julio	Jaume Cinca	?	?
18 de julio	Salvador Auguets	Solsona	campesino
22 de octubre	Josep Serra	?	?
9 de diciembre	Susanna Cabot	Santa Susanna	?
9 de diciembre	Joan Viladrich	Santa Susanna	?
9 de diciembre	Benet Molins	Solsona	campesino
9 de diciembre	Antonia Moxí	Solsona	id. mujer del anterior

Ambas relaciones -la de Solsona y la general del Principado- coinciden en mostrar un ritmo ascendente por trimestres en la aplicación de la pena capital (6, 6, 18 y 42 en Cataluña; 0, 3, 3 y 5 en Solsona), pero que hubiera once ejecuciones sólo en Solsona en 1834 -casi tantas como las doce admitidas por las autoridades del Principado en los dos primeros trimestres del año- y que ninguna de ellas se encuentre incluida en los datos del cuadro 2 indica bien a las claras que la violencia con que se produjeron el Ejército y los Voluntarios fue mucho mayor que la que admitió públicamente⁶¹. La discrepancia de datos quizá revele también que fuera de las principales ciudades tuvo lugar un subrepticio ajuste de cuentas por las ejecuciones de liberales en los años de la década ominosa.

El siguiente medio de la acción represiva cristina fue la deportación, una medida que Llauder no adoptó *motu proprio*, ya que no hizo más que aplicar la Real Orden de 21 de enero de 1834, que castigaba a los facciosos con grado inferior al de oficial con su envío a regimientos de Ceuta, La Habana y presidios de África -si eran sargentos o cabos- o a unidades de Cuba, Puerto Rico y Filipinas -los soldados⁶². Este aprovechamiento de

60. [LLORENS I SOLÉ 1981], apéndice.

61. Parece que fue un caso de acción-reacción, porque en Solsona precisamente se desarrolló una fuerte campaña represiva contra el clero absolutista en junio de 1822 y mayo de 1823: mientras los clérigos ajusticiados en Barcelona en ese periodo fueron unos 52, en Solsona la cifra ascendió a 25 ([FELIU 1972], pp. 176-177).

62. [BOPC], nº 45. 13-II-1834.

disposiciones superiores no exime a los mandos cristinos en el Principado, ya que el número de los extrañados fue a todas luces enorme en comparación con la escasa vitalidad del carlismo en Cataluña en aquellos momentos. Como se verá con más detalle en el capítulo siguiente, la gran mayoría de los deportados eran originarios de las comarcas del sur de Cataluña, de Aragón y de Valencia. La elevada proporción de habitantes de las tierras del Ebro sobre el total se debe a que su captura se originó en el desastre militar carlista de Maials y la desbandada posterior, una derrota cuyos efectos negativos para las armas de Don Carlos - aunque también para los habitantes de las tierras meridionales- se amplificaron porque en Capitanía no se dudó en aplicar el principio militar de explotación del éxito y una frío propósito de escarmiento.

Al contrario que la deportación a colonias, otros métodos de castigo a la rebelión, como el secuestro de bienes a los incorporados a la facción -posibilitado por un decreto de fines de octubre de 1834- se aplicaron escasamente en esta fase de la guerra. Del indulto puede decirse que sólo empezó ser empleado a finales del año 1834, cuando la situación militar y política pareció remansarse, y que no constituyó una medida sistemática, puesto que cesó abruptamente en enero de 1835 y no se recuperó como estrategia para restarle partidarios al Pretendiente hasta bien entrado el año 1837. Los indultados de finales de 1834 y de enero de 1835 procedieron en su práctica totalidad de los mismos pueblos y comarcas que los enviados a Ultramar, de modo que la acción de Maials y sus consecuencias también explica esa localización.

El resultado de todo este esfuerzo recaudatorio, militar y represivo fue que a finales del año 1834 podía considerarse que el Principado no era un teatro de guerra. Así lo reconoció el Ministro del ramo, Remón Zarco del Valle, cuando afirmó que "Cataluña, donde en 827 [sic] habían ensayado grandemente sus fuerzas los carlistas, llamaba mucho la atención, y sin duda se hubiera desarrollado de nuevo aquel germen funesto si la energía y previsión del General LLauder no hubiese armado gran parte del país, comprimido a unos y alentado a otros".⁶³

63. [REMÓN 1834], p. 22.

- Llauder, Ministro de la Guerra:

Desde la exhibición de debilidad que supuso permitir la salida de Don Carlos de Portugal, los asuntos de la guerra fueron de mal en peor para el gabinete Martínez de la Rosa. Ese *faccioso más*⁶⁴ que era el Pretendiente había conseguido volver a España sin demasiada dificultad⁶⁵, instalarse en el territorio dominado por Zumalacárregui y hasta rodearse de un embrión de gobierno en el que la cartera de Guerra correspondió al conde de Penne-Villemur, a quien ya conocemos. Los ejércitos isabelinos no progresaban en el frente del Norte, mientras se quemaban con rapidez a su mando los jefes militares más destacados: a Jerónimo Valdés le sucedió Quesada, a éste Rodil y al último Espoz y Mina, en setiembre de 1834. Los carlistas, por su parte, aumentaban sus efectivos a base de sacas entre los solteros útiles⁶⁶, disponían de cada vez más armamento -llegado del extranjero o arrebatado a los liberales en acciones como la de Cenicero- y conseguían victorias sonadas, como la de Alegría.

Pocos altos mandos militares podían exhibir a finales de 1834 una hoja de servicios tan favorable a la causa de Isabel II como Llauder, de ahí que su nombramiento como Ministro de la Guerra obedezca a este motivo, al escaso éxito de su predecesor en el cargo y, por último pero no menos importante, a la relación del Capitán General de Cataluña con el grupo cristino de Madrid. La promoción del Capitán General de Cataluña fue un asunto tratado por la Regente al margen de la opinión de su Gobierno y con la mediación, como podía esperarse, de Gaspar de Remisa⁶⁷. María Cristina se encontraba en esos momentos especialmente necesitada del apoyo de quienes la habían sostenido en 1832 y 1833, porque el 7 de noviembre de 1834 nació la primera hija fruto de su unión con Muñoz, lo que constituyó un considerable escándalo, ya que un nuevo matrimonio -secreto a voces-

64. "Que aunque no es más que uno, como ha dicho muy bien alguien, debe de ser sin duda tan grande que lo ocupa todo" ("Fíguro de vuelta. Carta a un su amigo residente en París" [LARRA 1833-1836], T. II, p. 126).

65. Larra se lo comentaba al bachiller, su corresponsal, del siguiente modo: "No se le importe a vuesa merced un bledo de las venidas de don Carlos a este país, pues que la Cuádruple Alianza está contratada para su conducción fuera de la Península, cuantas veces se le hallare; porque en lo del dejarle venir, coja vuesa merced el texto y verá como nada hay tratado, además de que mal pudiera la Cuádruple Alianza sacarle de la Península si él no viniera" ([LARRA 1833-1836], T. I, p. 423).

66. [PIRALA 1889-1891], T. I, p. 346.

67. [RAMÓN DE SAN PEDRO 1953], p. 50.

despojaba a la Regente de su derecho de tutela sobre la Reina niña⁶⁸. La relación de fuerzas en la Corte no era, sin embargo, la misma que existía antes del ministerio Martínez de la Rosa y la adjudicación de la cartera de Guerra a Llauder era una apuesta arriesgada. El interesado mismo se dio perfecta cuenta de ello porque, aunque su nombramiento se verificó el día 2 de noviembre, no abandonó el Principado y se dirigió a la Corte hasta pasado un mes⁶⁹, y aun así no sin reservarse la posibilidad de retornar a la Capitanía General de Cataluña⁷⁰, que dejó interinamente al mando de Santocildes⁷¹.

Después de que su nombre figurara en el proyecto de Ministerio concebido por *La Isabelina*⁷², Llauder no podía ser bien recibido, y menos aún si su presencia se debía a una imposición de la Regente, de forma que no ha de extrañar la antipatía inmediata que el militar catalán produjo en los medios liberales madrileños. El juicio sobre Llauder del marqués de las Amarillas, ministro de la Guerra en el primer Gobierno del Trienio y de nuevo en 1835, es una buena muestra de esta inquina:

El ministro de la Guerra Llauder, lleno de presunción, envanecido con las particulares distinciones que había debido a la Reina Gobernadora a su llegada al Ministerio y viéndose sostenido por los mismos que en vida del Rey habían sido promovedores de su rápida elevación, intentó ser el dictador del Ministerio, y tratando a sus colegas con chocante altanería, y hasta con tono poco tolerable, los indispuso contra sí en términos que hacía indispensable la salida del uno o de los otros.⁷³

Poco balance se puede hacer de la estancia de Llauder en el Ministerio, habida cuenta de que ocupó el cargo un mes y medio escaso, el tiempo justo para enviar más tropas a Navarra, disponer otra quinta de 25.000 hombres y comenzar a reservar la guarnición de

68. [PI Y MARGALL-PI Y ARSUAGA 1902], p. 217.

69. [BURGOS 1850-1851], T. II, p. 54.

70. [PIRALA 1889-1891], T. I, pp. 273-274.

71. [DdB] n° 340. 6-XII-1834. José María Santocildes no era lo que se dice una persona querida por los liberales barceloneses, ya que había sido miembro del consejo de guerra que condenó a Lacy en 1817 ([GIL NOVALES 1991], p. 614).

72. Ni hay pruebas, ni se conforma a su conducta que Llauder estuviera implicado en la conspiración de julio. Deben arrojarse a la papelera las paranoicas observaciones de [de la FUENTE 1870] (pp. 41 a 48), según el cual Llauder era francmasón. No pertenecía desde luego a la misma logia a la que, según el mismo autor, estaban adscritos Quiroga y Palarea, porque estos se encargaron, olvidando la Hermandad, de expulsarle del Gobierno.

73. [AMARILLAS 1981], Vol. III, p. 81.

plazas a la Milicia Urbana⁷⁴. Cuando el nuevo ministro llegó a Madrid, la ciudad se encontraba en plena efervescencia conspiratoria⁷⁵, una agitación en la que participaban tanto los *justimedistas* como los futuros progresistas. A los primeros les estorbaba el nuevo Ministro de la Guerra, a quien acusaban de dictador, los segundos presionaban para que las reformas políticas se aceleraran⁷⁶.

La campaña contra Llauder arreció a principios de enero, después de que hubiera propuesto en el Consejo de Ministros del día 6 una ampliación de poderes a los Capitanes Generales de Castilla la Vieja, Aragón y Cataluña, sin perjuicio de los de los Gobernadores Civiles de las mismas zonas⁷⁷. Dos días después, el periódico gubernamental *La Abeja* inició una serie de artículos en contra del recién llegado. No parecía lógico que un ministro se mantuviera en el puesto cuando los componentes del Gobierno del que formaba parte fomentaban que se le atacara públicamente, de modo que Llauder dimitió el día 8 de enero⁷⁸, pero María Cristina impuso su voluntad y el cese no se hizo efectivo. Eso no terminó las hostilidades, que se hicieron aún más crudas cuando Llauder mostró intenciones de continuar la línea que se había marcado en Cataluña al poner a la Milicia Urbana bajo las órdenes de los Capitanes Generales, el día 12 de enero, y hacer venir a Madrid el día 14 a Canterac, Capitán General de Castilla la Nueva y un *pachá* como él⁷⁹.

Fracasados los primeros intentos de deshacerse del advenedizo, los *justimedistas* decidieron acudir al expediente del pronunciamiento, con el apoyo de la Milicia. Estaban implicados en ello, entre otros, el general Quesada, el conde de Toreno y Diego Martínez de la Rosa. Los militares exaltados Quiroga y Palarea encabezaban otro proyecto, aparentemente

74. [PIRALA 1889-1891], T. I, p. 584.

75. [GARCÍA ROVIRA 1989] (pp. 176 a 198) se ha ocupado con detalle de estos momentos y del pronunciamiento de 18 de enero de 1835. En su obra hay una referencia indispensable para desentrañar la maraña de acontecimientos que se sucederán entonces y, por lo tanto, la utilizaré a menudo a partir de ahora. Sin que disienta completamente de su análisis -basado sobre todo en los diarios del principal protagonista, el subteniente Cayetano Cardero- he preferido un enfoque algo distinto. Es muy posible, en consecuencia, que complementar ambas versiones pueda ser más útil que quedarse sólo con una de ellas. En cualquier caso, un tratamiento más detallado por mi parte escaparía a la finalidad general de este escrito.

76. "Los moderados, dirigidos por influyentes personajes, celebraban reuniones y urdían una asonada que exigiese la destitución del marqués del Valle de Ribas y su envío a su capitania general de Cataluña, ponderando sus planes liberticidas y los peligros a que exponía a la patria, y con ello coincidía el descontento y la audacia siempre crecientes del partido exaltado, deseoso de empujar el carro de la revolución, acusando de tímidos a los hombres que lo guaban" ([GEBHARDT 1864], p. 830).

77. [A. P. G.] Libro de Actas de los Consejos de Ministros de los años 1834 a 1838.

78. [LLAUDER 1844], p. 97.

79. [AMARILLAS 1981], p. 83.

de signo distinto, cuya finalidad era el cambio de Gobierno y la sustitución de Canterac por Quiroga en la Capitanía General de Castilla la Nueva. En esta última conspiración pronto adquirió protagonismo el joven subteniente⁸⁰ Cayetano Cardero, quien convenció a los exaltados para que abandonaran sus reticencias a dejarse utilizar por los liberales conservadores y les secundaran aunque tuvieran objetivos diferentes⁸¹.

Lo que siguió es, en general, harto conocido. El Ministro de la Guerra vivía ignorante de lo que se tramaba, ya que el superintendente de policía, marqués de Viluma, le comunicó el 17 de enero de parte del Ministro del Interior que "se trataba de una bullanga para las 6 de la tarde del siguiente día [18], advirtiéndome que bastaba avisar al Capitán General, para que se entendiese con él sin necesidad de tomar medidas alarmantes"⁸². Por la tarde del mismo día 17, Martínez de la Rosa hizo llegar a Llauder una invitación que contenía una orden, ya "que tenía por conveniente concurrir a la función que aquella noche se celebraba en el Conservatorio de música con asistencia de S. M., y dejar la reunión del Consejo para la una del siguiente día"⁸³. Los ministros, incluido el de la Guerra, asistieron a la representación y abandonaron el Conservatorio a medianoche.

Cardero -secundado por el subteniente Rueda y sargentos y soldados del Regimiento 2º de Infantería Ligero, en total 730 hombres- se había puesto en marcha durante la noche, a pesar de que su unidad era justamente la encargada de sofocar la sublevación, cuyo adelanto ya se sabía. Los pronunciados tomaron de madrugada la Casa de Correos, donde se encontraba el Principal, sin que la guardia lograra -o quisiera- impedirlo. Al toque de diana se personaron allí algunos oficiales complicados en el alzamiento. Algo más tarde apareció el jefe de la plana mayor del regimiento, teniente coronel La Valette, que fue arrestado por los insurrectos, y por último llegó el Capitán General Canterac, quien no sólo se enfrentó con Cardero sino que, en pleno acaloramiento, le golpeó, zarandó y -siempre según la versión del subteniente- finalmente robó el sable. Con él en la mano se dirigió a la tropa sublevada y la conminó a que desobedeciera a sus oficiales -o les disparara-, tras de lo cual empezó a

80. El empleo de Cardero varía, según la fuente que se consulte, de teniente coronel a subteniente. Este último es el que le asigna Llauder en sus memorias (LLAUDER 1844], p. 105), y hay razones más que obvias para suponer que no se engañaba al respecto. Se puede obtener confirmación sobre este punto gracias al parte emitido por Llauder el mismo día 18 de enero (en [El Vapor], n.º 23, 23-I-1835).

81. Esta información puede encontrarse tanto en [PANORAMA español 1842-1845] como en [PIRALA 1889-1891] y [GARCIA ROVIRA 1989].

82. [LLAUDER 1844], p. 100.

83. *Ibidem*, p. 101.

dar vivas al Estatuto, al orden y, cosas de la costumbre, al Rey. La respuesta al patinazo fue una descarga cerrada que acabó con el aturullado militar.

La reacción de Llauder no fue inmediata. Según propia confesión, hasta después de consumarse el asesinato de Canterac permaneció en la inopia, de la que le sacó el aviso de un enviado, ahí es nada, de Martínez de la Rosa. Después de reunirse en Palacio con los demás Ministros y con la Reina Regente, Llauder organizó el ataque⁸⁴ a los sublevados sirviéndose de unidades fieles: la Milicia Urbana y la Guardia Real. Después de hacer desalojar a cañonazos a los alzados de la Calle Mayor y Puerta del Sol, Llauder dispuso el ataque a la Casa de Correos, pero justo entonces se encontró "sin un soldado de infantería porque otra autoridad había prohibido al batallón de la Guardia Real que cumpliera mi orden, con el pretexto de pertenecer a las fuerzas de Palacio, y fue necesario que enviase dos oficiales de E. M. a dar parte a la Reina de este incidente para que viniese aquel batallón"⁸⁵. No sólo hubo que desistir de la toma de Correos, perdido el elemento sorpresa, sino que, para más inri, se hizo ir a Llauder a Palacio, donde continuaba el Consejo de Ministros, unido ahora al de Gobierno⁸⁶. Allí pudo comprobar el *pachá* catalán cuál era la actitud de tan altos personajes con relación al pronunciamiento y a su persona:

Verdad es que nadie ayudaba de buena gana a Llauder, y prueba de ello es que, no sólo se quedó absolutamente pasivo el ardiente Quesada (...), sino que yendo a salir con el general Llauder el teniente general don Manuel Freyre, Comandante General de la Guardia Real de Caballería. Quesada lo detuvo tirándole del faldón de la casaca, diciéndole: *¿A dónde va Vm.? ¿No quiere hacerlo él solo todo?. pues déjelo Vm., que lo haga;* con lo que Freyre se contuvo y no tomó parte alguna en las ocurrencias de aquel día.⁸⁷

Paralizado el ataque a la posición de Cardero y los suyos, el ambiente empezó a relajarse y el general Solà y el duque de San Carlos iniciaron las negociaciones después de

84. Sin embargo, el marqués de las Amarillas aseguraba que, en un primer momento, el Ministro de la Guerra no se hizo cargo personalmente de las operaciones: "Dióse por Llauder en el primer momento el mando de la provincia, y por consiguiente de las armas, en aquel día, al conde de San Román, Comandante General de la Guardia Real Provincial, pero habiéndosele hecho algunas observaciones sobre la impopularidad de este nombramiento, tomó el mando él mismo. ¡Ojalá no lo hubiera hecho!". ([AMARILLAS 1981], vol. III, p. 85).

85. [LLAUDER 1844], p. 102.

86. De nuevo Amarillas ofrece otra versión, esta vez muy escasamente creíble: "él mismo [Llauder] fue hacia la casa del conde de Oñate, pero es pública voz y fama que habiéndole muerto un perro de un balazo a su intermediación, dejó la gloria de aquel puesto al general don Joaquín Ezpeleta y se retiró a Palacio" ([AMARILLAS 1981], T. III, p. 86).

87. *Ibidem*, T. III, p. 87.

que el cuarto batallón de Milicia Urbana entablara amistosas relaciones con los ocupantes de Correos. Finalmente, se concretó un indulto completo para los pronunciados, que exigieron salir del edificio que ocupaban rumbo al frente del Norte desfilando a tambor batiente y bayoneta calada, con todos los honores de la ordenanza⁸⁸. Al terminar el incidente, Llauder se debió de dar cuenta cabal de lo que le iba a pasar. Amarillas nos refiere su reacción con su malicia habitual:

Quando después de terminado todo subimos a despedimos de S. M.. faltó muy poco para que llegasen a las manos los generales Llauder y Quesada. que se encontraron en el salón de Embajadores, y a no ser por el duque de Bailén y por mí. que nos interpusimos, no sé hasta dónde hubiera podido llegar aquel incidente desagradable.⁸⁹

Recapitemos ahora lo que siempre se acepta, lo que han contado de esta asonada el *Panorama Español*, Piralá o los estudios más recientes: primero, el gobierno Martínez de la Rosa ve en Llauder a un dictador y quiere desalojarle del Ministerio en aras de la libertad; segundo, a los exaltados les parece gravísimo el curso que está tomando la guerra y los obstáculos a la reconquista de las libertades; tercero, se organizan dos pronunciamientos distintos pero que coinciden por mutuo interés de los conjurados; y cuarto, los líderes del movimiento exaltado acaban por dejar la dirección de todo el asunto en manos de un subteniente bisoño y entusiasta para no comprometerse si vienen mal dadas⁹⁰.

Pues bien, estas seguridades deben matizarse. En primer lugar, Martínez de la Rosa y los suyos no estaban en condiciones de conceder patentes de liberalismo a nadie después de parir criaturas de las características del Estatuto Real, y menos si entre quienes pretendían derribar al nuevo Ministro de la Guerra estaba nada menos que el muy absolutista Quesada. Por contra, a pesar de su pasado, Llauder ofrecía un historial reciente que no tenía por qué hacer suponer que abrigara intenciones dictatoriales, y debe recordarse que si el autor de *La conjuración de Venecia* llegó al Gobierno se debió en buena parte a la presión ejercida por la exposición de Llauder, en diciembre de 1833.

88. Estas condiciones no se cumplieron. Antes de cesar en el Ministerio, Llauder separó del servicio "al subteniente don Cayetano Cardero que pasó a Mallorca con su retiro" y a los sargentos que se le unieron. Encargó también al conde de Mirasol que formara causa sobre los acontecimientos del 17-18 de enero. Los resultados de esta investigación -paralizada al poco tiempo- han sido analizados en [GARCIA ROVIRA 1989], caps. V. 2. 1. y V. 2. 2.

89. [AMARILLAS 1981], T. III, p. 89.

90. "Este [Cardero], obrando por sí, y también sirviendo de instrumento a superiores personajes que obraban a la callada y resguardándose..." ([ALCALÁ GALIANO 1846], T. VII, p. 346).

En segundo lugar, las reformas políticas no estaban más paralizadas que en abril de 1834, cuando Cristina sancionó la carta otorgada. No se comprende por qué los exaltados aguardaron a la llegada de Llauder para forzar un cambio de Gobierno -si es que realmente era ésa su intención-, ya que la idea de usar la estrategia del pronunciamiento militar se había manejado durante todo el año 1834⁹¹. Es aún menos explicable que el objetivo principal de la asonada, Llauder, hubiera sido considerado en la conspiración de julio de 1834 un personaje al que había que tener en cuenta para formar un nuevo Gobierno. En este contexto, se vuelve muy oscuro que los jefes del ala izquierda del liberalismo estuviesen dispuestos a dejarse utilizar por los *Justimedistas* simplemente porque les convenció de ello la encendida oratoria de Cardero.

Por último, un defecto de base de la mayoría de las descripciones de los acontecimientos es que utilizan con preferencia la versión de Cardero, referida nada menos que en tres manuscritos⁹² de fecha diferente. Si en general es necesario mantener una prudente distancia respecto a las memorias en general por razones que todo historiador conoce, ¿qué no habrá de hacerse con las de alguien que las corrige dos veces? Hay que poner en cuarentena sobre todo las dificultades que para poner en marcha el pronunciamiento tuvo que enfrentar el autor, que tiende a presentarse a sí mismo como el personaje de una novela de la época, el héroe romántico que arrostra un sinfín de imponderables y contrariedades, luchador solitario ante el abandono de los demás conspiradores⁹³. En Cardero es inseguro desde el grado militar hasta su papel en la conspiración exaltada, porque según Morayta -un historiador nada dado a la execración de los liberales de izquierda ni de los motines de sargentos- Cardero había asistido a reuniones de moderados antes de convencer a los exaltados⁹⁴. Las rectificaciones y las medias verdades, sin embargo, no convierten al

91. "Already in 1834 the *exaltado* opposition were planning to use sympathetic military elements in order to seize power" ([CHRISTIANSEN 1967], p. 54).

92. [GARCÍA ROVIRA 1989], p. 177.

93. Si ya resulta sospechoso que Cardero, por muy ayudante de semana que fuese, convenciera al coronel de su regimiento, Craywinckel, de que no debía personarse en él para verificar su despliegue, es completamente inverosímil para alguien que conozca un mínimo la vida militar que el teniente coronel La Valette, jefe de la Plana mayor de la unidad, aceptara tan tranquilo que faltaran dos oficiales y dejara de nuevo la iniciativa a un simple subteniente. Se llega ya al delirio cuando Cardero se permite -en dos ocasiones, dos soldados distintos- quedarse con un parte del capitán de la guardia y con otro del Capitán General, dirigido a Craywinckel pidiéndole que se le presentara. A Canterac, por cierto, le parece lo más normal del mundo que, en plena alarma, en lugar del coronel se le presente a dar novedades un suboficial, y se dedica a colmarle de elogios y a darle palmaditas en la espalda.

94. [MORAYTA 1894]. T. VII. p. 81.

subteniente en un traidor, sobre todo si se tiene en cuenta que el papel de Quiroga y de Palarea fue mucho más falsario⁹⁵. Todo lo más estaríamos ante un perdedor, el juguete de personalidades más importantes, pero esto tampoco es definitivo si se tiene en cuenta que, en octubre de 1835, Cardero terminó su breve confinamiento en Mallorca para pasar a convertirse en ayudante de campo de Espoz y Mina, por entonces Capitán General de Cataluña⁹⁶.

Si se fija la atención más en los resultados del pronunciamiento y menos en sus supuestas intenciones, se obtiene una visión muy diferente. Los sucesos del 17 y 18 de enero y la posterior discusión en el Estamento tuvieron una serie de efectos que se harían notar con intensidad más allá de 1835:

1- Un Capitán General ha sido asesinado. Canterac no era un militar sin más, sino un miembro del grupo aristocrático que se había instalado en el alto mando a finales de 1832. A ese grupo pertenecían también Llauder, Quesada, Sarsfield o Escalera.

2- Los culpables del asesinato no fueron castigados ni con arreglo a las leyes militares, bajo las que estaban, ni a las civiles. Esta impunidad sentó precedente, y tuvo graves consecuencias para la operatividad del ejército de Isabel II, porque de manera muy parecida a Canterac acabaron Bassa en Barcelona en agosto de 1835, Quesada en Madrid el mismo mes del 36 y, por último, Sarsfield y Escalera en el Norte el año 37. Lo que en un principio fue un ataque a los *sátrapas* de 1833 acabó convirtiéndose en un elemento de indisciplina que anuló buena parte del esfuerzo bélico frente a los carlistas y, con toda probabilidad, alargó la guerra más de lo debido⁹⁷.

3- La sublevación militar se convirtió en una estrategia política aceptada. Tras un eclipse de tres años, reapareció el pronunciamiento, que ahora ya no servía para

95. "Vióse en efecto [en la discusión parlamentaria subsiguiente] a no pocos cooperadores de la obra de Cardero, censurarse acerbamente y aun a tal cual como Palarea, comprometido con él y designado para ponerse al frente del pronunciamiento, declarar vergonzoso el espectáculo de haber transigido el gobierno con los rebeldes" (*Ibidem*).

96. [BURGOS 1850-1851], T. II, p. 347. Sobre que características revisó el mando de Mina en Cataluña y que pintaba Cardero en todo ello se hablará en capítulos posteriores; sobre cual era su posición política en 1835 véanse los anteriores.

97. Así lo apunta [CHRISTIANSEN 1967] (pp. 74 y ss.), apoyándose en opiniones de militares de alta graduación, como Valdés.

derribar el Antiguo Régimen, sino como forma de lucha entre sectores del liberalismo. La continuidad de estos procedimientos en el resto del siglo XIX español es tan conocida que no resta más que llamar la atención sobre la condición pionera del subteniente Cardero.

4- Desmintiendo sus pretendidos afanes conciliadores, los liberales moderados rompieron el pacto tácito de no agresión a los cristinos. De este modo, se cerró la vía reformista que Martínez de la Rosa y los suyos pregonaban pero en la que en realidad no creían, por lo que desde entonces los liberales tendrían que acudir necesariamente a los pronunciamientos para cada avance de la revolución.

La asonada de enero de 1835 no fue un *motín de sargentos*⁹⁸ como el que tuvo lugar en agosto de 1836, y ello por dos razones esenciales: porque no fue la culminación de un amplio ciclo de pronunciamientos anteriores y porque no hubo detrás de ella un programa definido o, al menos, una bandera identificable como la Constitución de Cádiz. Por el contrario, los motivos de los pronunciados el 17-18 de enero de 1835 fueron mucho más limitados, y desde luego ni heroicos ni constructivos. El revanchismo de los antiguos exiliados, sobre todo de aquellos militares⁹⁹ que veían cómo el grupo de los *sátrapas* se hacía con las riendas del Ministerio de la Guerra e imponía sus criterios se alió a la debilidad del círculo de Martínez de la Rosa, temeroso por la irrupción de un cristino que llegaba por la vía del contacto directo con la Regente. Dicho de otro modo: estamos ante un caso de divergencia de estrategias conservadoras al tiempo que ante un exponente de empleomanía llevada a la cima del poder político.

Después del pronunciamiento se produjo el espectáculo no menos pintoresco de las sesiones del Estamento dedicadas a aclarar el asunto y a pedir responsabilidades políticas. No debe dedicarse demasiado tiempo a analizar una farsa¹⁰⁰ en la que unos y otros pidieron mano

98. [GARCÍA ROVIRA 1989] (p. 185) insinúa esa interpretación en el título del capítulo que le dedica a la asonada de enero, aunque no la fundamenta más adelante.

99. En [LLORENS 1954] (pp. 60 a 63) puede encontrarse una descripción de la enorme inadaptación de los exiliados españoles en Londres durante la década ominosa. Para personas como Quiroga -uno de los instigadores del pronunciamiento-, que tuvo que ganarse la vida en el exilio vendiendo los "polvos dentífricos del general Quiroga", debió de resultar insoportable ver como ascendía un personaje como Llauder, que nunca había mostrado simpatías por el liberalismo.

100. Puede consultarse para ello el resumen que constituye [PIRALA 1889-1891], T. I, pp. 602 a 606.

dura, censuraron la debilidad del Gobierno, clamaron por el orden y la justicia, disertaron largamente como tenían por costumbre e incluso, como hizo Quesada, se burlaron de Llauder. Por no poner más ejemplos, baste señalar que en la sesión del día 20 de enero en el Estamento de Procuradores, el general Palarea, uno de los instigadores del movimiento, llegó a pedir en un alarde de cinismo "debemos investigar los autores principales y ejecutores del desorden, pues que los soldados sublevados no eran más que unos miserables seducidos o alucinados. La mano oculta que los movió está aún impune, e importa mucho descubrirla"¹⁰¹. Ni que decir tiene que la causa sobre la muerte de Canterac que Llauder dejó encargada al conde de Mirasol¹⁰² no se concluyó jamás¹⁰³.

Las sesiones de los Estamentos completaron lo que Cardero había iniciado por lo que, tras ataques personales y más de una mofa sobre su persona, Llauder dimitió. Dejaré que el marqués de las Amarillas describa los últimos momentos del *bajá* catalán en Madrid:

El mismo día 23 de enero hizo dimisión del Ministerio de la Guerra el general Llauder [recién ascendido a teniente general], marqués de Val de Rivas y recibió la llave de Gentilhombre de Cámara con ejercicio, de la inagotable bondad de la Reina, que a pesar de todo, conservó hondos sentimientos de estimación y afecto hacia este general que tan poco los merecía (...). Lo que me llamó más la atención, respecto a este sujeto, fue que, hallándome el 25 con los Ministros de Estado y del Interior en la Secretaría del primero, llegó a despedirse y no son fácil de describir los bajos y humillantes cumplidos que hizo a aquellos señores a quienes, nada hace, trataba con tan insolente altanería; así son todos los intrigantes.¹⁰⁴

La expulsión del Gobierno del Capitán General de Cataluña-Ministro de la Guerra supuso la consumación de la divergencia entre la política española y la catalana, que iban a seguir desde ahora cadencias distintas. El *lobby* catalán en Madrid perdió mucha influencia con la caída de Llauder, o así se lo pareció al enviado a Madrid de la Junta de Comercio, Manuel María Gutiérrez, quien no pudo entrevistarse con Gaspar de Remisa debido a los acontecimientos del día 18 y a "la guerra encarnizada que se ha declarado contra el señor Marqués [del Valle de Ribas, o sea, Llauder] e implícitamente contra los catalanes, de que

101. De la sesión del Estamento de Procuradores de 21 de enero de 1835, transcrita en [El Vapor], N° 29, 29-I-1835.

102. [LLAUDER 1844], p. 105.

103. [GARCIA ROVIRA 1989], p. 207.

104. [AMARILLAS 1981], T. III, p. 92.

V. tiene pruebas harto claras y escandalosas en las sesiones del Estamento¹⁰⁵. Por su parte, el portavoz de la oligarquía catalana, *El Vapor*, no ahorró condenas al pronunciamiento, pero además percibió y expuso la fractura entre Madrid y Cataluña y sus raíces:

¡Españoles! esos *disculpables descarríos*, esos tolerables alucinamientos favorecieron las asonadas de 1822, y patrocinaron los asesinatos de 1824 y 1829. La causa del orden, el sagrado de la propiedad, la seguridad individual, y cuantos bienes ha de traer consigo ese tan apetecido Gobierno de las leyes, desaparecerán de nuestra Patria como hallen protección y disculpa las tropelías del 17 de julio y la escandalosa indisciplina del 18 de enero (...).

Los que a cara descubierta defienden que los acontecimientos de julio y enero son *descarríos*, *pusilanidad* y *fantasmas*, promuévanlos entre gentes tan necias, tan enemigas de su haber, que lleguen a dar crédito a sus promesas: mas no en un Principado donde no tanto se buscan empleos para vivir, como ingeniosos recursos para que a la vez florezcan el comercio, la agricultura y las artes¹⁰⁶

En Madrid, el Ministerio Martínez de la Rosa había añadido a su línea de ineficacia frente a la guerra la postergación de los grandes problemas como la deuda pública, su pariente próxima la desamortización y, por ende, el desmontaje del complejo legal feudal. Ya que se descartaba la liquidación del Antiguo Régimen, al menos de momento, y puesto que los liberales moderados que figuraban en la Corte no tenían ningún proyecto económico y social alternativo ¿qué les quedaba por hacer sino ocuparse de recuperar el poder y los puestos de los que habían sido desalojados en 1823¹⁰⁷? La empleomanía fue la consecuencia inevitable de esta falta de horizontes, como ha señalado perspicazmente Gil Novales. Para él, "el liberalismo va a descansar sobre una legión de empleados, militares, civiles e, incluso, eclesiásticos", ya que "el poco desarrollo hace que se busquen los puestos administrativos como un puerto en la tempestad"¹⁰⁸. Botrel ha encontrado en la obra de Larra una buena caracterización de esta *clase media* de la Corte, con su poco interés por la economía productiva y, en consecuencia, su afán por ocupar el Estado de forma patrimonial:

Une comédie de Larra au titre significatif *No más mostrador*, rend bien compte de cet "afán de parecer", caractéristique d'une "clase media" qui, toujours selon Larra, "no está resignada con su

105. [CARRERA PUJAL 1961], p. 127.

106. [*El Vapor*], nº 26, 26-I-1835.

107. Isabel Burdiel ha señalado la importancia de la lucha por los empleos en la época del *justo medio*, pero para ella se trató de la "liberalización del aparato del Estado como requisito imprescindible para la revolución política liberal" ([BURDIEL 1987], p. 116).

108. [GIL NOVALES 1986], p. 252.

verdadera posición" et éprouve une répulsion affichée pour sa condition originelle de commerçant ou d'artisan par exemple, et cherche pour elle-même ou pour ses enfants une certaine promotion sociale dans les emplois administratifs, la propriété immobilière ou, plus tard, l'enrichissement rapide à travers la spéculation, les actions de société, etc. Les catégories socio-professionnelles essentiellement madrilènes ne constituent pas à elles seules "la clase media" espagnole: Larra y inclut, en les leur opposant, les commerçants et les industriels de Barcelone, Cadix, etc. Une seule chose est sûre, c'est que le concept de "clase media", aux environs de 1835 est loin de traduire une conception politique de classe dirigeant et responsable¹⁰⁹

En Cataluña, alguien describió en 1839 a esa clase media como un conjunto de

empleados activos, empleados pasivos, empleados impersonales, empleados participios, empleados gerundios, empleados infinitivos, empleados neutros, empleados relativos, empleados absolutos, empleados concertandos, cesantes y por cesar, jubilados y sin jubilar y por jubilar, militares, y paisanos, y viudas, y huérfanos, e inválidos, y enfermos, y sanos, y otra turbamulta de animalicos de Dios: todos los cuales hace que apenas comen sino algún artículo que de tanto en tanto leen (si es que leen) en algún periódico, que dice así, o cosa semejante: ARTICULO TANTOS: *A los fulanos, o a los zutanos se les señala (asigna diría mejor; porque dicen que las asignaciones hacen mejor caldo que los señalamientos) tanto o cuanto.* Pues digo que comen esos y es como si no comiesen; y como el que no come padece hambre, y esos no padecen hambre, porque el que padece hambre y no come al cabo de pocos días se muere, y esos no se mueren al cabo de pocos días; se sigue que o no hay tal hambre, o si la hay es una cosa imaginaria; y una cosa imaginaria no es plaga. Hasta aquí nos asiste la lógica.¹¹⁰

Para la reconquista de las poltronas se había promulgado el 30 de diciembre de 1834 un decreto de rehabilitación de empleos y cargos ejercidos durante el Trienio, que fue precedido, como de costumbre, por una inacabable discusión parlamentaria. En ella intervino en favor de la rehabilitación el procurador Trueba, una parte de cuya argumentación coincidió, aunque algo paradójicamente, con lo que *El Vapor* hizo notar más tarde:

Debiendo, como uno de los peticionarios, sostener la petición de que se trata, considero también como deber mío el declarar del modo más franco y terminante que el interés no ha influido en mí de manera alguna para hablar en favor de esta materia. Considero la empleomanía como una de las causas principales de la decadencia de mi Nación. Ese furor de los empleos tiene gran parte en los males que nos aquejan: él obstruye los canales del comercio, seca los manantiales de la industria, y apaga la luz benéfica de la ciencia. Pero ¿cómo podría ser de otra modo bajo el sistema despótico y tenebroso que tantos años ha pesado sobre esta Nación? ¿Qué otra cosa mejor podía hacerse?¹¹¹

He aquí una de las raíces de la divergencia entre Barcelona y Madrid, entre *despotismo ilustrado* y *justa media*, dos estrategias conservadoras destinadas a ceder al empuje de la

109. [BOTREL/LE BOUIL 1973] p. 139.

110. [PLAGA nueva 1839], pp. 4-5.

111. Sesión del Estamento de Procuradores del día 15 de octubre de 1834 (transcrita en [El Vapor], nº 150, 30-X-1834).

revolución, aunque el *despotismo ilustrado* era más operativo, y desde luego más eficaz en la guerra. En Cataluña, la centralización de una gran cantidad de recursos y de poder militar y político en manos del Capitán General consiguió ganar la lucha contra el carlismo -que estaba causando perjuicios económicos directos en casa, no a cien leguas de distancia- y reprimir al liberalismo radical que se resistía a la integración. El *justo medio*, por su parte, limitó el terreno de juego a una incompleta recuperación de las libertades individuales y a la reconquista de los puestos perdido¹¹² tras haber renunciado al desmantelamiento del antiguo orden y a la aplicación de un programa económico innovador.

Los políticos que habían vuelto de un exilio en el que la inadaptación había sido la norma habían perdido hacía tiempo el contacto con la realidad del país y carecían de más ideas nuevas que el miedo a que se reprodujese su fracaso de 1823¹¹³. Su principal objetivo en el regreso era recobrar el lugar que creían que se les debía, sin querer darse cuenta de que no eran imprescindibles, de que su hora en buena parte había pasado. El empeño de estos exiliados por monopolizar la escena política, unido al odio a quienes hubieran colaborado con la monarquía en la década ominosa, les llevó al encastillamiento y a aceptar cualquier forma de desalojar a los rivales políticos, incluidos los pronunciamientos que decían abominar. Por lo que a la guerra respecta, ésta comenzó a ser percibida como un indudable freno a las reformas y una carga insoportable para el erario, pero también cada vez más como un asunto *del Norte*, alejado de Madrid o de Cádiz, algo que en todo caso competía a los militares y a los soldados de quintas a sus órdenes, no a los políticos. La guerra era el problema principal porque impedía cualquier avance, pero ganarla también era la única posibilidad de mantenerse en el poder, se tuviera el programa que se tuviera. Ante la disyuntiva de si primero hacer la revolución y luego ganar la guerra o primero ganar la guerra y luego hacer la revolución, el *justo medio* decidió no hacer ninguna de las dos cosas.

En conclusión, quienes hubieron de pilotar desde enero de 1835 la nave del arruinado Estado español no tuvieron más rumbos que la revolución -cuyo impulso fue a venir nada

112. Muy poco antes de la caída de Llauder. *El Vapor* se quejaba de que "vuelven ya a su tema favorito del *comercio libre* los periódicos de la oposición" ([*El Vapor*] nº 14, 14-I-1835). Como en Barcelona no había más periódicos de oposición que -con muchas reservas- *El Catalán*, debe entenderse que se habla de los periódicos de la oposición en Madrid.

113. Pirala, que no era aticionado a las opiniones extremadas, reservó sin embargo muy duros juicios a los Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano y compañía: "Los mismos hombres que dejaron perder las instituciones liberales en 1814 y en 1823 eran ahora los llamados a regenerar España, y estos hombres que nada aprendieron en el extranjero, pues ni aun supieron deponer en aras del bien público sus enemistades, se asustaban ahora de la palabra libertad (...). Los emigrados conocían mejor las necesidades del pueblo francés o inglés que las del español, y se consideraban, sin embargo, sus barómetros, y pretendían hacer su ventura. Nada más triste que leer aquellas sesiones [de Cortes], en las que abundan los debates ociosos, impertinentes, y en que tanto inútil se hacía y tanto bien se dejaba de hacer" ([PIRALA 1889-1891], T. I, pp. 405-406).

menos que de Cataluña- o el progresivo debilitamiento, que es lo que le sucedió al poeta-ministro Martínez de la Rosa. En una reflexión posterior, con motivo del advenimiento del ministerio Istúriz, *El Vapor* transcribió un artículo de la *Nouvelle Minerve* que delimitaba ambas estrategias -*justo medio* y *despotismo ilustrado*- y valoraba su viabilidad:

La clase media es en España poco consistente, y adhiérese a la causa popular por sus intereses que invocan inmensas reformas apenas esbozadas. España es una vasta democracia cuya constitución social excluye la quimera de un justo medio sin raíces, prestándose sólo a la alternativa de despotismo o libertad.¹¹⁴

114. [El Vapor], nº 161. 9-VI-1836.

2.4- ¿QUIÉNES ERAN LOS CARLISTAS? (1, DE 1833 A 1835)

- El carlismo como problema histórico¹:

El enfrentamiento que constituyó el episodio final de la lucha entre el liberalismo y contrarrevolución absolutista -entre Antiguo Régimen y sociedad burguesa, en un sentido más amplio- en España y Portugal se ha contemplado con excesiva frecuencia como una anomalía inserta en un proceso de cambio histórico considerado igualmente peculiar, ya que no se ajustó a la rígida pauta de lo sucedido en los países más avanzados de Europa Occidental o, para ser más precisos, en Gran Bretaña y Francia. Un párrafo de una obra por lo demás renovadora y sugerente bastará para dar cuenta de lo que digo:

Son precisamente tres aspectos que complican la imagen histórica de esos años: la multifacética y muy contradictoria relación entre reforma y revolución en la época de transición, las particularidades de los elementos obrantes 'desde arriba' (sin ya querer aplicar la noción 'Revolución desde arriba') y finalmente el impacto fuerte de la dialéctica entre revolución y contrarrevolución, tan característica para España²

La noción de peculiaridad, e incluso la de exotismo, ha penetrado tan profundamente en la mentalidad de los historiadores del período -españoles y extranjeros- que hasta el concepto de *guerra civil*, el único usado en el siglo pasado, ha ido quedando desterrado para dar paso al más tendencioso de *guerra carlista*. Ese desplazamiento terminológico se ha debido a la existencia de una guerra civil española en el siglo XX -*la guerra civil* por antonomasia- pero también a la percepción del conflicto del XIX como algo poco homologable con la realidad europea de su tiempo. Dada la continuidad del bando perdedor, y ya que se decidió que la guerra fue *carlista*, en los últimos decenios el problema histórico ha acabado por ser el carlismo, no la guerra misma.

El inicio de la confusión parece encontrarse en la producción histórica del tradicionalismo -la última forma del carlismo-, que, al ser uno de los ingredientes políticos

1. La finalidad de este apartado es tan solo establecer un punto de partida actual, una introducción al análisis de la contrarrevolución carlista, que se realizará en varios capítulos de esta tesis, y no pretende un recorrido exhaustivo por el tratamiento que ha recibido la guerra civil de 1833-1840 en la historiografía española contemporánea, porque ése era el objetivo de mi trabajo de nueve créditos, leído en setiembre de 1990, al que me remito para cualquier ampliación.

2. [KOSSOK 1985], p. 18. Los subrayados son míos.

de la dictadura franquista, tuvo el campo libre en los años de la posguerra para dar a la estampa una producción histórica tan acientífica como militante. Después, a partir de los años cincuenta, se abrió un amplio campo de trabajo en el estudio del fenómeno carlista, porque o se ignoraban cosas de él o la versión proporcionada por la historiografía reaccionaria era insatisfactoria. Jaume Vicens Vives elaboró un inventario de lo que hacía falta averiguar y descartar en aquellos momentos:

En primer lugar, no está aclarada la génesis del carlismo. En su enjuiciamiento ha prevalecido más la intuición que la búsqueda científica. ¿Representan los carlistas una verdadera democracia de pequeños propietarios rurales? ¿Eran realmente defensores de los antiguos fueros regionales? ¿Hasta qué punto se sentían partidarios de introducir reformas en el Estado? ¿Qué móviles personales indujeron a los promotores del alzamiento de 1833 a empuñar las armas? ¿Existía una conjuración organizada? ¿Quiénes fueron sus directores?³

Tras estas preguntas iniciales, Vicens apuntaba incisivamente las principales líneas de una explicación, a título de hipótesis. El carlismo, para él, "sería el movimiento armado del catolicismo español, intransigente con cualquier novedad espiritual, y hostigado por el recuerdo de las medidas anticlericales adoptadas por el liberalismo en 1812-1814 y 1820-1823"⁴

En ese marco conceptual -la guerra como rareza hispánica, el carlismo como objeto de estudio en sí mismo- vino a inscribirse en los años sesenta y setenta un elemento perturbador, que fue la extrañeza producida por la constatación de que en las filas de la contrarrevolución, del carlismo, había militado una parte de las clases populares o, en cualquier caso, una porción significativa del campesinado. En una época de especial actividad de la historiografía progresista, inscrita en un tiempo de resistencia a la tiranía e izquierdismo generalizado, se hizo natural reservar a las *clases populares* -así, sin demasiados distinguos internos- un papel revolucionario en todos los momentos y situaciones, por lo que resultaba imposible aceptar que los móviles de los componentes de esos grupos fueran la subordinación, la indiferencia, la autodefensa, el miedo o la irracionalidad. El carlismo producía una gran perplejidad, porque resultaba aberrante que los explotados rurales lucharan codo con codo con la reacción, con sus explotadores.

3. [VICENS/NADAL/ORTEGA/HERNANDEZ 1957], p. 353.

4. *Ibidem*, p. 353.

En este punto, la explicación que Torras dio de la participación campesina en la contrarrevolución realista en Cataluña en época del Trienio caló muy profundamente en quienes pretendían solucionar el enigma, puesto que disolvió la contradicción de una respuesta contrarrevolucionaria con base popular. La respuesta al acertijo fue, en resumen, que los estratos más bajos de las clases populares rurales no se añadieron a la reacción por propio gusto, sino porque la renovadora pero a la postre dañina política económica de los liberales les obligó a ello muy a su pesar. Ésta ha sido la idea central de cuanto se ha escrito sobre el particular a partir de los años setenta, y las aportaciones posteriores no han hecho más que aprovecharla, matizarla o enriquecerla, sin pararse a considerar sus límites temporales. Así por ejemplo, una de las síntesis más acertadas y accesibles de este período afirma que la contrarrevolución española de la década de 1830 -el carlismo- acogió en su seno a una cierta variedad de grupos sociales; fue, por tanto:

producto de una alianza entre el clero, capas diversas del campesinado y del artesanado urbano. mientras que al nivel de los cuadros directivos se integrarán en ellos una amplia porción de pequeños notables rurales, incapaces de reacomodación, otra no menos importante procedente de una milicia hipertrofiada como derivación directa de las diversas crisis bélicas de comienzos de siglo, cuyo punto de partida se encuentra en la Guerra de la Independencia y, en fin, un muy limitado número de intelectuales, clérigos o no, antiilustrados, de extracción burguesa a veces, y que irá aumentando a lo largo del siglo. Mientras en la España del siglo XIX existió una dinámica revolucionaria burguesa, la contrarrevolución se nutrió, en diversas proporciones, de estos ingredientes sociales, sin solución de continuidad apreciable desde los primeros momentos del realismo fernandino.⁵

De la coincidencia circunstancial entre la clase dominante del Antiguo Régimen y elementos populares para combatir al común enemigo liberal se pasaba ya a la *alianza*, un término mucho menos precavido. Por otra parte, se daba por aceptado que lo que valía para los años veinte vale para los treinta⁶, puesto que no hubo diferencia apreciable entre realismo y carlismo.

Algo antes que Aróstegui, autor del párrafo citado, Fontana había esbozado su interpretación sobre el realismo-carlismo en una síntesis de divulgación sobre el período 1808-1833:

5. [ARÓSTEGUI 1981], p. 80.

6. Los estudios de Aróstegui se han centrado además en la llamada *Tercera Guerra carlista*.

Lo que suele llamar el partido apostólico o carlista es un conglomerado que no conseguirá plena coherencia hasta los momentos finales del reinado [de Fernando VII]. Su centro está en el palacio real, en las habitaciones del infante Carlos. (...) El clero da, a través de las sociedades secretas, una base mínima de organización al partido, sin olvidar que proporciona también los recursos necesarios para reclutar y mantener partidas.⁷

Con todo, se matizaba más adelante que "la participación de los campesinos, en cambio, obedece a razones muy distintas".

Estas ideas se presentaron más acabadas -pero sin salir del territorio de la sugerencia, la hipótesis, la exploración previa- en un artículo que ha tenido una enorme influencia sobre cuanto se ha escrito sobre el carlismo en los últimos años: "Crisi camperola i revolta carlina", aparecido en 1980. En él, Fontana recalca que existieron dos componentes bien diferenciados en el seno del carlismo:

Penso, però, que ens convé de distingir entre el 'partit carlí'-el nucli de cortesans, militars, eclesiàstics i altra genteta que s'organitzaren per a lluitar per evitar un canvi polític a Espanya- i, per altra banda, les masses camperoles que els seguiren en la lluita contra un enemic comú.⁸

Los móviles eran diferentes para ambos, ya que para el partido carlista "la cosa estava clara. Ferran els allunyava del poder: era el seu enemic. Des d'aquest moment començaran a pensar en substituir-lo per Carles, que ha assumit la defensa del seu programa"⁹. Sin embargo, lo que movía al campesinado era que sentía en carne propia los efectos de una difícil situación económica, en nada aliviada por la falta de comprensión de los problemas del campo que mostraron los liberales. Entre campesinos y carlistas llegó a existir una "coincidència en la lluita contra un enemic comú: contra un govern que esclafa els pagesos amb càrregues fiscals molt dures, com havien fet abans els del liberalisme, amb la qual cosa sembla que siguin els mateixos -que és justament allò que els ultres volen que pensin"¹⁰.

7. [FONTANA 1979], pp. 45-46.

8. [FONTANA 1980], p. 8.

9. *Ibidem.* p. 9.

10. *Ibidem.* p. 12.

Partiendo de estos supuestos, y siempre con explícitas reservas y precauciones, Fontana proponía una posible geografía del fenómeno carlista, que ayudaría a comprender su significado último:

El resultat final [de un análisis futuro] em sembla que ens donarà un mapa que ha de mostrar-nos que l'arrelament del carlisme s'ha donat especialment allà on hi havia hagut un cert grau d'adaptació a unes primeres formes de comercialització, que ha estat destruïda pels canvis que han tingut lloc en el primer terç del segle XIX, i on la nova estructuració de l'economia espanyola no ha ofert solucions alternatives a curt termini. Veurem, per exemple, que el carlisme no acostuma a donar-se a les zones camperoles més pobres, sinó a les empobrides, que és tota una altra cosa. O sigui, en aquelles que, per una raó o altra, conegueren una certa mesura de prosperitat a final del segle XVIII i no van poder conservar-la.¹¹

Estas ideas -desde Torras hasta Fontana- constituyen todavía hoy la interpretación dominante del carlismo en Cataluña, si bien han sido enriquecidas por estudios a escala local y aportaciones documentales posteriores¹².

Sin embargo, lo que podríamos llamar *hipótesis Torras* contenía dos peligros, a saber: que se la trasladara a lugares y momentos con los que tenía escasamente que ver (los años treinta o cuarenta del XIX, cualquier zona distinta de Cataluña) y que, podándola de matices y complejidades, se la usara para sustentar el argumento de que el bando auténticamente popular fue el carlista. Del primer peligro no eran en absoluto responsables ni Torras ni quienes usaran correctamente sus postulados, ya que su utilización fuera del contexto adecuado era pura responsabilidad de quien lo hiciera, pero el segundo peligro sí era hasta cierto punto connatural a la hipótesis. Si hasta la historiografía progresista o marxista aceptaba que el campesinado combatió en las filas de la reacción realista, nada le impedía a la historiografía filocarlista pasar a aseverar -como hicieron Olcina, García Villarrubia y otros carlistas de nuevo cuño- que en el realismo (y en el carlismo, sumando así ambos errores, la tergiversación y la ucronía) se podía encontrar una componente popular o populista, en contraposición al carácter burgués del liberalismo. Vulnerando completamente la lógica más elemental se venía a afirmar algo parecido a que si el carlismo atacaba la ideología de la burguesía, esto es, el liberalismo, y ser antiliberal y antiburgués es ser de izquierdas, el

11. *Ibidem*, p. 15. También [FONTANA 1988], pp. 270 a 272.

12. Entre muchos otros, casi todos de carácter local, destacan los estudios para las tierras de Tarragona de Pere Anguera, como [ANGUERA 1983], [ANGUERA 1990] o [PONS ANGUERA 1988].

carlismo fue de izquierdas¹³: otrosí, que como bajo las banderas del carlismo combatieron elementos de las clases populares, el carlismo fue su causa.

En ese caso se encuentra -por poner un ejemplo próximo a Cataluña y que ha contado con una amplia difusión-, la producción de Josep Carles Clemente, quien eliminaba ya todo matiz y acomodaba lo expuesto por Torras en *Liberalismo y rebeldía campesina* a la época de la revolución liberal, un momento en el que la crisis económica y los perjuicios que el liberalismo en el poder habrían causado al campesinado acabarían por arrojarlo al bando de Don Carlos. Estas dos citas probarán lo que digo: "el Carlismo parece ser que encontró apoyo en los pequeños propietarios rurales, recelosos ante las medidas agrarias (desamortización, supresión del medio diezmo, censales, etc.) adoptadas por el gobierno de Madrid; sobre todo en la región vasconavarra"¹⁴; "...el bajo campesinado se enroló con el Carlismo por la crítica situación rural, su continua crisis: la miseria del campo, el hambre, el incremento de los impuestos..."¹⁵. Obsérvese que de la coincidencia o la alianza Clemente ha saltado al "apoyo" y del "combatir junto a" al "enrolarse".

Ya puestos, nada impedía continuar por el camino de la tergiversación, explotar a fondo la concesión de los historiadores progresistas para lanzar interpretaciones cada vez más aventuradas, ligadas casi siempre a posturas políticas muy conservadoras o retrógradas. Se cerraba el círculo y podían volver a usarse sin rubor las lucubraciones del padre Suárez y de la historiografía tradicionalista cuando se afirmaba sin ambages que "el poble va ser 'carlí', va seguir Carles, perquè els que l'havien separat del tron eren els mateixos que duien a terme la política anti-tradicional i anti-popular. No pas per fidelitat o devoció a una determinada llei de successió"¹⁶.

Diez años después de haberse escrito el párrafo anterior, su autor -Josep Maria Mundet i Gifré- se ha reafirmado en esas convicciones cuando ha escrito entre otras cosas que "ningú

13. Análogamente, se podría asegurar sin reparo que los gatos no comen hierba, que los peces no comen hierba y que, por lo tanto, un gato es un pez, o cualquier otro disparate al gusto del lector.

14. [CLEMENTE 1982], p. 18.

15. *Ibidem*, p. 19.

16. [MUNDET 1980], p. 9.

no posa en dubte el reialisme d'aquelles masses camperoles"¹⁷. Como nadie pone en duda ya que los campesinos fueron primero realistas y luego carlistas, puede ser interesante ocuparse de otros grupos sociales, y por ese camino la *nueva* historiografía conservadora no sólo ha querido demostrar recientemente que la nobleza fue carlista y -para sorpresa general- el clero no, sino que también ha relativizado que los habitantes de las ciudades y los mandos del ejército fueran unánimemente liberales¹⁸. Se tenía que llegar sin remedio a una conclusión del tenor siguiente:

Si a pesar de su pésima situación de partida, y de tener que soportar la hostilidad de los países de la Cuádruple Alianza los carlistas lograron mantenerse en campaña a lo largo de tantos años, teniendo incluso una opción real de ganar la guerra, ello se debió al apoyo de la enorme mayoría del pueblo español. En cierta forma se trataba de una visión renovada de la guerra de la Independencia, donde los cristinos jugaban el papel de los franceses, y con no mucha mejor fortuna que éstos.¹⁹

Se estaría tentado de creerlo si no fuera porque los carlistas -inexplicablemente, si aceptamos los presupuestos de Bullón de Mendoza- perdieron la guerra y porque, como ha escrito Gil Novales, "ahora caemos en la cuenta de la monstruosidad que representa creer que todo un país, una región o clase social, en este caso el campesinado, buscaba por definición su propia sumisión feudal. Es absurdo pensar así, aunque muy tenaces propagandas insistan en ello"²⁰.

Llegados a estas alturas del proceso de mixtificación es necesario un reenfoque, que ha de pasar por fuerza, y aun a riesgo de resultar primario, por tener en cuenta algunos elementos, obvios de puro básicos, pero que se han olvidado²¹. En primer lugar, resultaría muy higiénico arrumbar en el desván el concepto de *guerra carlista* y aceptar que estamos ante una guerra civil, un término mucho más denso en significados, al tiempo que más general y por ello capaz de borrar de un plumazo las especificidades de un conflicto que de

17. [MUNDET 1990], p. 215. Se pueden espigar muchas afirmaciones de este estilo en una obra que, por otra parte, se ha presentado como la síntesis de la primera guerra carlista en Cataluña.

18. [ASÍN/BULLÓN 1987], pp. 12-14.

19. [BULLÓN DE MENDOZA 1992], p. 647.

20. [GIL NOVALES 1989], p. 384.

21. Los párrafos siguientes son mi propia formulación de unas reflexiones que ha apuntado Anna Maria García ([GARCÍA ROVIRA 1990], p. 245 y ss.) y que comparto en su integridad. Suscribo, pues, punto por punto que estamos ante una guerra civil, que revolución y guerra están indisoluble y dialécticamente unidas, que si tiene lugar una guerra no pueden negligirse los aspectos militares y, por último, que hablar de un bando y no del otro carece de sentido.

insólito tuvo poco. Por otra parte, la de 1833-1840 no fue una guerra civil cualquiera, sino una pugna incrustada en medio del capítulo final de la transición entre dos tipos de sociedad, de la transición entre el feudalismo y el capitalismo, por decirlo de una forma que ya no está de moda.

El segundo paso consiste en dejar de considerar al carlismo como un objeto de estudio independiente, como un fenómeno que pueda tratarse de manera aislada, y pasar a concebirlo simplemente como la forma que revistió la contrarrevolución en unos años determinados y en unos lugares específicos, en cuyo caso es fundamental no perder de vista las líneas principales de la historia de esos lugares y esos años y luego inscribir en ellas el conjunto de principios, actitudes, acciones y personas que se ha dado en llamar carlismo. Además, se ha de huir cuanto sea posible de una visión del asunto cerradamente española -o sólo catalana, que para el caso es lo mismo-, so pena de perpetuar una tradición de diferencia ibérica²² que, sobre no estar fundada, no le ha reportado más que perjuicios a la historiografía peninsular.

En ese orden de cosas, también conviene rechazar, siquiera en una primera fase de trabajo, lo que podríamos llamar el *esencialismo carlista*, esto es, la noción que sostiene que las ideas, las tierras y los individuos asociados a tal causa permanecieron sin cambios sustanciales, como mínimo de 1820 a 1872. Nadie afirmaría seriamente esa inmutabilidad para ningún otro ideario, y no creo que haya quien conciba que se pueda llegar a conclusiones atinadas sobre la Cataluña o la España de 1994 -por poner un ejemplo de la misma diferencia de años- dando por supuesto que no es demasiado distinta de la de 1942. Peor aún, ¿daría acaso idea exacta de la naturaleza del republicanismo en 1930 su situación en la década de 1980? Pues con el carlismo sucede lo mismo, pero en su estudio ha dejado de respetarse una regla de juego tan elemental como es que no se puede explicar un acontecimiento o un proceso histórico a partir de lo que ocurrió después, incluso décadas después. La presente investigación, por lo tanto, no tendrá demasiado en cuenta lo que fuera a suceder con el carlismo, los carlistas o las gentes y los lugares afectados por la guerra después de su final, ya que ello no explicaría los acontecimientos que tuvieron lugar antes de la contienda y durante ella. Es bien cierto que esa limitación no puede mantenerse taxativamente, so pena de renunciar a un discurso histórico que pretenda comprender y luego explicar cambios y continuidades, pero en la precaria situación en la que se encuentran la historia de Cataluña

22. Portugal estaría incluida en la anomalía, ya que su proceso de revolución burguesa y la lucha revolución-contrarrevolución, se parecen enormemente al caso español.

y de España en las décadas centrales del siglo XIX podría ser conveniente aplazar siquiera un tiempo las comparaciones y las grandes elaboraciones teóricas.

En esa misma línea, y dado que lo que aquí se intenta estudiar es un período especialmente denso, no sería procedente intentar establecer las características y naturaleza de la contrarrevolución carlista en Cataluña de una vez, cometiendo así a una escala menor el mismo error esencialista al que me refería hace un momento. Por lo tanto, he optado por repetir el análisis en tres ocasiones, en tres momentos cuyos límites los establecen los hechos más trascendentales, tanto desde un punto de vista social y político como bélico. Así pues, la exploración de los rasgos del bando carlista contemplará tres marcos temporales, y se intercalará en ellos:

1- Desde el desencadenamiento del conflicto, en 1833, hasta la oleada revolucionaria del verano de 1835.

2- Desde ese último momento hasta otro a mediados de 1837, marcado por el final del ciclo de la revolución liberal, la llamada *Expedición Real* y el establecimiento de un territorio y un centro de poder carlista en Cataluña.

3- Desde mediados de 1837 hasta el final de la guerra, en 1840.

Dado que el carlismo catalán produjo testimonios escritos de su ideario sobre todo en la última fase, abordaré el contenido del programa carlista en Cataluña hacia el final de esta investigación. Los capítulos correspondientes a los períodos 1833-1835 y 1835-1837 tendrán un carácter más sociológico y manejarán sobre todo información cuantitativa.

Hechas todas estas salvedades y ahora desde un punto de vista diferente, resta confrontar lo que nos cuente la escasa información de que disponemos con las interpretaciones en vigor.

- El partido carlista en Cataluña:

Como indicaba Fontana, bajo tal denominación se puede englobar a los dirigentes políticos y sociales que se movían alrededor del infante Don Carlos María Isidro, apoyaban sus derechos o sostenían las ideas absolutistas del Pretendiente. Sabemos desde hace tiempo que el ideario de Don Carlos contenía poca originalidad y mucho limpio reaccionarismo:

La ideología del infante es de una simplicidad llena de candor. Sus palabras revelan un espíritu cerrado a toda novedad 'peligrosa'. El único programa positivo que sale de su pluma es tan abstracto y vago que apenas puede calificarse de tal (...).

Revolución y ateísmo son una misma cosa para don Carlos: para salvar la fe es preciso combatir a los liberales. Pero don Carlos no deja abierto ningún resquicio a ese famoso programa de reformas 'a la española' que, según Suárez, estaban enarbolando los realistas desde las Cortes de Cádiz²³

Sus partidarios compartían con el hermano de Fernando VII esos elementales planteamientos, por lo que a alguien tan poco sospechoso de liberalismo exaltado como Javier de Burgos los carlistas de primera hora le merecieron la siguiente opinión:

Vióse generalmente entonces lo que, desde mucho antes, tenían visto y anunciado los hombres que habían estudiado su país; a saber: que los enemigos del régimen representativo no se contentaban con las seguridades de un absolutismo como quiera, ni menos con las de un absolutismo progresivo, sino que necesitaban o exigían uno estacionario, y aun, si era posible, retrógrado.²⁴

A partir de estas posturas iniciales, el carlismo evolucionó poco y de una manera peculiar. El ensayo de Carlos Seco, aún válido, permite comprender las adherencias forales o populistas del programa carlista en fechas posteriores, ya que el carlismo "iniciado como una negación de la revolución liberal, a cuyo triple lema -'igualdad, libertad, fraternidad'- opuso simplemente la alianza del 'altar y el trono', iría enriqueciendo su contenido doctrinal sin más que apuntarse como tantos propios los fallos del liberalismo -es decir, la contrapartida social de la revolución-."²⁵

23. [SECO 1955], pp. 39 a 41.

24. [BURGOS 1850-1851], T. I. p. 160.

25. [SECO 1955], p. 9. Carr ha reafirmado la idea, sintetizándola aún más: "el carlismo de los años treinta era un credo negativo, una cruzada "en pro de la eliminación de la canalla liberal", la batalla contra "la Revolución", heredera de la herejía del siglo XVI y del ateísmo del siglo XVIII" ([CARR 1969], p. 187).

Como el carlismo catalán no dispuso hasta 1837 de territorio, capital y órganos políticos propios, no produjo hasta entonces la suficiente cantidad de documentos escritos como para asegurar si se separó en algo de estos principios generales. A falta de esos elementos de juicio, de momento es mejor ocuparse de las personas que de los programas, empezando por los miembros de los grupos en principio interesados en el mantenimiento del viejo orden, esto es: el clero y la nobleza. La erosión de rentas feudales que se había iniciado años antes de que estallara la guerra afectó por igual a ambos sectores, pero el clero soportó la agravante de quedar forzosamente excluido de cualquier redistribución de la propiedad en un nuevo sistema social, so pena de que no se produjera redistribución en absoluto. Así pues, como Fontana ha afirmado, la apuesta de la Iglesia católica española por la reacción era la única posible²⁶, y eso era ya verdad desde bastante antes de la década ominosa, como muestra un luminoso párrafo debido a Pascual Madoz:

Los propietarios principiaron por ocultar sus productos a fin de no dar al clero lo que necesitaban para la subsistencia de su familia, y poco a poco abandonando la máscara, publicaban la injusticia que se les hacía, en tener que sustentar al clero regular y parte del secular, que consideraban como inútil y perjudicial a la sociedad civil. De aquí se siguió el que minorasen las rentas del clero por la falta del pago de diezmos, y más de una vez se sirvieron las corporaciones eclesiásticas de la pasada época de los voluntarios realistas para registrar las casas de los labradores y ver quién pagaba con exactitud²⁷

La observación de Madoz es muy interesante, no sólo porque confirma todas las tesis actuales sobre la sorda resistencia antifeudal del campesinado, sino porque muestra que la relación funcional entre la reacción carlista armada y los intereses de la clase dominante de Antiguo Régimen no se inició en la guerra.

La Iglesia como institución sostuvo principios carlistas desde el primer momento, y no puede aducirse para explicarlo ninguna agresión legal al orden eclesiástico, toda vez que hubo que esperar al Gobierno Martínez de la Rosa para que se iniciara una línea de reformas en ese sentido. Además, ésta fue tan tímida que se redujo a un decreto (marzo de 1834) de supresión de ciertos monasterios -en la práctica ya inexistentes-, a la formación de una Junta Eclesiástica cuyos trabajos quedaron en agua de borrajas y a la supresión formal y definitiva de una Inquisición que no había sido reinstaurada en la década ominosa. Sólo la serie de

26. [FONTANA 1988], p. 250.

27. [MADOZ 1835], p. 6.

motines anticlericales que se inició en Madrid en julio de 1834 y se repitió en la primavera de 1835 podría justificar el reaccionarismo eclesiástico, pero lo cierto es que la adscripción carlista del clero en Cataluña fue muy anterior, como su participación en los alzamientos y conspiraciones realistas desde 1821 a 1827 demuestra a las claras.

Recientemente, se han alzado voces de estudiosos de *las guerras carlistas* negando lo que todo el mundo daba por supuesto al sostener que "en cualquier caso, no estará de más recordar que tanto los eclesiásticos que toman partido por Don Carlos, como los que lo hacen por la Reina, no son sino una pequeña minoría, pues la mayor parte del clero trata de permanecer, en la medida que les es posible, al margen de la contienda. Así, lo digno de resaltar no es que la Iglesia pudiera desear el triunfo de Don Carlos, sino que sus miembros hicieran tan poco por conseguirlo"²⁸. Quienes, como Bullón de Mendoza o antes de él Revuelta²⁹ afirman tal cosa no diferencian a la institución de los individuos o consideran erróneamente a la Iglesia católica como una especie de clase social, de cuyo comportamiento pueden dar cuenta una muestra aleatoria o unos porcentajes. Pues bien, aunque forme parte de la clase dominante de la sociedad de Antiguo Régimen, la Iglesia no es una clase, sino un orden, y un orden jerarquizado, cuya conducta no se rige por la libre actuación de sus integrantes, sino por una cadena de obediencias establecida hace siglos. Además, por su propia naturaleza, no se puede esperar que el clero coja en masa las armas y trisque por esos montes -aunque hubo casos notables³⁰-, a riesgo de cosechar el fracaso más estrepitoso. Es mucho más útil para quien no se ha dedicado nunca a menesteres bélicos pagar a quien sea ducho en ellos o actuar en terrenos más favorables, como la propaganda, la conspiración o la financiación.

Si se intenta averiguar cuál fue el partido que tomó el clero como estamento, una radiografía del alto clero es definitiva, por lo que puede ser interesante analizar la actitud de

28. [BULLÓN DE MENDOZA 1992], p. 544. Como en tantos otros puntos, lo que Bullón sostiene no sólo no es una novedad, sino que constituye la reedición de ideas muy rancias. En este caso, en su argumentación se oyen los ecos de las palabras escritas por Vicente de la Fuente a mediados del pasado siglo: "pocos fueron los clérigos que tomaron parte en los primeros levantamientos: solamente Merino y algún otro avezado a la vida aventurera de las guerrillas" ([de la FUENTE 1855], T. III, p. 486).

29. Concretamente [REVUELTA 1976].

30. No fueron escasos los religiosos que pasaron del apoyo al carlismo o de las convicciones absolutistas a la acción y se convirtieron en jefes de partida. Sólo en la primera mitad de 1834 se puede citar al padre Pablo Tusquellas (religioso agonizante de Barcelona y cabecilla de la partida de Paré (a) Bagarro), a mossen Benet Tristany (canónigo de Girona), al padre Llovera (párroco de Oix y economo de Sant Salvador de Bianya, carmelita calzado), a fray Buenaventura de Mataró (capuchino), a fray Vicente de Sarrià (capuchino) y al padre Cristóbal Vila (presbítero patrimonial de Cervera). A esa lista se podrían añadir también, por lo que se ha visto en la crónica de hechos militares, a los cabecillas Cura de Garcia y Vicario de Alforja.

la Iglesia siguiendo la línea jerárquica. Partamos para ello de una información sobre los obispos catalanes a la muerte de Fernando VII³¹ que aportó en su momento Vicente Cárcel.

Cuadro 4: Obispos de Cataluña en 1833

DIÓCESIS	OBISPO	INICIO DE EPISCOPADO	VIDA	SITUACIÓN POSTERIOR
Tortosa	Sáez	1824-1825	1776-1839	Huye en 1833
Vic	Corcuera	1824-1825	1776-1835	Muere en 1835
Girona	Castaño	1824-1825	1769-1834	Muere en 1834
Tarragona	Echánove	1826-1831	1765-1854	Huye en 1835
Urgell	Guardiola	1826-1831	1733-1851	Desterrado en 1835
Solsona	Tejada	1832-1833	1776-1838	Muere en 1838
Barcelona	Martínez S. Martín	1832-1833	1772-1842	
Lleida	Alonso	1832-1833	1773-1844	Expulsado en 1837

Cárcel añade a sus datos una más que benevolente calificación política de los prelados, según la cual sólo los obispos de Urgell, Solsona y Tortosa pueden ser tildados de *antiliberales*, el arzobispo de Tarragona fue *neutro*, de los de Vic y Girona no se sabe nada porque murieron pronto, y como obispos liberales quedaron únicamente los de Barcelona y Lleida.

La calificación es sin duda cierta en el caso del obispo Martínez de San Martín, que llegó a Barcelona el 28 de setiembre de 1833³² y es el único al que se puede considerar liberal, como prueba su pastoral en favor de la causa de Isabel II y contra el activismo carlista de su clero, en la que se dice que:

algunos Eclesiásticos, olvidados de su Divina Misión, abusan y profanan, lo que hay de más sagrado, el ministerio del Santuario, para zapar los fundamentos del Trono español, ocupado legítimamente por una HEREDERA inocente, de quien tenemos la dulce y consoladora esperanza, de que formada por los cuidados, desvelos e ilustración de su augusta Madre, infatigable en labrar

31. [CÁRCEL 1975], pp. 399 a 415.

32. [SUCESSOS Barcelona 1981], p. 109. El obispo era hermano del Capitán General de Castilla la Nueva, José Martínez de San Martín, y es más que probable que fuera conocido de Llauder.

la prosperidad de los Españoles. llegara a ser algún día las delicias de la España, la admiración de la Europa toda, y el modelo de las princesas de su rango.³³

En lo que a los conceptuados como *antiliberales* respecta, ya se ha hablado de la participación en conjuras carlistas del obispo de Urgell y de la escatológica opinión que le mereció la amnistía³⁴. Por su parte, el obispo de Tortosa no hizo más que continuar en la línea conspiratoria que había exhibido en la conjura de Bessières, en 1825, y en la guerra de los agraviados³⁵. Sobre la conducta del de Solsona, por último, puede presentarse aquí el juicio que le mereció a la Diputación de Lleida en 1837:

el Obispo, que a su extraordinario influjo reúne la calidad de ex-general de la Merced, y la de hechura de Calomarde, teniendo a más toda la hipocresía de un mal Obispo, toda la política de un sabio, y toda la intriga de un fraile³⁶

Podría objetarse a tan poco amable retrato que es tardío, que se sale de los límites temporales de esta primera exploración, si no fuera porque el obispo Tejada presenta un historial de enfrentamiento con las autoridades del Principado que se remonta a finales de 1833, cuando Llauder le pidió una pastoral inequívoca de apoyo a la Regencia y se negó a ello³⁷.

Disiento de la calificación de liberal tibio que Cárcel le adjudica al obispo de Lleida, Alonso, a pesar de que escribiera una pastoral exhortando a la obediencia a Isabel II en setiembre de 1834³⁸. La pastoral está redactada en un tono sumamente neutro y se aviene mal con que su autor presidiera en 1837 una Junta corregimental carlista³⁹ y pasara después a

33. [MARTÍNEZ SAN MARTÍN 1834], p. 4.

34. Ver capítulo 1.2.

35. Aunque en esta última se mostró poco activo. Como le escribía a un colega de Ávila el canónigo provisor de Tarragona, estaba decepcionado por la falta de rebeldía de Sáez y porque "el señorón de Tortosa no hubiese dicho algo; no sé para cuando guarda su realismo" ([ALONSO TEJADA 1969], p. 201).

36. [A. D. P. L.] Libro de actas de 1836 y 1837. Acta de la sesión de 28 de enero de 1837.

37. [LLORENS I SOLÉ 1981], p. 118. Esta obra -por lo demás un excelente y riguroso trabajo- contiene información de primer orden sobre el carlismo catalán. Además, tiene en su haber el raro merito de que, a pesar de haber sido redactada por un canónigo, no se empeña en ningún momento en justificar la actitud reaccionaria del clero catalán de la época, dando así una lección de tolerancia y, si bien se mira, de cristianismo a quienes creen que mantener sus convicciones religiosas consiste en alentar ideas y acciones como mínimo poco morales.

38. [LLADONOSA VALL-LLEBRERA 1993], p. 150.

39. [FERRER/TEJERA/ACEDO 1941...], T. XIII, p. 126.

Roma, donde formó parte, según un informe reservado, de un sector "apostólico" o "teocrático", cuya dirección "forma una junta compuesta de los obispos de Lérida y Orihuela y el canónigo Batanero, Padre Alcaraz, y algunos otros"⁴⁰. Tampoco se puede afirmar que del obispo de Vic no se sabe nada, ya que su actitud en la revuelta de los *malcontents* al negarse a publicar una pastoral llamando a la paz y calificando la sedición de "causa justa" no dejó lugar a dudas⁴¹. Como el obispo de Girona, Castaño, murió el año 1834 poco se puede decir de sus intenciones, y de la huida del arzobispo de Tarragona en julio de 1835 ya se hablará en su momento.

Así pues, el episcopado catalán estaba contra la Regencia y a favor de Don Carlos virtualmente en su totalidad, aunque se podría conceder que sólo una parte de los preladados catalanes actuó de forma militante, al menos hasta 1835. De cualquier modo, la hostilidad de los obispos para con la nueva Reina no debe sorprender demasiado si se tiene en cuenta que la propia Santa Sede se mostró contraria a la causa de Isabel II⁴² desde el primer momento, aunque, eso sí, a la sutil manera vaticana.

La segunda línea de la jerarquía, compuesta por los canónigos y el resto del clero catedral, no fue menos proclive que los obispos a optar por Don Carlos y además, libre de la representación que comporta la mitra, fue más activa que sus superiores, sea con las palabras y los escritos, sea con el dinero o incluso con las armas, aunque su incorporación masiva a las banderas del Pretendiente o al exilio se produjera a partir de julio de 1835. Los indicios de las actividades absolutistas de los canónigos son mayores en las diócesis gobernadas por obispos carlistas, como la de Tortosa, de acreditado realismo⁴³. En la de Solsona, y tan pronto como a finales de 1833, Llauder ya acusaba de desafectos, basándose en los informes del alcalde, a los canónigos Roc Canal, Sala y Blanch. Los tres denunciados hicieron entonces profesión de acatamiento, pero el último día del año 33 huyeron de la

40. [SECO 1955], p. 55. De un informe reservado dirigido al gobierno desde Francia ([A. G. P.], Papeles reservados, caja 297).

41. "Como es natural, aumento sobremanera la veneración de los facciosos hacia el obispo de Vich, el único que había sabido defenderlos. El canónigo provisor de Tarragona, don Juan Antonio Oronoz, ex inquisidor y realista muy destacado, escribía el 24 de octubre a su amigo el provisor de Avila: 'El Obispo de Vich, aunque andaluz, tiene entre los catalanes el concepto más superior de todos por su santidad'" ([ALONSO TEJADA 1969], p. 201).

42. Para una información detallada consultese [BECKER 1908], pp. 83 y ss.

43. Ver capítulo de antecedentes.

ciudad Roc Canal y otro canónigo, Pere Màrtir Coma⁴⁴. En Lleida se tenía por carlistas a los canónigos Valonga -cómplice de la revuelta de los agraviados-, Costa, Vidal Vallcendrera, Llorens, Altemir, Laplana e Ibars⁴⁵. Por lo que a la diócesis de Urgell respecta, no puedo aportar evidencias de activismo carlista en estos momentos, aunque sin duda lo hubo, porque de otro modo no se explicaría que en 1837 las autoridades de la ciudad comunicaran que se encontraban exiliados en Francia -sin indicar fecha de salida- el obispo Guardiola, el vicario general, dos arcedianos y tres canónigos; seis canónigos y tres curas estaban en la misma situación en Andorra, un arcediano y un canónigo se encontraban confinados, y dos sacerdotes se habían unido a la facción⁴⁶.

Pero también en otros territorio se encuentra a canónigos carlistas. Podemos considerar sin problemas como tales a Antonio Monviola⁴⁷ y a Antonio Oronoz, del cabildo de Tarragona, ya que fueron encausados por sus actividades a favor de los *malcontents* en 1827⁴⁸. Incluso en la diócesis de Barcelona, gobernada por el único obispo liberal del Principado, se tuvo que dar pasaporte en julio de 1834 al canónigo de la catedral Amorós y al vicario perpetuo de los santos Justo y Pastor, llamado Gomis⁴⁹. La lista de dignidades eclesiásticas carlistas no estaría completa si nos olvidáramos del canónigo de Girona por méritos de guerra Benet Tristany, personaje lo suficientemente conocido como para esbozar ahora una biografía. Sí se puede decir, sin embargo, que Tristany fue una especie de retrato robot del carlista catalán, puesto que aunaba en su persona las condiciones de clérigo, pequeño noble y militar realista con licencia ilimitada.

Por si la muestra de alto clero complicado con la facción resultara escasa, hay que añadir a ella la firme resistencia a las nuevas autoridades mostrada por el claustro de la Universidad de Cervera desde que se puso a su frente el doctor Torrabadella, en marzo de

44. [LLORENS I SOLÉ 1981], pp. 118 y 115. Por cierto, el canónigo Pere Màrtir Coma figuró más tarde, en 1837, como presidente de la Primera Junta Corregimental de Cervera (*ibidem*, p. 119).

45. [LLADONOSA VALL-LLEBRERA 1993], pp. 156, 160 y 161.

46. [A. D. P. L.] Caja A-905, 6170: Llistes de facciosos i béns embargats (1837).

47. Al que veremos en 1836 dirigiendo una partida, y no pequeña.

48. [ALONSO TEJADA 1969], pp. 208-209.

49. [CRESPÍ 1833 a 1840], p. 46.

1833⁵⁰, por no hablar de su relevante papel posterior en la dirección del carlismo catalán⁵¹. Hay que señalar, no obstante, que algunos *universitarios* de la posterior Junta de Berga permanecieron en sus cátedras hasta bien entrado el año 35, o por lo menos ese fue el caso del rector Torrabadella, ya que a últimos de ese año la Dirección General de Estudios aún se dirigía a él para conminarle a que readmitiera a los profesores que "fueron separados por la reacción política que sobrevino" en 1823⁵².

Cuando se ha tratado de describir la postura política del bajo clero en la guerra civil se ha argüido con frecuencia que la incorporación de frailes o sacerdotes a las partidas fue ínfima, y la verdad es que la información que manejo no indica lo contrario. Dejando aparte a los cabecillas, en las bases de datos que he elaborado con todos aquellos que fueron clasificados como carlistas por las autoridades del Principado sólo aparecen cinco frailes y un sacerdote⁵³ sobre un total de 1.145 personas fichadas entre 1833 y julio de 1835, aunque debe indicarse que ninguno de ellos está anotado en las listas de presentados a indulto, sino que fueron reclamados o capturados en acciones armadas. Así pues, sólo una pequeña parte de los frailes y los curas -los más jóvenes o decididos- se incorporó a las facciones, pero es que otra cosa sí que sería extraña, ya que el de las armas no era el mejor cometido que podían desempeñar. Por otra parte, que una notable cantidad, o incluso la mayoría, si así se desea, de sacerdotes y monjes se plegaran más o menos a disgusto a las nuevas circunstancias políticas carece de relevancia, ya que ni el número de clérigos liberales compensa de lejos el de carlistas ni la Iglesia como institución apoyó al nuevo Estado o simplemente desautorizó a aquellos de sus miembros que le hacían la guerra.

En más de una ocasión se ha separado demasiado tajantemente al clero regular del secular, aduciendo la mayor proximidad de éste último al resto de la población, una cercanía que le llevaría a compartir los problemas de sus feligreses, sobre todo campesinos. No obstante, los datos de que se dispone para la primera parte de la guerra no muestran más que diferencias de función entre unos y otros: a los monasterios -no a los frailes, considerados

50. En esa fecha Torrabadella sucedió a Dou en la Cancillería, según (LLORENS I SOLÉ 1981), p. 156.

51. "Res no té d'estrany que durant els períodes liberals, com el trienni, no hom dubti a arrencar de Cervera la Universitat i que les Corts concedeixin a Barcelona l'establiment de les cátedres. Res no té d'estrany, tampoc, que el claustre de Cervera es vinculí massa a la causa absolutista" ([CUESTA 1977], p. 13).

52. [CUESTA 1977], pp. 24-25.

53. El padre Mariano Comas, beneficiado de la Colegiata de Manresa, que intervino en el alzamiento de Prats de Lluçanès ([DdB] N° 311, 7-XI-1833).

individualmente- solía corresponderles pagar, una práctica que tenía abundantes precedentes, aunque los conventos no fueron generosos con las facciones hasta bastante tarde, entrado el año 1835. Como anotaba el payés Martí Vidal en su diario: "a la primaria [los carlistas] engañaren la gen de aquesta manera, no rovaven res a ningú, ni feñan par res, sinó pagar mol ve lo que gastaren, perquè los frares trèyan las bosas, però luego se baren estreña y se mudà tot"⁵⁴. En este sentido, resulta curioso un ejemplo de recaudación semiforzosa que tuvo como escenario Poblet y aconteció a inicios de julio de 1835:

El dia 9 de juliol de 1835, Manuel Ibáñez, àlies el Llarg de Copons, famós capitost carlí, es presentà a Poblet comandant sis o set-cents homes i exigint formalment una forta quantitat de diners. Reunida la comunitat a la sala capitular, el pare bosser manifestà als monjos que no disposava de la suma que li era demanada. Amb tot, com que el Llarg de Copons amenaçava amb majors mals si no li eren lliurats els diners, els capitulars autoritzaren el pare Gatell i el bosser Cosme Valls perquè, en el cas que no ho poguessin evitar, li'n donessin, almenys, una part, la menor possible. El secretari del capítol, pare Josep Sentís, aixecà acta del fet.⁵⁵

Por su proximidad a la población , a los curas carlistas les tocaba adoctrinar desde el púlpito, como parece que hizo el padre Pagès en febrero de 1834 al pronunciar una oración fúnebre en la basílica de Santa Maria del Mar⁵⁶. Aquellos que no pudieron ejercer estas funciones propagandísticas o consideraron que no serían útiles en ellas prefirieron la vía del exilio, más expedito en Cataluña que en otras partes de España⁵⁷. Se sabe, por ejemplo, que a fines de 1833, muchos eclesiásticos de su diócesis pidieron permiso al obispo de Solsona para emigrar a Francia o a Barcelona⁵⁸. Del mismo modo, el cónsul español en Perpiñán comunicaba en mayo de 1834 que en un grupo de refugiados carlistas en los Pirineos Orientales compuesto por Francisco Pallés y 24 individuos se encontraban tres clérigos, uno de ellos el cura de Centelles; los carlistas seglares fueron a parar a la cárcel, pero los curas

54. [PASCUAL 1980], pp. 65-66. Este "a la primaria" no es fácil de situar cronológicamente, pero apuesto por los meses previos e inmediatamente posteriores a la quema de conventos, en verano de 1835.

55. [ALTISENT 1974], p. 632. Puede uno creerse al autor, y aceptar que fue una extorsión, o suponer que los frailes dieron el dinero de mil amores. Sea como fuere, está claro que los jefes de partida sabían adónde podían ir a buscar fondos y obtenerlos con seguridad.

56. [CRESPÍ 1833 a 1840], p. 11. El clérigo fue arrestado en casa del obispo.

57. La situación de los clérigos exiliados en Francia la facilitaban las ayudas de las jerarquías religiosas francesas, quienes les abrieron las puertas de los seminarios o les proporcionaron medios de vida, como las misas ([CLARENC 1993], p. 229).

58. [LLORENS I SOLÉ 1981], p. 115.

fueron internados⁵⁹. Habida cuenta de las deficiencias del Archivo Departamental de los Pirineos Orientales, es muy difícil calcular cuántos religiosos atravesaron la frontera francesa en estos años y cuándo lo hicieron exactamente, pero de lo que no cabe duda es de que, una vez en Francia, estos exiliados se dedicaron a la elaboración y difusión de una propaganda en que la caridad cristiana no brilla especialmente:

2

Patria y Religión te llaman
Parad a entrambos socorros
Y con tu esfuerzo Catalán
De Cristino el nombre borras
Pues como restauradores
De Corona y Religión
Mataréis a los Masones
Y a todo nefando Español

3

La Legitimidad siempre
Claman los buenos Catalanes
Que como a Cristianos
Desprecian las falsedades
De los Ateístes Voltieres
De las Cortes de Isabel
Pues sus miras no son otras
Que las doctrinas de Luzbel (...)

6

Todos a la lucha corren
Decididos a pelear
Contra el malvado Cristino
Destructor del Trono y Altar
No temiendo aguerridos
El estrépito del cañón
Pues no es otro su anhelo
Que salvar Rey y Religión⁶⁰

Los religiosos que se quedaron sostuvieron una actitud resistente, al menos en algunas zonas. El Capitán General Llauder tuvo que crear en octubre de 1834 una junta de Seguridad Pública en Cardona, integrada por eclesiásticos y laicos, "para la paz y sosiego de esta montaña". La Junta pronto ordenó a los párrocos y alcaldes de Vergós, Su, Ardèvol, Torredenegó, Riner, Hortonedá, Joval, Liaga, Clariana y Buidassacs que se presentasen a ella

59. [A. H. N.] Sección Estado. Leg. 8360: Consulado en Perpiñán (1834-1840).

60. [A. D. P. O.] Mn. c. 1925, 2: Correspondance carliste saisiés (partisans carlistes, chants, interrogatoires, correspondance religieuse) (1834 à 1849) (Nº 458) Apéndice 5.5.

el día 16 para dar cuenta de sus actividades, sin duda nada liberales⁶¹. Por fin, en abril de 1835, la resistencia a las autoridades de la Regencia del clero secular catalán ya era, al parecer, general, como indica una circular que Llauder envió a los justicias de los pueblos del corregimiento de Mataró:

Ha llegado a mi noticia que en la mayor parte de los pueblos de este Principado no se da cumplimiento por los Curas Párrocos de los mismos al artículo 8º del bando de 13 de abril del año próximo pasado dejando de usar de los medios públicos y secretos que les presta su ministerio para que se conserve en ellos la paz y se eviten todos los actos de desorden, resultando de esta omisión que algunos de sus vecinos abandonan sus hogares para unirse a las bandas rebeldes; y deseando proveer el remedio, he dispuesto que V. S. encargue estrechamente a las Justicias de la comprensión de su respectivo distrito, que cada ocho días den parte a V. S. de si los referidos Eclesiásticos cumplen en los Domingos y demás días festivos con exhortar a sus feligreses a que se mantengan sumisos y obedientes al Gobierno legítimo, convenciéndoles del grave crimen que cometen los que con abandono de sus hogares y familias, toman partido o se reúnen con las hordas de forajidos que devastan el país, y son el oprobio de la misma Religión que sacrilegamente invocan⁶²

Conviene hacer una serie de puntualizaciones antes de hablar de la toma de partido de la nobleza, la otra parte de la clase dominante feudal. La primera es que la nobleza, a diferencia de la Iglesia, no era una institución de ámbito internacional, sino un grupo social, cuya pertenencia a la élite de Antiguo Régimen se debía a su posición relativa en el sistema socioeconómico. Los vínculos entre miembros del estamento noble no eran jerárquicos, sino de clase, ya fueran éstos la comunidad de intereses, los lazos familiares, o, mucho menos, la pertenencia a determinadas asociaciones. Un segundo aspecto que conviene tener en cuenta es que la nobleza catalana distaba de presentar en los años que me ocupan un aspecto homogéneo, de forma que se pueden distinguir en ella por lo menos tres fracciones bien diferenciadas: la pléyade de caballeros y *ciutadans honrats*, la gran nobleza española con jurisdicción o propiedades en Cataluña, y los títulos catalanes con jurisdicción⁶³.

Como se ha visto en los capítulos dedicados al desarrollo de la opción política cristina, la pequeña nobleza urbana y la gran nobleza española no sólo no opusieron obstáculos a las reformas del período 1832-1835, sino que en muchas ocasiones participaron en ellas o las

61. [LLORENS I SOLÉ 1981], pp. 116-117.

62. [BOPB] n° 101, 1-V-1835.

63. Es una lista de familias muy reducida, aunque cruzada hasta lo intrincado. Fiveller, Rocabertí, Dusai, Pinós, Sentmenat, Llinars o Boixadors serían los apellidos más frecuentes.

dirigieron. Así pues, de los tres tipos de nobles contemplados, sólo se puede rastrear una temprana proclividad por el carlismo en el de los títulos catalanes con jurisdicción, precisamente aquella fracción noble cuya suerte estaba más ligada a los avatares del feudalismo. La presencia de nobles catalanes en las filas del partido carlista puede detectarse con seguridad ya en el año 1834, cuando tuvieron lugar enfrentamientos con las nuevas autoridades del Principado como el que narra este pasaje:

[421] y lo dia 1 de abril en la Rambla socsui que al dropo del marquès de Santmanat [padre] ynsoltà en un sargento de lanseros de Ysabel Segona. que arribaren a bastunadas, y resoltà que al sergento cadà arestat en la prins[i]pal de casa la Ciutat
[422] y lo endemà ya el tregeren libre, que al jeneral o prengué ab gran calor a favor de ell, y al marquès de Santmanat lo desterà a Mallorca.⁶⁴

Sin embargo, la forma que acostumbró a revestir el carlismo de algunos nobles no fue la riña callejera, ni por supuesto la integración en partidas guerrilleras, sino el activismo en el exilio. Por la correspondencia del cónsul español en Marsella se puede asegurar que los barones de Peramola y Ortafà, el hijo del marqués de Sentmenat y otros aristócratas catalanes se encontraban emigrados en Francia y eran partidarios del Pretendiente como mínimo en octubre del 34⁶⁵. El círculo de Don Carlos utilizó a estos nobles exiliados para representarle ante gobiernos procarlistas o para integrarlos en la trama legitimista europea que patrocinó los proyectos de sublevación organizados desde el exterior que he narrado en los capítulos anteriores. Así, D. Juan Rocabertí y Dameto figuró como embajador de Don Carlos en Holanda e Italia⁶⁶, en tanto que el conde de Fonollar y el marqués de Alfarràs también ejercieron funciones de diplomáticos carlistas⁶⁷. Por último, de la nobleza titulada catalana habría surgido la primera autoridad centralizada de la causa carlista en el Principado: se tienen noticias de que en febrero de 1834 ya existía una oscura Junta carlista catalana en el exilio,

64. [SUCCESSOS Barcelona 1981], p. 126. No se trataba de un fenómeno puramente barcelonés, aunque en la capital residiera buena parte de la nobleza titulada, puesto que en [ANGUERA 1990] (pp. 39-40) se asegura que las familias recientemente ennoblecidas de Reus (los de Miró, March o Bofarull), fueron igualmente carlistas.

65. [A. H. N.] Sección Estado. Leg. 8338: Correspondencia del cónsul en Marsella (1834-1839).

66. Es el heredero del marquesado de Anglesola, los condados de Peralada y Savallà y el vizcondado de Rocabertí (entrada correspondiente de *Gran Enciclopèdia Catalana*).

67. [MELGAR 1958], p. 45.

aunque de ella no se sabe nada más que entre sus miembros se encontraban el duque de Almenara Alta⁶⁸, los marqueses de Alfarràs y La Torre, y el barón de Boaçà⁶⁹.

Probablemente es incorrecto afirmar que la nobleza catalana fue carlista, pero tampoco es acertado decir que no lo fue. Ser carlista significa estar adscrito a una determinada opción política mientras que ser noble es una condición social, y no se puede pretender que un grupo social -en cualquier circunstancia, no sólo en esta guerra civil- se afilie en bloque a una causa, o se escinda, también de modo masivo, en varias. En medio siempre se encuentra una estrato mayoritario de indiferentes, de tibios o de acomodaticios que no tiene por qué tomar partido expreso, un cometido éste que suele reservarse a una minoría militante. Así las cosas, quizá deba plantearse este asunto al revés: ¿hubo una minoría significativa de nobles catalanes en el seno del partido carlista? A esto debe contestarse que una parte no desdeñable de la nobleza catalana titulada manifestó enseguida simpatías por Don Carlos y su causa y que conforme se fue estableciendo una corte carlista en el Norte y la situación política catalana se radicalizó, su presencia en el partido carlista fue en aumento.

- Los jefes de partida y la financiación:

Como he recordado en la primera parte de este capítulo, la propuesta de interpretación de Fontana establecía una clara división entre dirigentes y combatientes en el seno del carlismo⁷⁰. Creo que para poder comprender la articulación interna del bando carlista catalán en los primeros años de la guerra es práctico considerar no ya dos piezas en el mecanismo, sino tres, a saber: dirigentes, líderes militares y combatientes. Este nuevo elemento -los jefes de partida- fue el encargado de establecer la conexión inicial entre los otros dos, aunque defendió sus propios intereses y, como demuestra la crónica militar de los años 1833 y 1834, fue capaz de mantenerse en pie autónomamente en los momentos más críticos.

68. El duque de Almenara Alta (Joan Antoni de Fiveller de Clasqueri i de Bru. 1758-1856) fue Regidor decano del Ayuntamiento de Barcelona entre 1806 y 1820, a excepción de los años de la guerra de Independencia. Volvió al cargo tras el Trienio, y lo mantuvo hasta 1833 (Entrada correspondiente de *Gran Enciclopèdia Catalana*).

69. [ASÍN/BULLÓN 1987], p. 62. del Fondo Pirala de la Real Academia de la Historia.

70. [FONTANA 1980], p. 8.

Durante el periodo 1833-1835 no se produjo más recambio en el liderazgo de la facción catalana que el causado por la ejecución de algunos jefes en 1827-1828 y, en menor medida, por el ascenso de cabecillas más jóvenes. Estamos ante un grupo de contrarrevolucionarios que lo son desde antiguo, dado que la mayoría de ellos ya había participado en la rebelión realista en 1820-1823, como es el caso de Plandolit, Romagosa⁷¹, *Grisset de Cabra*, Samsó, Miralles, Carnicer, Tristany, Galceran, *el Ros d'Eroles*, *Caragol*, *Montaner*, *el Llarg de Copons*, Mallorca, Castells, *Pep de l'Oli*, y *Lleuger de Piera*; los siete últimos de la lista volvieron a empuñar las armas en el alzamiento de 1827, en el que también combatieron del lado de los insurrectos Caballería, *Dinat*, *Vilella* y *Bagarro*⁷². La fidelidad a la reacción de estos cabecillas es muy significativa porque, al contrario que entre los militares de alta graduación, no se conoce un solo caso de guerrillero realista o agraviado que cambiara de bando y se pusiera del lado de Isabel II en 1833.

Aparte del grado de convicción absolutista que ello contuviera -que es importante, porque de convicciones se está hablando-, la lealtad carlista de los jefes de partida guerrillera respondió a necesidades personales. Transformados después de 1823 en militares ilimitados, jefes de unidades de Voluntarios Realistas o las dos cosas a un tiempo, estas personas habían hecho de las armas su modo de vida y su único medio de promoción social. Todavía en mayor grado que en 1827⁷³, el cambio de situación política de 1833 condenó a los ex-guerrilleros a la marginación, porque en una situación de paz los militares de carrera no tolerarían su presencia y los liberales exigirían su exoneración o su castigo. Disueltos los Voluntarios Realistas, sólo les restaría vivir de una magra pensión de retiro en el muy improbable supuesto de que los arruinados gobiernos de la Regencia se dignaran mantenerla. Y de no ser así, ¿qué salida quedaba? ¿volver al trabajo del taller o la tierra? No era ni fácil ni apetecible para la mayoría de estos hombres retornar al anonimato y someterse de nuevo a la tiranía del arado o el telar después de haber hecho de la violencia su profesión en los

71. La actitud de éste en el alzamiento de 1827 fue ambigua. Según [TORRAS 1967], p. 61: "parece probable que se había comprometido con ellos, pero que, a la hora de la verdad, una vez iniciado el alzamiento, dudó en adherirse al mismo. (...) Según otras fuentes, Romagosa viajó a la corte con instrucciones de los jefes de la insurrección en el sentido de que apremiara al rey a ir a Cataluña, pero sin tropas; esta gestión fue apoyada por Calomarde, y estaba motivada por la inquietud que produjo en el partido apostólico la noticia de que el conde de España dirigiría la represión del movimiento".

72. [TORRAS 1967], [ALONSO TEJADA 1969] y [FERRER/TEJERA/ACEDO 1941...].

73. En la sublevación de ese año, la postergación de los guerrilleros ya tuvo una importancia considerable. Como afirmaba Torras: "el caso es que la mayor parte de los oficiales procedentes de las guerrillas realistas fueron incapaces de ejercer puestos de mando en el ejército regular (...) y se les dio licencia ilimitada. Regresar a su vida oscura y monótona de antaño debió ser duro para estos hombres, en muchos de los cuales se produciría un sentimiento de frustración y, muy pronto, ante el retraso con que se les pagaban -o no se les pagaban- los haberes correspondientes a su grado, un fuerte resentimiento." ([TORRAS 1967], p. 101).

últimos quince años. La guerra les devolvería un empleo, en este caso el de militar, porque "el carlismo tenía también su propia variedad de empleomanía, sus propios pretendientes que aguardaban la victoria"⁷⁴.

En los capítulos 2.1 y 2.2 he indicado que los proyectos de sublevación dirigidos desde el extranjero, como los de Romagosa y *Caragol*, fueron urdidos por la red de contactos carlista en Europa y financiados con dinero piomontés, y que los efectos de guerra pasados de contrabando por tierra o mar se pagaron con fondos procedentes del extranjero, salidos del bolsillo de carlistas exiliados o de las redes contrarrevolucionarias europeas. Esos caudales exteriores, añadidos a las tacañas subvenciones de los miembros del partido carlista que estuvieran en mejores condiciones económicas -nobles, monasterios, cabildos catedralicios⁷⁵- constituyeron el presupuesto del carlismo catalán en la primera fase de la guerra. Sin embargo, la carencia de un territorio dominado de forma estable, la incompleta adhesión a la causa del Pretendiente de la nobleza y del clero y las crecientes dificultades para pasar la frontera francesa y andorrana colocaron a las partidas guerrilleras catalanas a finales de 1834 en una apurada situación económica, por lo que los cabecillas tuvieron que echar mano cada vez con más frecuencia de expedientes delictivos -robos y secuestros- para poder sostener a los combatientes que quedaban en pie.

El primer caso de estos procedimientos fue el espectacular robo de 16.800 duros de la renta de la sal de Cardona que protagonizó *Lleuger de Piera* en enero de 1834, aunque hasta mediados de junio no se volvió a tener noticia de hurtos realizados por facciosos, cuando un grupo de entre 20 y 25 facciosos disfrazados robaron al cura de Ullastrell⁷⁶. A pesar de estos sucesos y del primer caso documentado de una práctica que se haría muy común después, como era el robo de ganado⁷⁷, hubo que esperar a inicios de 1835 para ver a las partidas en bancarrota y observando con asiduidad la conducta propia de los bandoleros. Así, el día 13 de enero de 1835, un grupo de entre 12 y 15 *ladrones* entró en la casa del

74. [CARR 1969], p. 187.

75. "Primeramen, los pironos eran mol bona gen, mentra duraen las bosas de señorios, però despues las tencaren" ([PASCUAL 1980], p. 65).

76. [BOPB], n.º 57, 28-XI-1834. También es posible que el clérigo transformara en robo una donación voluntaria de fondos, pero a falta de más pruebas no hay por qué creerlo.

77. Según [LLORENS I SOLÉ 1981], p. 123, una partida de carlistas se apoderó en agosto de 1834 cerca de Solsona de 138 cabezas de ganado.

bayle de Sant Martí Merlès, la saqueó y huyó enseguida⁷⁸; dos días después, una gavilla de facciosos robó "a los Ordinarios de Puigcerdá 5.000 duros franceses que conducían de propiedad particular"⁷⁹. En febrero de 1835 se planearon golpes de mayor envergadura y grado de organización, como el intentado el día 11 por unos 200 carlistas que atacaron cerca de Valls a 60 soldados que llevaban un convoy de caudales desde Lleida.⁸⁰ *Lleuger de Piera* se distinguió en más de una ocasión como pionero de los nuevos métodos de financiación, ya que también fue él quien inauguró en abril de 1835 la lista de secuestros con extorsión al raptar a dos muchachas del pueblo de su alías y pedir 10.000 duros de rescate a sus padres, unos liberales acaudalados de la localidad⁸¹.

En algunas ocasiones estos golpes tuvieron por objeto conseguir material bélico, como pretendieron unos facciosos el 30 de junio de 1835 al bajar a los molinos de Manresa con cuarenta mulos y llevarse 500 arrobas de pólvora⁸², pero lo más frecuente fue que se intentara conseguir dinero en metálico. Las diligencias y los correos se convirtieron en presa común de la acción de las partidas: al ataque a la diligencia de Igualada que tuvo lugar el 20 de abril de 1835⁸³ se sucedió el mes siguiente uno al correo de Francia, un episodio éste que, por lo que cuenta un dietario de la época, debió de repetirse con frecuencia:

Los carlistas cerca la Granota pegaron fuego a la diligencia de Francia, después de haberla robado por seis veces diferentes y pusieron la pena al mayoral y a su ayudante vulgo (sagal) de que serian fusilados siempre que los encontrasen en otra diligencia. Las partidas carlistas van aumentando cada día más: no se puede viajar, los correos son robados faltando las correspondencias y el trabajo se va paralizando.⁸⁴

78. [S. H. M.] Sección 2ª. 4ª División. Orden público. Rebeliones: Legajo 202: Orden público y rebeliones (1823-1880) Apéndice 2.21.

79. *Ibidem*.

80. [DdB] nº 45. 14-II-1835.

81. [SUCESSOS Barcelona 1981], p. 156.

82. [DdB] nº 156. 5-VI-1835. [SUCESSOS Barcelona 1981] (p. 161) lo sitúa el día 1 de julio.

83. [SUCESSOS Barcelona 1981], p. 157.

84. [CRESPÍ 1833 a 1840], p. 8. Larra ironizó abundantemente, desde 1834 a 1836 sobre la completa inseguridad en que se encontraban las diligencias y el correo, en artículos como "Nadie pase sin hablar con el portero", "La diligencia" o "Buenas noches, segunda carta al amigo en París", por indicar sólo unos pocos.

- Los combatientes:

Las motivaciones de la mayoría de quienes lucharon del lado de la reacción, de los soldados carlistas, en general no fueron las mismas que las de los cabecillas. El payés Martí Vidal del Mas Gallardes describió como sigue la situación del ejército carlista catalán en sus primeros momentos: "primeramén, eran mol pochs y sensa gairas armas y dolentas; comensaren a recultar armas y gent, donan-los una paseta y mitja y fen treura las armas que sabían als pajesos; de aquesta manera se anaren arman..."⁸⁵. La cita contiene tres elementos en los que merece la pena detenerse: el volumen de los efectivos carlistas, la paga y el tono del escrito, que presenta a los alzados como personas ajenas al mundo campesino.

Para profundizar en estos aspectos y a fin de delimitar las características sociales de los combatientes del bando carlista he confeccionado dos bases de datos con información procedente de diversas fuentes impresas⁸⁶, todas ellas gubernamentales. La primera base incluye a los identificados a su pesar como carlistas, esto es, a los reclamados por ausencia de su domicilio y sospecha de pase a facciones, encausados por acciones subversivas, presos en depósito y deportados a Ultramar (para abreviar, en lo sucesivo les llamaré a todos ellos *presos*); la segunda se limita a aquellos que se presentaron a indulto después de un tiempo de actividad. Por ese procedimiento he podido contabilizar 1.189 combatientes carlistas entre 1833 y julio de 1835 (912 *presos* y 277 indultados), una cantidad lo suficientemente elevada como para que deba considerársela o bien una muestra amplia o bien un cómputo total corto. La calidad de la información obtenida sobre los incorporados al ejército de Don Carlos en esta fase es desigual, ya que en la mayoría de los casos lo único que se dice de ellos es de dónde proceden, en otras ocasiones se indica edad y estado civil y muy pocas veces profesión u oficio.

A partir de las bases de datos mencionadas se pueden obtener resultados como el del gráfico 1, relativo al número de presos e indultados hasta la revolución de verano de 1835. En realidad, la curva no describe el ritmo de incorporación a las partidas, sino más bien la diligencia de las autoridades cristinas en denunciar a los incorporados o el ritmo de los

85. [PASCUAL 1980], p. 64.

86. A partir de varios números de [DdB], [BOPC], [BOPB], [BOPL], [BOPT] y [BOPG]. También dispongo de listas parciales procedentes de [ADPO] y de las relaciones de facciosos de varias localidades enviadas a la Diputación Provincial de Lleida, pero por coherencia cronológica no se utilizarán en el análisis del período 1833-1835, sino en el que se realizará más adelante sobre los años 1835-1837. En todos los casos, los datos disponibles se transcriben en el Apéndice 7.

triunfos de las armas de Isabel II, pero puede servir, siquiera indirectamente, para dar idea de los altibajos del bando carlista a lo largo del periodo que ahora me ocupa.

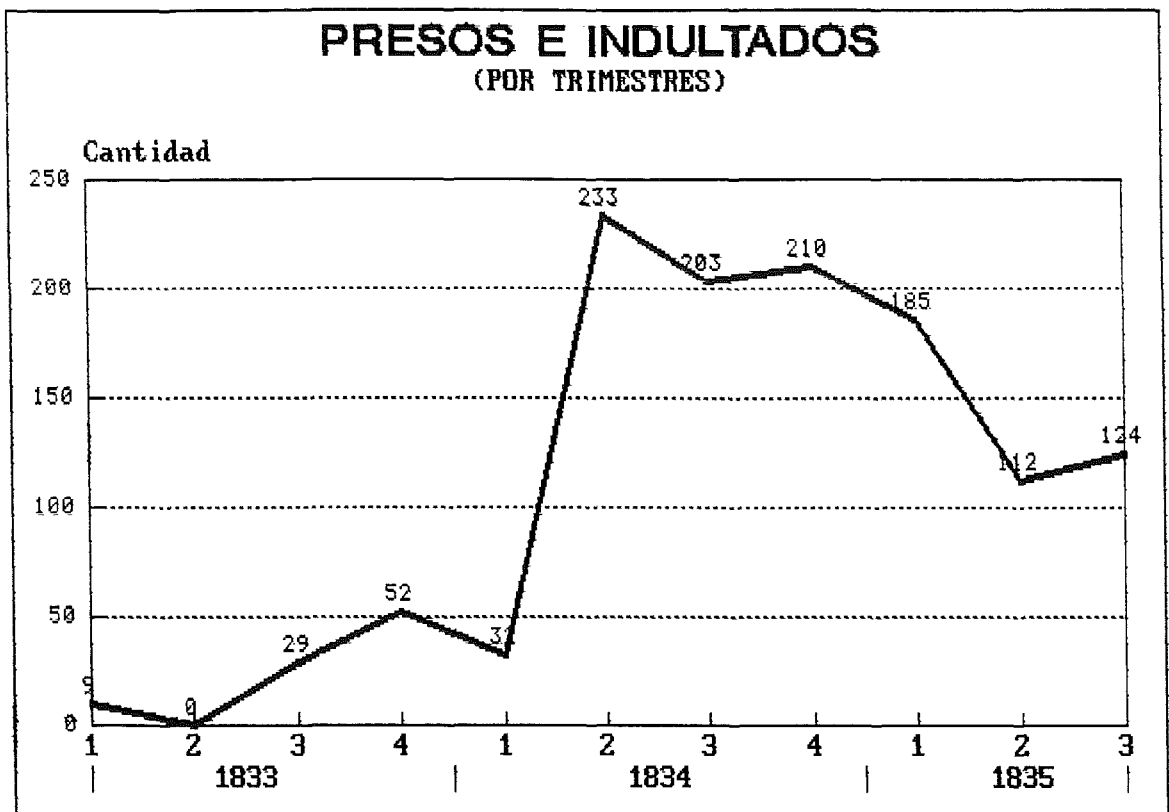


Gráfico 1

A partir de la curva se puede establecer tres fases bien diferenciadas:

-PRIMERA (de mediados de 1833 a principios de la primavera de 1834): el número de facciosos fue siempre muy pequeño, aumentó hasta finales del año 1833 y experimentó entonces un descenso. Los llamamientos a la rebelión de Galcerán, Caragol o Plandolit fueron desoidos.

-SEGUNDA (de abril de 1834 a inicios de la primavera de 1835): debido a la recluta que precedió a la batalla de Maials, el número de alistados en el bando carlista registró un alza espectacular que le llevó de las decenas escasas de individuos a los centenares; las cifras siguieron siendo altas en los meses sucesivos, mientras duraron las consecuencias (deportaciones e indultos) de Maials y en tanto se continuó alentando la rebelión desde el exterior.

TERCERA (primavera y verano de 1835, hasta finales de julio): se produjo un nuevo descenso de los incorporados porque se detuvo el proceso de indulto. No se aprecian señales de una nueva incorporación masiva. A partir de la desarticulación de los planes ligados al desembarco de Romagosa, el carlismo perdió capacidad efectiva de movilización, aunque la tendencia volvió a cambiar en julio de 1835, justo antes de las *bullangas* del verano de aquel año.

A partir de aquí, una conclusión inevitable es que la incorporación a las partidas tardó muchos meses en producirse, y cuando tuvo lugar no fue un fenómeno ni general ni espontáneo, sino la consecuencia de la presión ejercida por agentes exteriores -las tropas de Carnicer, en este caso- sobre una zona muy específica del Principado. La recluta forzosa, aparece como un procedimiento básico para nutrir las filas de los ejércitos carlistas, y fue tanto más eficaz cuanto más fuerte fue el contingente militar que la practicó.

La narración de los eventos bélicos entre 1833 y mediados de 1835, las cifras que se acaban de exponer y testimonios como el del campesino de l'Anoia establecen con claridad que hasta la primavera de 1834 no se produjo un primer alistamiento en masa tras las banderas de Don Carlos, y ello es tanto más sorprendente cuanto que, a pesar de la campaña de desarme emprendida por Llauder meses antes de la muerte de Fernando VII, muchos suponían que los Realistas restantes constituían un ejército carlista en potencia. Pero, contra pronóstico, los Voluntarios Realistas no se pusieron en pie. Vicente Fernández Benítez ha documentado algo muy similar en Cantabria, donde el levantamiento de Realistas en los meses siguientes a la muerte de Fernando VII tuvo escaso eco porque, abandonados en lo económico desde 1830⁸⁷, sólo creían en ese cuerpo armado sus oficiales ultras; los Realistas rasos se habían ido marchando⁸⁸. Ferran Gallego ha detectado la fractura que esa renuencia comportó y la ha explicado así:

Si la militancia en los cuerpos de Voluntarios suponía la adhesión al ideario absolutista ¿cómo se explicaría la desproporción entre el número de adherentes a la fuerza y el de los que se sumaron al ejército de Carlos V? Mi opinión personal es que entre el carlismo maduro y el realismo existe una fractura que coincide con la instauración del régimen liberal moderado en España. (...) La

87. Christiansen insinúa que Gaspar de Remisa, en tanto que responsable del Tesoro, fue uno de los principales causantes de ese abandono (CHRISTIANSEN 1967], p. 32); si a eso se añade que Remisa y Llauder colaboraban estrechamente en el grupo cristino y que Llauder fue el autor de la reconversión de los Voluntarios Realista en Voluntarios de Isabel II, quedarán pocas dudas acerca de la habilidad del entorno político de María Cristina.

88. [FERNÁNDEZ BENÍTEZ 1988], p. 26.

capacidad de absorción del liberalismo moderado fue posiblemente mas allá de las clases acomodadas, favoreciendo el enquistamiento doctrinal y geográfico del carlismo, mientras la evolución política del país alejaba las posibilidades del ultrarrealismo para recuperar su atractivo.⁸⁹

Existen varias razones que pueden dar cuenta de esta discontinuidad: desde el cambio de coyuntura económica a principios de la década de los treinta y la existencia de un nuevo impulso de desarrollo en Cataluña a la estrategia no rupturista adoptada por los nuevos gobernantes, pasando por el puro cansancio de la población campesina después de más de veinte años de guerras. Sea como fuere, en el campo catalán se vivió en 1833-1834 un clima diferente al que habría imperado en el Trienio liberal.

Si hubo un cambio de ambiente, debería notarse en los rasgos sociológicos de los combatientes. Por las características de las fuentes que manejo, en esta fase no puedo abordar el estudio de la situación socioprofesional de los incorporados o el volumen de sus bienes, pero es posible fijarse en magnitudes más documentadas, como por ejemplo la edad o el estado civil. Por ese camino, el gráfico 2 habla de nuevo de ruptura parcial con el pasado, y si se realizan agrupaciones -en este caso de tres años- en los datos (gráfico 3), el efecto es aún más claro. Los rasgos más llamativos de los histogramas son:

1- De los 562 incorporados cuya edad conocemos, un amplio porcentaje, el 52%, no llega a los veinticinco años y un 34% no rebasa los veintiuno. La media de edad se sitúa en los 25,4 años.

2- Se producen dos repuntes en los grupos de edad 28 a 30 y 34 a 36 años.

89. [GALLEGO 1989], p. 107.

PRESOS Y RECLAMADOS

(Por edades)

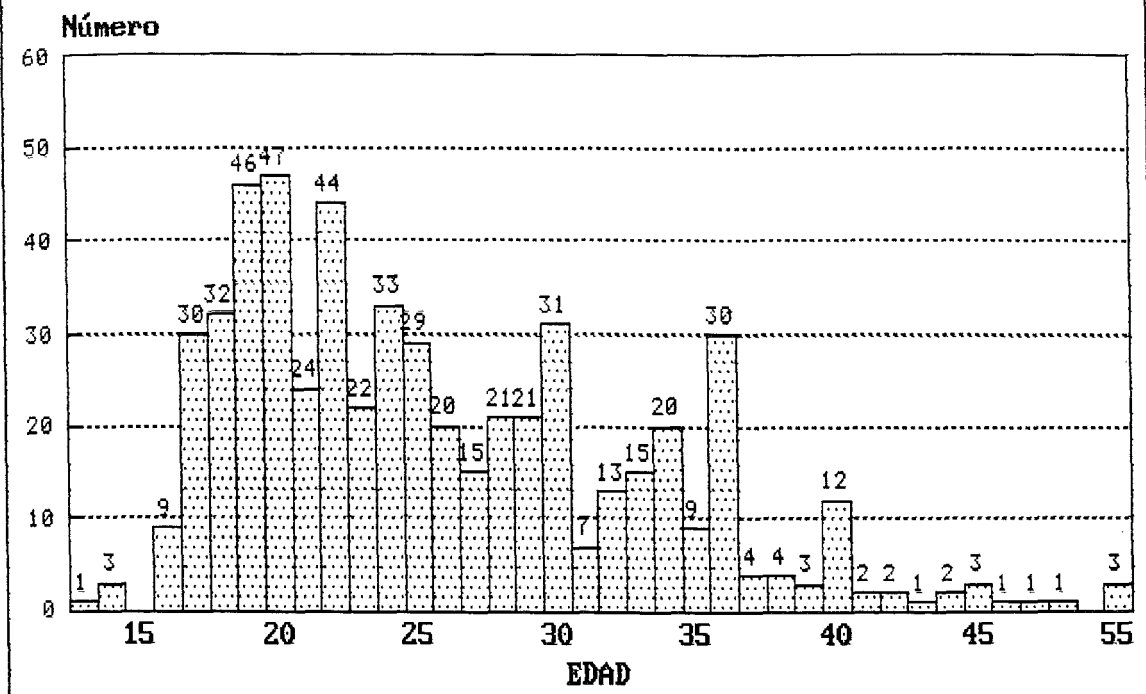


Gráfico 2

PRESOS Y RECLAMADOS, DE 1833 A 1835

(por edades, en grupos de 3 años)

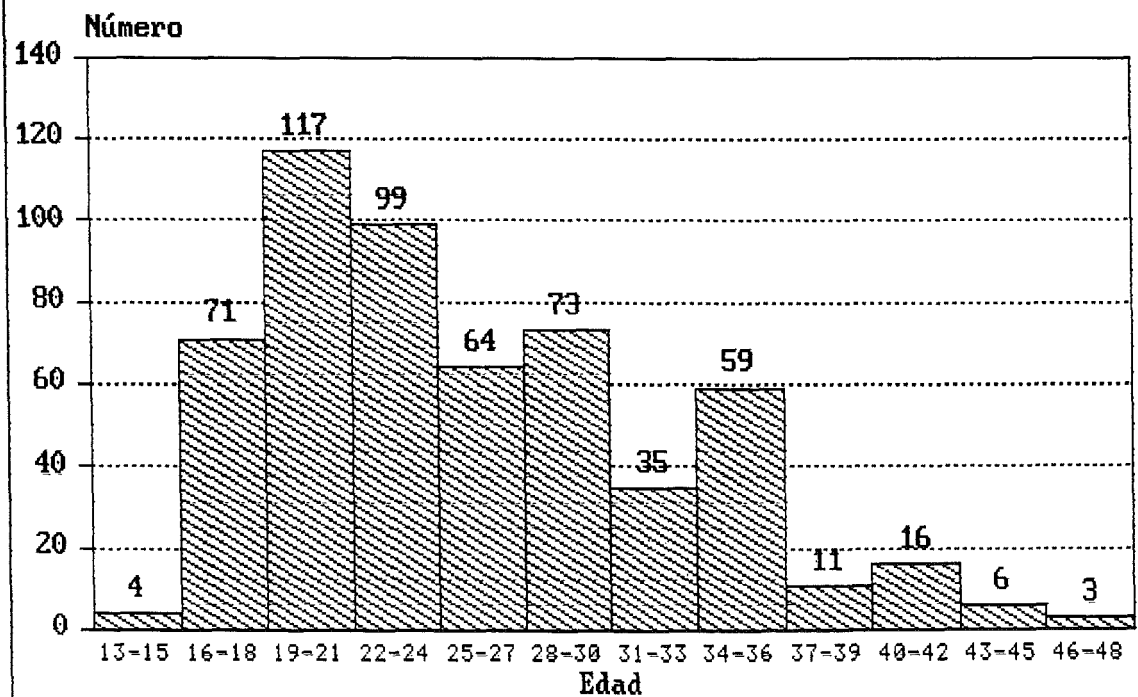


Gráfico 3

Así pues, el grueso de los ejércitos carlistas lo formaron individuos muy jóvenes, que no tenían cuentas pendientes y no podían percibir su lucha presente como la continuación de luchas anteriores propias, sino en todo caso como la extensión de la de sus padres, parientes o vecinos. El aumento del número de incorporados en los grupos de 28 a 30 años (en 1827 tenían entre 21 y 24) y de 34 a 36 años (en 1821 tenían entre 21 y 24) testimonia que una parte de quienes participaron en la guerra contrarrevolucionaria contra los gobiernos del Trienio liberal y en la rebelión de los agraviados volvió a enrolarse. Puede suponerse que estos veteranos de anteriores contiendas encuadraron y movilizaron a los más jóvenes, ya que con frecuencia eran parientes próximos de los nuevos incorporados⁹⁰.

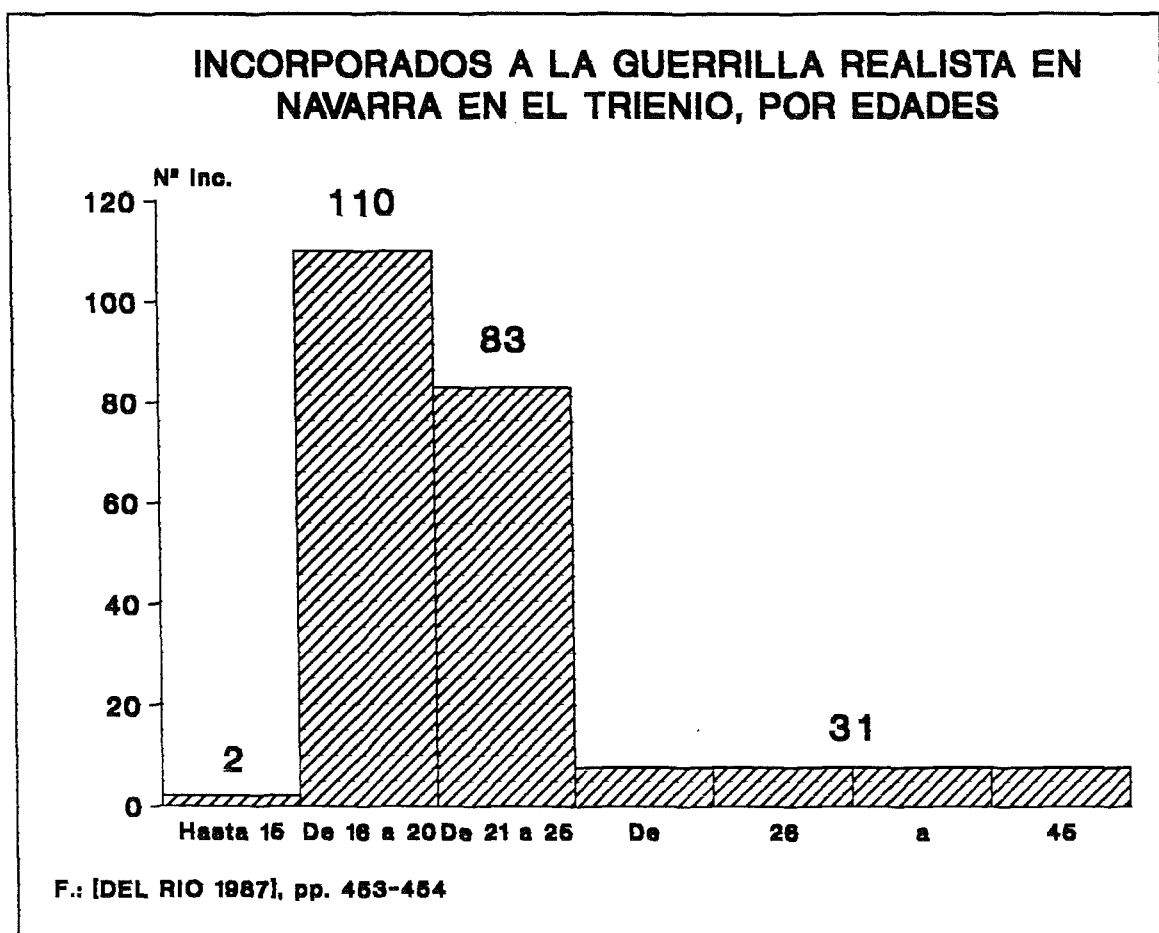


Gráfico 4

90. En los listados (ver Apéndice 7) se da con mucha frecuencia el caso de que en las mismas localidades se repitan los mismos apellidos y los mismos nombres de familia. En menor medida, hay también referencias expresas a padres e hijos o a hermanos.

Al hablar de la batalla de Maials ya hice notar la semejanza entre la actitud de quienes formaron en las filas del ejército de Carnicer y la de los campesinos navarros en 1820-1823, pues bien, la comparación entre los gráficos 2 y 3 y el número 4 revela nuevas similitudes y una diferencia, consistente en que éste último no presenta repuntes más allá de los grupos más jóvenes, algo perfectamente explicable porque en ese momento no existían aún los *veteranos* a los que acabo de aludir. En suma, tanto en 1821-1823 como en 1833-1835 y lo mismo en Navarra que en Cataluña, la extrema juventud de una buena parte de los alistados hace dudar de la firmeza y antigüedad de sus ideas realistas, aquellas que algunos suponen que fueron su principal estímulo. Del Río ha señalado que la abundante presencia de adolescentes y jóvenes en las guerrillas realistas respondió en parte al deseo de independizarse de la familia a través de la incorporación a las partidas⁹¹. Al tomar las armas, los más jóvenes no sólo creían que se desprendían de los lazos familiares, sino que además iniciaban una carrera profesional, pensaban que aún existía una posibilidad de promoción en la vida guerrillera. Josef Robreño lo expuso humorísticamente en el siguiente diálogo de un sainete del año 1833:

Cristóbal: Qué ideas ¡Santa Pascuala!
¡con que carrera brillante,
y en su vida tocó un arma!
mira al hijo de Botines,
y al sobrino de la Manca
les dijo que antes de un mes
(y cómo lo aseguraba)
se verían Capitanes

Úrsula: ¿Qué sería cosa extraña?

Cristóbal: Si ninguno de ellos sabe
leer ni escribir, panarra,
¿cómo han de subir tan pronto?
Úrsula, estás cmbaucada,
no sabes lo que te dices,
ni entiendes una palabra
de carrera militar⁹²

91. [del RÍO 1987], p. 454.

92. [ROBREÑO 1833-1], pp. 4-5.

Dejando aparte los factores principales de incorporación a las partidas, como fueron la conscripción y la voluntad de ascenso social por la vía militar ¿hubo algún otro tipo de motivación para que estos hombres pasaran a engrosar los batallones de la reacción? De entre las que me parecen secundarias pero no por ello negligibles señalaré una negativa y poco importante y dos positivas, pero insoslayables, a saber: el temor a la quinta, por un lado, y la paga y las ideas carlistas, por el otro.

Por lo que respecta a la resistencia al reclutamiento en el Ejército regular, me parece un motivo secundario de pase a la facción porque el reglamento de quintas no tuvo aplicación en Cataluña en esta época. En sentido estricto, en el Principado no hubo incorporación a filas por el sistema de quintas hasta pasada la guerra, ya que las autoridades militares y políticas catalanas transformaron el impuesto de sangre en un impuesto en metálico, cuyo pago acostumbraron a gestionar los Ayuntamientos⁹³. Esto no supone que la población catalana dejara la guerra contra los carlistas únicamente en manos de un ejército regular nutrido por habitantes de otras tierras, puesto que desde fechas muy tempranas la Capitanía General organizó la recluta -voluntaria y retribuida- de tropas auxiliares (Voluntarios de Isabel II, rondas volantes). Por supuesto, pudo existir el miedo a que en algún momento la situación se normalizara y se aplicaran en Cataluña las mismas reglas que en el resto de España, y tan solo por ello se puede admitir que el rechazo a las quintas tuviera remotamente algo que ver con el aumento de tamaño de las partidas carlistas.

Si tenemos en cuenta la cantidad de casados entre los incorporados (sobre un total de 600 personas de las que se conoce ese dato, 266 -un 44%- estaban en esa situación y 322 -un 54%- eran solteras)⁹⁴ hay que conceder que un parte importante de los combatientes no eran jóvenes sin ataduras en busca de nuevos horizontes. Para quienes tenían obligaciones familiares y deseaban atenderlas⁹⁵, la paga de los carlistas pudo ser un medio de obtener un sobresueldo, una manera de completar los escasos ingresos que proporcionaba el *trou* y el trabajo por cuenta de otros. No se trata de una simple suposición, ya que la peseta diaria de

93. Un ejemplo lo proporciona [PONS ANGUERA 1988] (p. 147): "Se publicó la quinta en Reus haciendo nueve años que no se había quintado. Tocaron 58 soldados, pero se hicieron con dinero, haciéndose un reparto por las casas en donde concurrían a dichas quintas".

94. El 2% restante lo componen 5 viudos y 7 eclesiásticos. La proporción de solteros en el caso catalán fue algo mayor que en el del Bajo Aragón, estudiado por Pedro Rújula: allí, los porcentajes de solteros y casados conocidos entre los incorporados a las facciones de 1833 a 1835 fueron el 46,19% y 49,5% respectivamente ([RÚJULA, s. f.], p. 259).

95. Naturalmente, también cabe la posibilidad de que lo que pretendían los casados al enrolarse era huir del hogar, pero no parece probable que esa fuera la razón de la mayoría.

Carnicer, las doblas piemontesas de Romagosa y *Caragol* y las *bosses de los frares* hicieron su aparición en los meses centrales de 1834, justamente en la fase álgida de reclutamiento.

Por último, un análisis desde una perspectiva sociológica corre el riesgo de pasar por alto la importancia de las creencias absolutistas, y sin duda las hubo, al menos entre una minoría. Para ser partidario de la alianza del Trono y el Altar no era condición imprescindible pertenecer a los órdenes privilegiados del Antiguo Régimen, como pone de manifiesto lo que pensaba del liberalismo y de los carlistas un sastre realista de La Selva del Camp:

Se alça tan rigorosa
per complir lo mal intent
i governar tota l'Espanya
fins llevar lo mando al rei;
això no ho ha permès Déu,
de ser constitucionals
un rei al cel i a la terra,
val més un govern que tants.

Ia s'han acabat les pedres
de les places i pilans,
donem al Senyor les gràcies
que ja ha durat prou anys.
Ell assistirà als carlistes
los que defensen al rei,
la religió i la pàtria
perquè no es perdia la llei.⁹⁶

Testimonios como éste son importantes porque revelan la penetración de la ideología de Antiguo Régimen hasta capas populares, pero no debe sobrevalorarse la eficacia de la propaganda absolutista, ya que ello implicaría que todo lo que se lleva dicho hasta el momento es irrelevante.

Para terminar, si comparamos el panorama que dibuja esta aproximación con el que presentan otras zonas de España, el resultado se asemeja en algo a estudios recientes como los de Fernández Benítez sobre Cantabria, pero sobre todo nos permite leer a un luz nueva una monografía aparecida el mismo año que *Liberalismo y rebeldía campesina* de Jaume Torras. Me refiero a *El carlismo gallego*. Para su autor, José Luis Barreiro, el carlismo en Galicia resultaba anormal, puesto que:

96. [ANGUERA/SUNYER 1991], pp. 42-43.

Lo primero que destaca es que el carlismo no fue en Galicia un movimiento típicamente campesino, como parece que sucedió en Navarra, Cataluña y zona vasca. Los sectores clerical e hidalgo, tan afines entre sí por sus intereses económicos, constituyeron un bloque sustancialmente superior al campesino ya que la proporción del campesinado sobre los otros dos sectores es abrumadoramente superior si se tiene en cuenta la población total. (...) Pero aún hay más: consta que el campesinado colaboró positivamente en la persecución de la facción. Colaboró alistándose en las milicias, colaboró por medio de un espionaje voluntario que ayudó notablemente al ejército en la persecución de las partidas y colaboró tomando las armas sin ser impelidos a ello⁹⁷

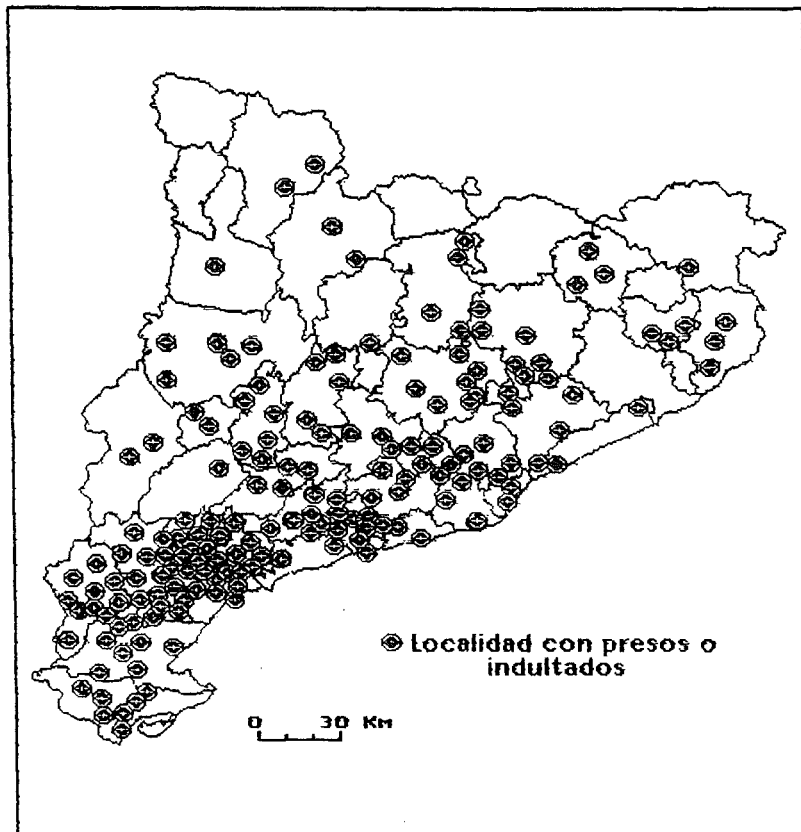
La acción combinada de los estudios entonces nuevos y de las mitologías antiguas ocasionó que en los años setenta pareciera extraño lo que se infería del estudio detallado de una documentación que, por otra parte, era bastante opaca en cuanto a los integrantes de las clases populares. Es muy posible que debamos empezar a pensar que lo normal no es lo que habíamos estado suponiendo, o, para decirlo más rotundamente, conviene empezar a descartar la idea de que el campesinado de España prefirió el carlismo.

97. [BARREIRO 1976], pp. 158-159.

2.5- UNA GEOGRAFÍA DEL CARLISMO CATALÁN

(1, DE 1833 A 1835):

Una aproximación a la geografía de la contrarrevolución no puede comenzar más que señalando que el carlismo, como ideario político que fue, tuvo simpatizantes en los lugares más diversos, porque en los sitios más variados podía encontrarse a partidarios del Antiguo Régimen. En consecuencia, hubo carlistas, por ejemplo, en Sarrià y en Barcelona, en Rubí o en la muy liberal Porrera, todos ellos lugares a los que no se suele vincular con el realismo. El mapa 1¹ y los listados que le siguen darán idea de esta ubicuidad reaccionaria sin más matices que una densificación en el sur.



Mapa 1: Lugares con carlistas documentados (1833-1835)

1. Como el resto de los mapas de este epígrafe, se ha confeccionado a partir de las bases de datos varias veces referidas (ver [Apéndice 7](#)).

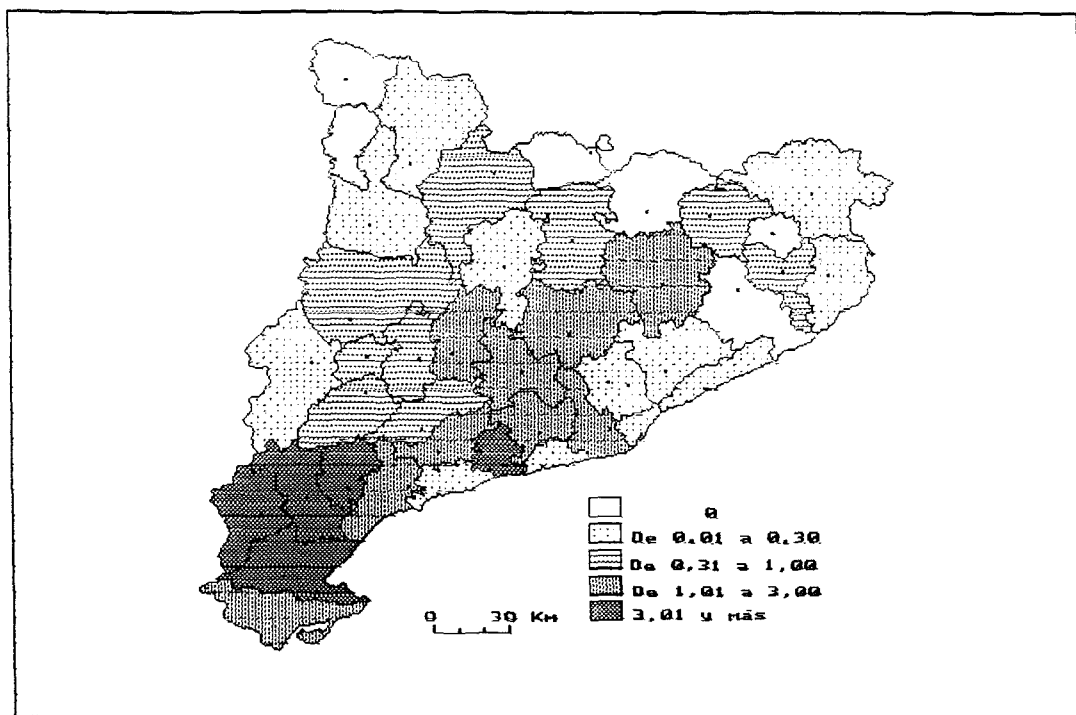
PRESOS E INDULTADOS DE 1833 A JULIO DE 1835 (POR LOCALIDADES)

PUEBLO	PRES.	IND.	PUEBLO	PRES.	IND.	PUEBLO	PRES.	IND.
AIGUAMURCIA	1	1	GRATALLOFS	31	2 3	LA SEU D'URGELL	1	1 2
ALBESA	1	1	ELS GUIAMETS	6	4 0	SEVA	1	1
ALBINYANA	6	6	HORTA DE S. JOAN	0	4 4	SIURANA	2	2
L'ALBIOL	1	1	HOSTALETS DE BALENYA	2	2	SOLIVELLA	1	1
L'ALEIXAR	1	1	IGUALADA	19	9	SORIGUERA	1	1
ALCANAR	2	2 4	JORBA	1	1	TALARN	1	1
ALCARRAS	1	1	LLEIDA	7	7	TARREGA	2	3 5
ALCOVER	1	1	EL LLOAR	15	5	TORRE DE FONTAUBELLA	1	1
ALCOVER	1	2 3	LLORENÇ DEL PENEDES	6	6	TORRE DE L'ESPANYOL	1	1
ALELLA	1	1	LLUÇA	3	3	TORROJA DPRIORAT	0	3 3
ALFORJA	57	5	MANRESA	21	2	TERRASSA	1	1
ALINS	1	1	MARÇA	8	1 9	TIANA	3	3
ALIO	3	3	MARTORELL	15	5	TIVISSA	7	7
AMPOSTA	1	4 5	MAS DE BARBERANS	2	1 3	TORA	3	3
ANGLESOLA	1	1	MASDENVERGE	4	4	TORDERA	1	1
L'ARBOÇ	1	3 4	MASLLORENÇ	21	2	TORRELAVIT	2	2
ARBOLI	7	7	MASPUJOLS	1	1	TORTELLA	11	1
ARNES	1	9 0	MASQUEFA	1	1	TORTOSA	16	56 2
ARTES	6	6	EL MASROIG	11	6 7	ULLASTRELL	1	1
ARTESA DE SEGRE	5	5	MIRAVET	5	4 9	ULLECONA	4	1 5
ASCO	1	1 2	MOLLERUSSA	1	1	ULDEMOLINS	1	7 8
BANYERES DEL PENEDES	6	6	MONTAGUT	2	2	VALLBONA MONGES	1	1
BARCELONA	7	7	MONTBLANC	2	2	VALLBONA D'ANOIA	6	6
BASCARA	1	1	MONT-ROIG DEL CAMP	1	1	LA VALL D'EN BAS	1	1
BATEA	5	5	MORA D'EBRE	6	1 7	VALLMOLL	3	3
BELLVEI	1	1	MORERA DE MONTSANT	4	4	VALLS	8	8
BELLVIS	1	1	NALEC	1	1	LA VANSA I FORNOLS	1	1
BENIFALLET	2	2	NAVARCLES	12	2	VIC	1	1
BENISSANET	4	1 5	OLESA DE MONTSERRAT	3	3	VILADECANS	1	1
BERGA	4	4	OLOT	2	2	VILALBA DELS ARCS	2	2 4
BIOSCA	2	2	OMELLS DE NA GAIA	2	2	VILANOVA I LA GELTRU	1	1
LA BISBAL D'EMPORDA	3	3	ORGANYA	3	3	LA VILELLA ALTA	12	1 3
LA BISBAL DEL PENEDES	39	39	OS DE BALAGUER	4	4	LA VILELLA BAIXA	8	3 1
BONASTRE	2	2	PAÜLS	2	5 7	VINEBRE	3	3
LES BORGES BLANQUES	5	5	PERAMOLA	1	1	VINYOLS I ELS ARCS	1	1
BOT	0	6 6	EL PERELLO	1	1	XERTA	4	23 7
EL BRULL	1	1	PIERA	9	9			
CABACES	1	1	EL PINELL DE BRAI	1	12 3			
CABÓ	0	1 1	EL PLA DEL PENEDES	3	3			
CALAFELL	1	1	LA POBLA DE LILLET	1	1			
CALDERS	1	1	POBOLEDA	2	2			
CAMARASA	1	1	EL PONT DE VILOMARA-					
CAMBRILS	2	2	-ROCAFORT	2	2			
CAPCANES	3	3	PORRERA	5	1 6			
CARDONA	3	3	PRADELL TEIXETA	1	1			
CASERES	1	3 4	PRADES	5	5			
CASTELLAR DE N'HUG	1	1	EL PRAT DE COMTE	0	2 2			
CASTELLET LA GORNAL	1	1	PRATDIP	1	1			
CASTELLSERA	2	2	PRATS DE LLUÇANES	45	5			
CASTELLTERCOL	2	2	PUIGPELAT	1	1			
CASTELLVI DE ROSANES	1	1	PUJALT	1	1			
CENTELLES	4	4	RASQUERA	2	1 3			
CERDANYOLA	1	1	REUS	7	7			
CERVERA	6	6	RIBERA D'ONDARA	1	1			
COLBATO	1	1	RINER	1	1			
COLL DE NARGÓ	9	9	RIUDECANYES	2	2			
CONSTANTI	1	1	RIUDECOLS	8	8			
CORBERA D'EBRE	7	4 1	ROCAFORT DE QUERALT	1	1			
CORNUDELLA MONTSANT	41	4	RODONYA	2	2			
CORTIADA	1	1	ROQUETES	1	2 3			
CUBELLS	3	3	ROSSELL	1	1			
DUESAIGÜES	1	1	RUBI	2	2			
ESPLUGA DE FRANCOLI	4	4	SALT	1	1			
FALSET	78	9 8	SANAUJA	2	2			
FÍGOLS I ALINYA	0	2 2	S. ANTONI VILAMAJOR	3	3			
LA FIGUERA	12	10 2	SANTA BARBARA	5	5			
FLIX	1	1	SANTA CRISTINA D'ARO	1	1			
FOGARS DE MONTCLUS	1	1	S. MARIA DE MERLES	1	1			
FREGINALS	4	3 7	S. CUGAT DEL VALLES	1	1			
GAIA	1	1	S. FELIU DE CODINES	1	1			
LA GALERA	2	11 3	S. ESTEVE SESROVIRE	1	1			
GANDESA	0	4 4	S. JAUME DOMENYS	7	7			
GARCIA	12	3 5	S. JOAN VILATORRADA	1	1			
GINESTAR	3	2 5	SANT MARTI SARROCA	5	5			
GIRONA	6	6	SANT MARTI VELL	1	1			
GODALL	1	23 4	S. QUINTI DE MEDIONA	11	1			
			SARRIA	3	3			

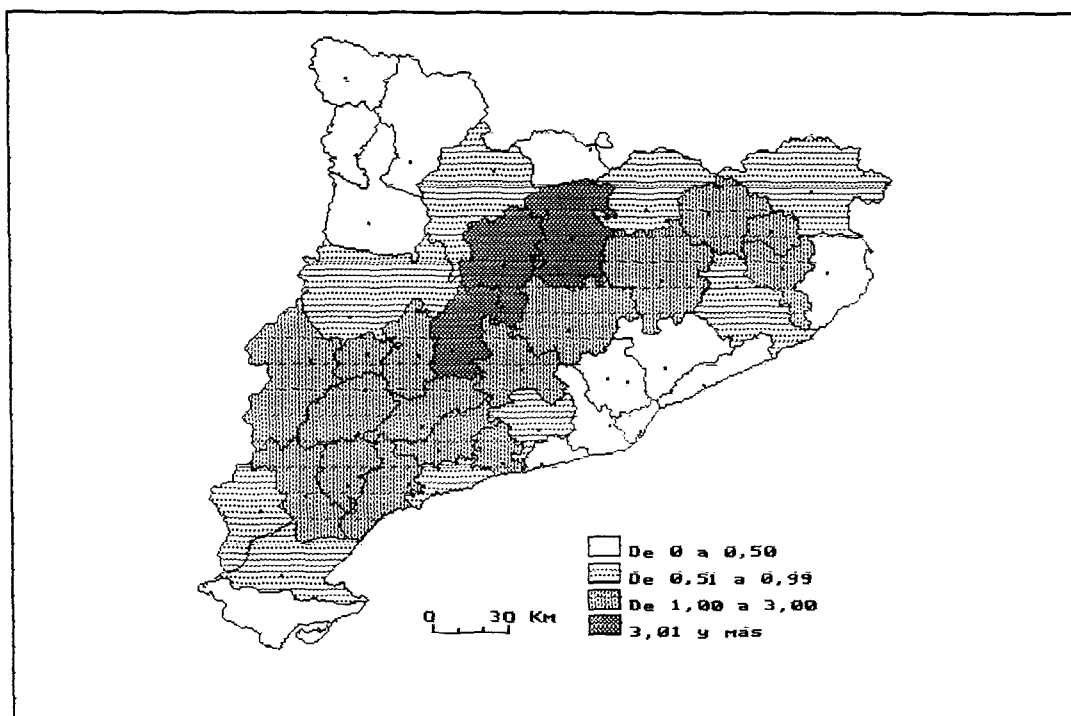
TOTAL = 186 PUEBLOS

Cuadro 5: Presos e indultados (1833-julio de 1835) según prensa

COMARCA	PRES.Y REL.	IND.	TOTAL	POB. 1831	TOT./10 HAB.
Alt Camp	40		40	21989	1,82
Alt Empordà	3		3	56488	0,05
Alt Penedès	26		26	19190	1,35
Alt Urgell	2	17	19	10290	1,85
Alta Ribagorça	0		0	1498	0,00
Anoia	38		38	28428	1,34
Baix Camp	87		87	48305	1,80
Baix Ebre	28	88	116	22923	5,06
Baix Empordà	4		4	35138	0,11
Baix Llobregat	22		22	21345	1,03
Baix Penedès	68		68	10381	6,55
Bages	47	1	48	38630	1,24
Barcelonès	10		10	114292	0,09
Berguedà	7		7	13970	0,50
Cerdanya	0		0	13267	0,00
Conca de Barberà	8		8	18851	0,42
Garraf	2		2	16747	0,12
Garrigues	5		5	12569	0,40
Garrotxa	16		16	29689	0,54
Gironès	8		8	17206	0,47
Maresme	5		5	53076	0,09
Montsià	17	54	71	10694	6,64
Noguera	15		15	21986	0,68
Osona	57		57	44072	1,29
Pallars Jussà	1		1	17894	0,06
Pallars Sobirà	2		2	14142	0,14
Pla d'Urgell	2		2	5850	0,34
Pla de l'Estany	0		0	6523	0,00
Priorat	245	51	296	16361	18,09
Ribera d'Ebre	44	14	58	16063	3,61
Ripollès	0		0	17390	0,00
Segarra	14		14	13443	1,04
Segrià	8		8	29556	0,27
Selva	0		0	23468	0,00
Solsonès	1		1	6237	0,16
Tarragonès	3		3	25468	0,12
Terra Alta	17	46	63	12094	5,21
Urgell	8		8	17702	0,45
Val d'Aran	0		0	4711	0,00
Vallès Occidental	6		6	25087	0,24
Vallès Oriental	4		4	29310	0,14
TOTAL O MEDIA	870	275	1145	962323	1,20



Mapa 2: Presos e indultados por cada 1.000 hab., de 1833 a julio de 1835



Mapa 3: Participación comarcal en las campañas realistas de 1822-1823 (% de la muestra partido por % de la población comarcal sobre el total catalán, según [TORRAS 1976], pp. 108 a 110)

Naturalmente, no basta con afirmar que carlistas hubo un poco en todas partes, ya que interesa saber si el carlismo se alimentó de necesidades, proyectos o frustraciones sociales susceptibles de ser cartografiados. Un resumen y al mismo tiempo una elaboración previa los ofrecen el cuadro 5¹ y el mapa 2, que sirve para ilustrarlo. A partir de ellos se puede constatar que en 1833-1835 la incorporación al carlismo no fue ni masiva ni mayoritaria, que ni siquiera en los casos más extremos, aquellos en los que el fichado de carlistas fue exhaustivo, el número de combatientes rebasó índices en verdad modestos. El máximo -y un auténtico epicentro- se encuentra en el Priorat, con 18,09 combatientes por cada mil habitantes, y muy por detrás de él irían el Baix Penedès (6,60 por mil), el Montsià (6,64), La Terra Alta (5,21) y el Baix Ebre (5,05). En estos dos últimos casos, además, son los presentados a indulto quienes elevan los porcentajes, que de otra forma se situarían en 1,60, el 1,41 y el 1,21 por mil respectivamente. A excepción del Baix Camp y la Ribera d'Ebre, el resto de las comarcas muestran tasas inferiores a los 2 combatientes por cada mil habitantes y la mayoría (26 comarcas) no alcanza ni el uno por mil. De momento, pues, una conclusión: la presencia de una parte significativa de población en los ejércitos carlistas en la primera fase de la guerra sólo puede aceptarse en el área del Sur del Principado y el Baix Penedès.

La glosa del mapa se completa indicando que en él que no se detecta un gradiente hacia el norte o el nordeste desde el foco principal situado en la zona del Ebro, ya que lo impiden comarcas como el Tarragonès o el Segrià, más allá de las cuales se dibujan perfiles diferentes. En segundo lugar, debe hacerse notar que, aparte de la que se localiza en el sur, no aparece más zona compacta que la de las comarcas centrales, de Osona a Anoia. Por último, la distribución de índices no se ajusta a unidades geográficas con personalidad propia: ni el litoral y la alta montaña son por entero refractarios al carlismo, ni la montaña media y los altiplanos centrales son al unísono zonas favorables a la recluta facciosa.

Para descubrir qué están explicando el cuadro y el mapa, puede ser revelador contrastar sus datos con el mejor acercamiento cartográfico al fenómeno de la contrarrevolución en Cataluña, que sigue siendo el contenido en *Liberalismo y rebeldía campesina*². Una rápida comparación entre los mapas 2 y 3 -o entre 1822-1823 y 1833-1835, como se prefiera- señala cambios y continuidades. Empecemos por las diferencias más marcadas:

2. [TORRAS 1976], pp. 108 a 110.

- 1- En un desplazamiento más que notable, el grupo de comarcas formado por el Berguedà, el Solsonès y la Segarra ha abandonado de modo espectacular su condición de núcleo, que ahora se encuentra en el Priorat y las comarcas allende el Ebro, no demasiado realistas en el Trienio.
- 2- Ha aparecido un foco secundario en el Baix Penedès que, al igual que el Alt Penedès, ha incrementado su participación en los totales.
- 3- El Segrià muestra índices muy bajos de realismo.
- 4- El Baix Llobregat aparece como una incrustación de índices de más altos en una zona que no los presenta.
- 5- De la Noguera a la Conca de Barberà, las comarcas orientales exhiben una variedad de situaciones que antes no se daba. Con todo, la nota predominante en esta área es la reducción de las tasas respecto a 1822-1823.

Y ahora las semejanzas, no menos interesantes:

- 1- Las comarcas litorales y prelitorales bajo la influencia directa de Barcelona (Barcelonès, Vallès Occidental y Oriental, Maresme, Selva y Garraf) se muestran poco fértiles para la recluta facciosa.
- 2- Lo mismo sucede con las comarcas de alta montaña (la Alta Ribagorça, los dos Pallars, Val d'Aran y Cerdanya). El Alt Urgell continúa siendo una excepción parcial a la regla.
- 3- Las comarcas de Girona siguen presentando situaciones diversas, pero persiste una mayor afinidad al carlismo en el Gironès y un menor apoyo a él en los dos Empordans y el Ripollès.

Contra el *esencialismo carlista* que he criticado en el capítulo anterior, se nos ofrece el espectáculo de una geografía cambiante pero no tan solo a lo largo de la guerra, como sería de prever, sino también entre 1820-1823 y 1833. En lo que a apoyo a la contrarrevolución se refiere, la mudanza se concreta en una reducción de territorio y una concentración en lugares muy específicos.

Si aceptamos como punto de partida las hipótesis comúnmente aceptadas sobre el comportamiento del campesinado catalán durante el Trienio, hay que explicar esos

desplazamientos como el producto de un cambio de actitud política en buena parte de la población. Quienes combatían a los facciosos parecían seguros de esto, de ahí que, tan tarde como en marzo de 1835, Llauder asegurara que "si bien hay criminales entre los habitantes que prestan sus auxilios a la facción y la abrigan, está muy distante el país de serles favorable como en los años de 27 y 22 en que pudieron aprender que sólo tienen que esperar el aumento de la miseria y de las desgracias de semejantes revueltas"³. Un manual de campaña editado en 1836 para que los oficiales de milicias supieran con quién se las habían abundaba en el mismo sentido al afirmar que "en esta guerra hemos visto felizmente decidirse por la causa justa un sinnúmero de pueblos que opusieron obstinada resistencia en la época constitucional; prueba evidente de que el militar debe ser en una guerra civil tan *guerrero* como *político*, tan *severo* como *humano*."⁴

La otra causa de la variación territorial es más obvia: la estrategia de la guerra que habían escogido los carlistas conllevaba severas limitaciones porque la guerra harta, agosta zonas enteras y mientras las banderas se van desgastando, el apoyo, la paciencia y la capacidad de sufrimiento de la población civil disminuye. Fontana lo ha explicado así:

L'adhesió a una manera de pensar pot ser relativament estable (...), però el suport i la simpatia, que determinen les possibilitats d'èxit d'un moviment, són molt més canviants. I si hi ha entremig una llarga guerra que ocasiona perjudicis, es pot produir a l'últim un canvi radical, per hostilitat respect dels que et causen danys i molèsties, o fins i tot pel desig simple i elemental que guanyi qui sigui, però que guanyi d'una vegada i acabi amb els mals que provoca una situació de guerra. Aquest cansament pot determinar finalment que el suport s'inclini pel qui sembla tenir més força per a imposar-se.⁵

Podría añadirse a esto que el cansancio existía antes de que empezara la guerra, puesto que las luchas del Trienio y del año 1827 eran lo bastante recientes como para que el recuerdo de sus perjuicios no se hubiera borrado de la memoria de las gentes⁶. Así pues, antes

3. [BOPB], n.º 89, 20-III-1835.

4. [MANUAL campaña 1836], p. 113. Cursivas en el original.

5. [FONTANA 1988], p. 273.

6. Una opinión en ese sentido la ofrece [COBERÓ 1982] (p. 165) cuando asegura que Torà, situada en una comarca que "era vertaderament un cau d'idees reialistes", al estallar la guerra se inclinara del bando gubernamental porque: "Torà repudia la guerra, rebutja la guerra, no vol sapiguer res de guerres; està massa condolida y malmesa de tantes guerres".

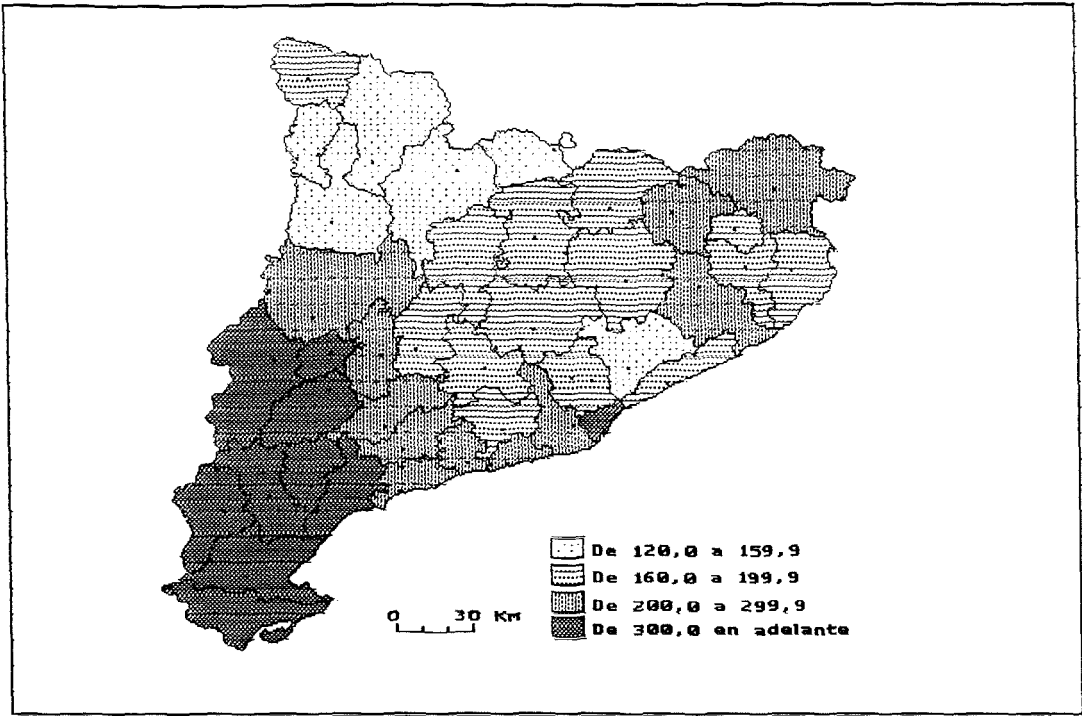
de que la contienda se generalizara ya se habían empezado a notar las consecuencias del uso continuado de la estrategia de la guerra por parte de la reacción.

Más allá de estas observaciones generales, no es nada fácil decidir a qué situaciones económicas respondió la nueva distribución comarcal de la incorporación al carlismo armado, porque la historia de estos años tropieza de continuo con abundantes deficiencias documentales y sólo se puede obtener un retrato incompleto de cada área. A sabiendas de las lagunas e incertidumbres que el método comporta y sin más pretensiones que buscar las conexiones económicas del reclutamiento carlista, intento un primer acercamiento a través de la evolución demográfica. Los mapas 4 y 5 dan cuenta del crecimiento de la población de las comarcas catalanas durante el siglo XVIII y desde 1787, fecha del último censo más o menos fiable, a 1831, que es de cuando data el recuento -no oficial- más próximo al período que me ocupa. Naturalmente, el crecimiento de la población no es más que un indicio, y remoto, de la suerte que corrieron los distintos territorios, por lo que, sin dejar de insistir en los déficits de las fuentes que se manejan, debe advertirse de la incidencia de factores específicamente demográficos, desde la emigración a las epidemias, pasando por los efectos de las guerras de la primera parte de la centuria. Este patrón inicial se ve modificado por una enorme variedad de situaciones y de estímulos económicos, desde la industria nueva y la tradicional a la viticultura y el regadío, de la construcción naval y el comercio a la agricultura menos moderna.

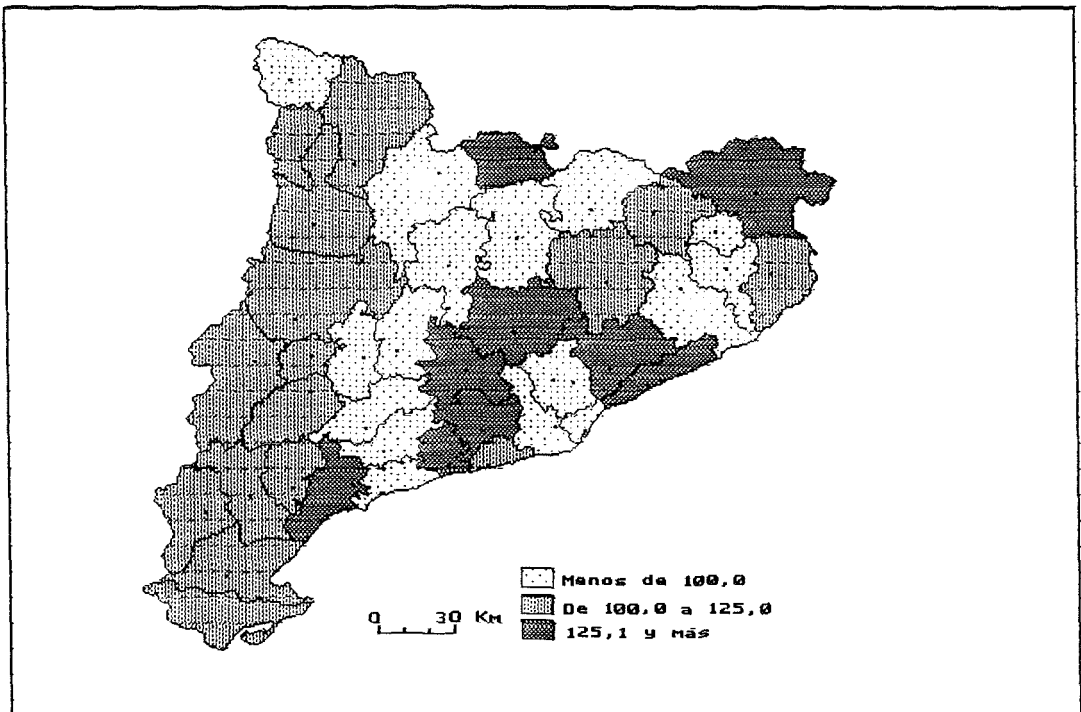
Cuadro 6: Población de Cataluña entre 1787 y 1842⁷

COMARCA	1787 (A)	A a B (A=100)	1831 (B)	A a C (A=100)	1842 (C)	B a C (B=100)
Alt Camp	25496	86,24	21989	125,39	31970	145,39
Alt Empordà	41280	136,84	56488	133,40	55066	97,48
Alt Penedès	13961	137,45	19190	164,60	22980	119,75
Alt Urgell	11693	88,00	10290	114,01	13331	129,55
Alta Ribagorça	1198	125,04	1498	99,83	1196	79,84
Anoia	20747	137,02	28428	146,05	30302	106,59
Baix Camp	38312	126,08	48305	151,08	57882	119,83
Baix Ebre			22923		28751	125,42
Baix Empordà	33953	103,49	35138	113,47	38527	109,64
Baix Llobregat	25570	83,48	21345	110,71	28308	132,62
Baix Penedès	7050	147,25	10381	158,91	11203	107,92
Bages	30721	125,74	38630	118,25	36329	94,04
Barcelonès	128505	88,94	114292	113,47	145819	127,58
Berguedà	15516	90,04	13970	123,03	19089	136,64
Cerdanya	10583	125,36	13267	92,10	9747	73,47
Conca de Barberà	19210	98,13	18851	101,36	19471	103,29
Garraf	14057	119,14	16747	134,35	18886	112,77
Garrigues	12103	103,85	12569	102,87	12450	99,05
Garrotxa	29674	100,05	29689	82,94	24612	82,90
Gironès	24183	71,15	17206	93,67	22651	131,65
Maresme	39948	132,86	53076	140,60	56166	105,82
Montsià			10694		17525	163,88
Noguera	18089	121,54	21986	91,68	16584	75,43
Osona	39163	112,53	44072	109,85	43019	97,61
Pallars Jussà	16422	108,96	17894	99,84	16395	91,62
Pallars Sobirà	12348	114,53	14142	97,69	12063	85,30
Pla d'Urgell	5149	113,61	5850	80,95	4168	71,25
Pla de l'Estany	8258	78,99	6523	102,54	8468	129,82
Priorat	13963	117,17	16361	107,20	14968	91,49
Ribera d'Ebre			16063		20282	126,27
Ripollès	21838	79,63	17390	60,04	13112	75,40
Segarra	14141	95,06	13443	93,13	13170	97,97
Segrià	27698	106,71	29556	102,13	28287	95,71
Selva	25782	91,02	23468	99,41	25629	109,21
Solsonès	9639	64,71	6237	67,99	6554	105,08
Tarragonès	27500	92,61	25468	119,27	32799	128,79
Terra Alta			12094	?	14749	121,95
Urgell	17875	99,03	17702	95,64	17095	96,57
Val d'Aran	5559	84,75	4711	132,13	7345	155,91
Vallès Occidental	16392	153,04	25087	169,67	27812	110,86
Vallès Oriental	22543	130,02	29310	121,42	27371	93,38
COMARCAS SUR	53692	115,00	61744	151,43	81307	131,68
TOTAL O MEDIA	899541	106,98	962323	116,95	1052033	109,32

7. Las cifras proceden de [IGLÉSIES 1967]. Bajo la denominación "COMARCAS DEL SUR" se ha agrupado al Montsià, el Baix Ebre, la Ribera d'Ebre y la Terra Alta, que formaban parte del corregimiento de Tortosa, cuyos datos en el censo de 1787 no están desglosados.



Mapa 4: Crecimiento de la población, en números-índice, de 1718 a 1787
(según [VILAR 1966])



Mapa 5: Crecimiento de la población en números-índice, de 1787 a 1831 (a partir de [IGLÉSIES 1967])

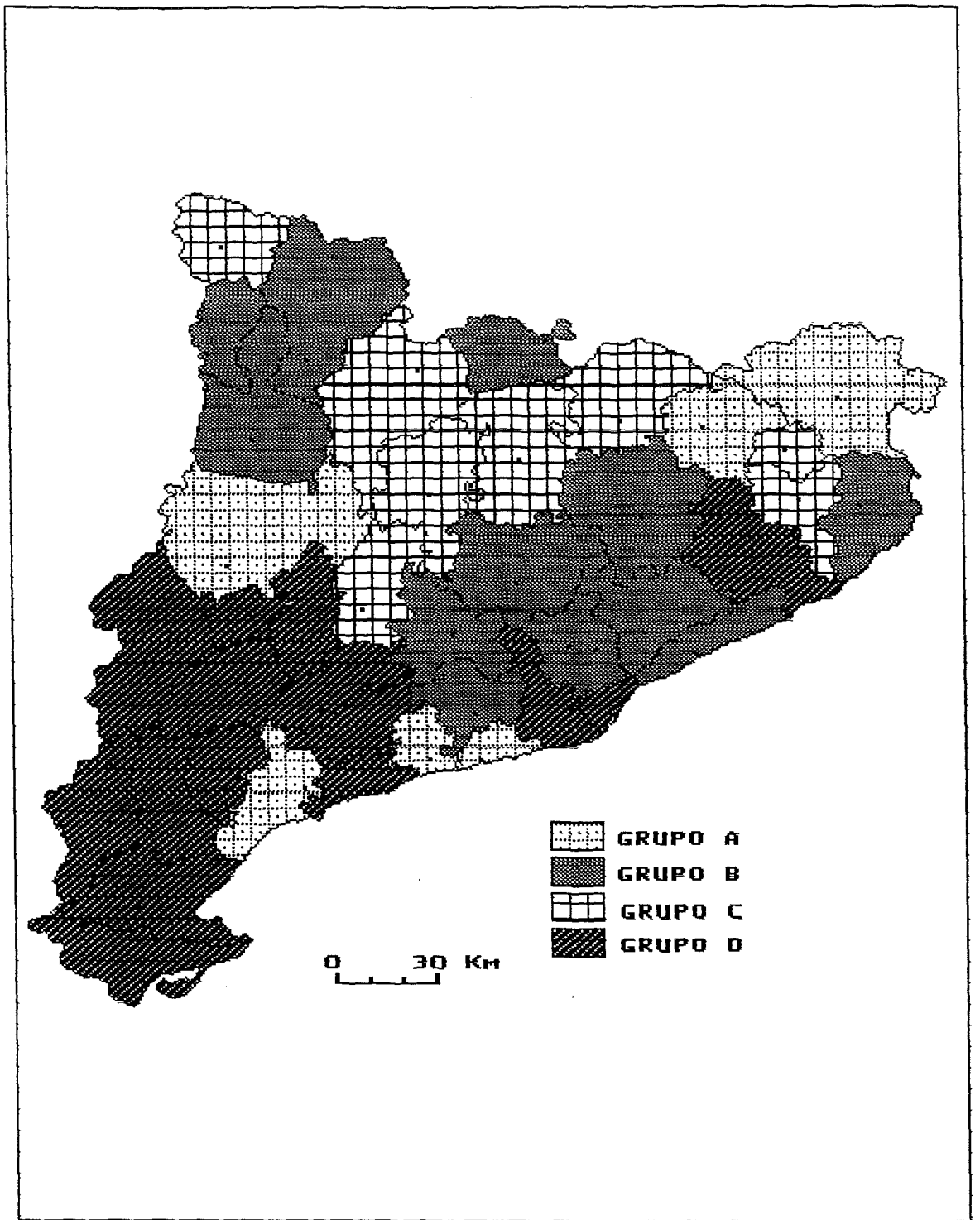
iendo en cuenta todos esos elementos, una posible clasificación de territorios sería:

a- Comarcas que crecieron poco en el siglo XVIII y mucho en la primera parte del XIX: Baix Empordà, Osona, Bages, los dos Vallès, Alt Penedès, Pallars, Anoia, Maresme y Cerdanya. El sostenimiento y la renovación de la industria lanera, la persistencia de industrias más tradicionales como la del papel, la extensión de la industria algodonera, la vitalidad de la construcción naval y del comercio marítimo e incluso la expansión de la viña dan cuenta de este cambio de situación. La Cerdanya aparece como excepción.

b- Comarcas de alto crecimiento sostenido: Alt Empordà, Noguera, Garrotxa, Baix Camp y Baix Penedès. Salvo la Garrotxa, a las demás se les puede asignar más de un motor para el crecimiento: la viña (Alt Empordà y Baix Camp, Baix Penedès), el regadío (Noguera y Alt Empordà) o la industria (Baix Camp).

c- Comarcas con índices de crecimiento negativos o siempre muy escasos: Val d'Aran, Solsonès, Berguedà, Segarra, Alt Urgell y Ripollès, Gironès y Pla de l'Estany. A excepción de las dos últimas, son comarcas de montaña alta o media cuya capacidad para el desarrollo está severamente limitada por el medio. La industrialización por la vía de los aprovechamientos hidráulicos aún no ha llegado a zonas como el Ripollès.

d- Comarcas que crecieron espectacularmente en el XVIII y en el siguiente siglo moderaron un poco el aumento de su población: todas las del Sur y el Este, desde el Pla d'Urgell y el Segrià al Montsià. Los regadíos y la viña parecen ser los motores de un crecimiento que, sin haber cesado, se ha atenuado. También las comarcas que crecieron mucho y han dejado de hacerlo: Barcelonès, Selva, Urgell, Conca de Barberà, Alt Camp, Tarragonès y Baix Llobregat. Si no se trata de un error de la fuente, el freno al aumento de población de Barcelona puede considerarse un reflejo de las dificultades del comercio y la industria de la capital en los años 10 y 20. La lista comprende además comarcas agrícolas de secano que parecen haber llegado al límite de sus posibilidades naturales, con la significativa excepción del Baix Llobregat, el Tarragonès y la Selva.



Mapa 6: Balance de la comparación entre los crecimientos de población del siglo XVIII y 1787-1831

A la vista del mapa 6, que ilustra esta agrupación, la posibilidad de que el apoyo al carlismo creciera en las áreas empobrecidas tal como Fontana ha apuntado se nos confirma en parte⁸. No podíamos esperar más rotundidad, ya que estamos hablando de un modelo que, como cualquier otro que se refiera a una realidad social amplia, debe soportar la interferencia de un gran número de factores. La hipótesis no queda invalidada del todo para esta primera fase de la guerra, ya que se pueden percibir algunas relaciones entre la falta de adaptación a las nuevas condiciones económicas y el eco que la propaganda carlista pudiera tener. En primer lugar, las comarcas del Sur, las más ligadas a la expansión de la viña y del aguardiente, aúnan una moderación de su crecimiento con su condición de núcleo principal de la recluta carlista; el Baix Llobregat y el Alt Camp se encuentran en el grupo de los territorios que han frenado su crecimiento y también en el de los que muestran índices de incorporación notables. Inversamente, las comarcas de montaña caracterizadas por su escaso crecimiento y en mayor medida las de nuevo crecimiento son relativamente inmunes al contagio carlista. Lo mismo sucede con algunas de las comarcas prósperas del litoral y el prelitoral, como los dos Vallès y el Maresme.

Me gustaría añadir a estas últimas consideraciones que existe un factor no medible que contribuye a explicar las excepciones: la reacción de la gente. Ante una situación de dificultad debida a nuevos tiempos suele ofrecerse la doble opción de resistirse a los cambios o de superar los retos, siempre que no haya dificultades insalvables para ello. Una buena ilustración de este principio la constituye el hecho de que en las comarcas señaladas como excepciones al comportamiento demográfico -y, supongamos, económico- de sus respectivas áreas (Gironès, Pla de l'Estany, Baix Llobregat, Garrotxa, Selva, Tarragonès, Barcelonès, Pallars) se da también una curiosa coexistencia de extremos: existen territorios que no apuestan en absoluto por mirar hacia atrás para solucionar sus problemas y prestan muy escasos oídos a la reacción (Barcelonès, Tarragonès, Selva, Pla de l'Estany, Pallars) y también hay zonas donde la reticencia -donde el carlismo- consigue un elevado número de adeptos (Garrotxa, Gironès, Baix Llobregat). Como he apostado por una geografía de la reacción cambiante, no hará falta decir que ninguna de las dos actitudes fue invariable.

La aproximación realizada hasta ahora al terreno sobre el que el carlismo buscaba asentarse ha revelado conexiones con el pasado y con el nuevo panorama económico, pero

8. Menos intuitivamente, el coeficiente de correlación inversa entre la variable independiente aumento de población 1831-1787/aumento de población 1718-1787 (x) y la dependiente índice comarcal de carlistas por cada 1.000 habitantes (y) se eleva a -0,625, para un máximo posible de -1.

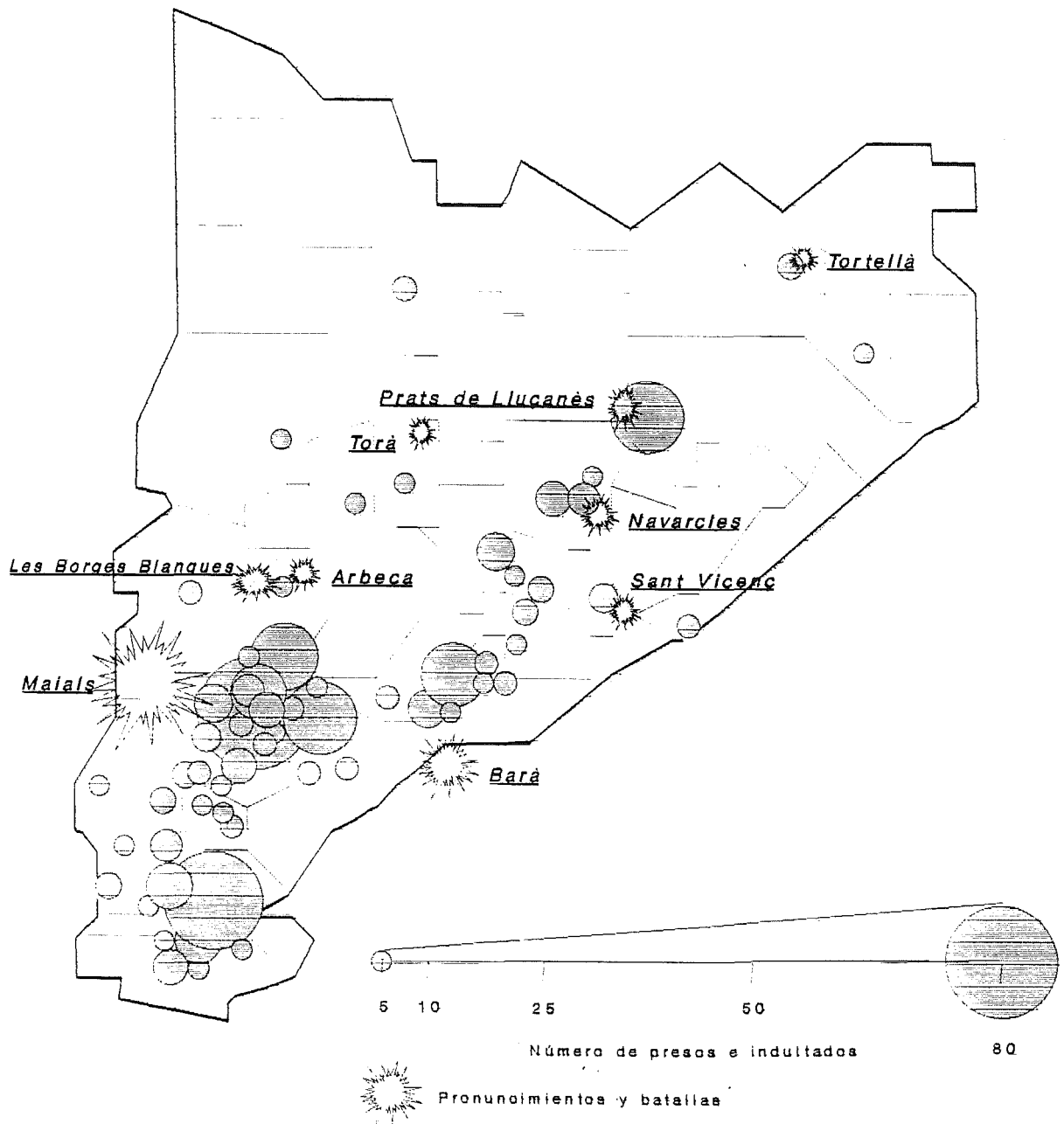
han sido tenues, se han visto mitigadas por abundantes salvedades, como las que representaban el Baix Penedès y el conjunto Osona-Bages-Anoia. La exploración ha sido insatisfactoria entre cosas porque las comarcas no son la unidad de trabajo más conveniente, pese a su coherencia geográfica. Lo menos que se puede objetar a su uso es que es anacrónico, aunque resulte obligado porque las divisiones territoriales de aquella época (los corregimientos, las provincias) son aún más antinaturales. Es mucho más grave que la unidad-comarca oculte con frecuencia desviaciones tan grandes de los promedios que en la práctica éstos queden invalidados. Tomemos por ejemplo a Prats de Lluçanès que, situado en la periferia de Osona, proporciona él solo 45 de los 57 carlistas de la comarca; o a Alforja, una localidad montañosa en los confines del Baix Camp que aporta 57 de sus 87 carlistas. Otro caso digno de resaltarse, en esta ocasión por la discrepancia de actitudes en distintas partes de un territorio, es La Bisbal del Penedès, que ostenta la abultada cifra de 39 carlistas documentados y está situada en la misma división territorial que El Vendrell, capital de la comarca y ciudad de donde no procede ni uno solo de los facciosos fichados.

Cuadro 7: Pueblos con más de 10 carlistas (1833-1835)⁹

	PRES. + IND.	POB. 1831	% / HOMB. 16-50	% IND.	SEÑOR	INDUSTRIA
ALFORJA	57	1673	13,63	-	Arz. Tarragona	Aguardiente
CORNUDELLA DE MONTSANT	41	3099	5,29	-	Casa de Medinaceli	
FALSET	87	3369	10,33	10,3	Casa de Medinaceli	Aguardiente, Plomo
LA FIGUERA	22	237	37,13	45,5	C. Medinaceli- Ob. Tortosa	
GARCIA	15	1094	5,48	20,0	Casa de Medinaceli	
GRATALLOPS	33	1129	11,69	6,1	Monasterio Scala Dei	
ELS GUIAMETS	10	260	15,38	40,0	Casa de Medinaceli	
EL LLOAR	15	259	23,17	-	Casa de Medinaceli	
EL MASROIG	17	491	13,85	32,3	Casa de Medinaceli	
LA VILELLA ALTA	12	292	16,44	7,7	Monasterio Scala Dei	
LA VILELLA BAIXA	11	206	21,36	27,3	C. Medinaceli- A.Tarragona	
ARNES	10	945	4,23	90,0	Orden de San Juan	
CORBERA D'EBRE	11	970	4,54	36,4	Orden de San Juan	
LA GALERA	13	665	7,82	84,6	REALENGO	Aguardiente
GODALL	24	810	11,85	95,8	Orden de San Juan	Aguardiente
EL PINELL DE BRAI	13	771	6,74	92,3	Orden de San Juan	
TORTOSA	72	16464	1,75	77,8	REALENGO	Aguardiente, Jabón, Curtidos
XERTA	27	2155	5,01	85,2	REALENGO	
IGUALADA	19	7731	0,98	-	REALENGO	
SANT QUINTI DE MEDIONA	11	1655	2,66	-	Casa de Medinaceli	Papel, paños, textil algodón
MARTORELL	15	1396	4,30	-	Marq. Velas- M. Vilafranca	Hilados de algodón
LA BISBAL DEL PENEDES	39	770	20,26	-	Marques de la Manresana	Aguardiente
MASLORENC	21	553	15,18	-	Orden de San Juan	Manufacturas de palma
MANRESA	21	12230	0,69	-	REALENGO	Curtidos y textiles
NAVARCLES	12	742	6,47	-	Mon. Sant Benet de Bages	Aguardiente, Textil algodón
PRATS DE LLUÇANES	45	1932	9,32	-	REALENGO	Bayetas
TORTELLA	11	1394	3,16	-	Barón de Ortafá	Textil de algodón, tintes
TOTAL (27 PUEBLOS) (59,7 %)	684	63292	4,32			

9. A fin de intentar acercarme a lo que pudo significar realmente para la vida de cada pueblo la incorporación a las partidas facciosas he calculado cuánto representaban los alistados sobre los hombres de edades. A falta de censos fiables, me he conformado con aplicar a la población de 1831 un 25%, el redondeo de lo que significaba ese grupo de edad y sexo en Cataluña en el censo de 1787 (según [IGLÉSIES 1967]).

Mapa 7: Localidades con más de 5 carlistas



En contextos socioeconómicos similares se pudieron dar, por lo tanto, situaciones muy diversas, atendiendo a una multiplicidad de factores de carácter local, y es posible preguntarse por qué lo que sucedió en Tortellà no se dio en sitios próximos y similares, como Besalú o Riudaura, o por qué el estallido de Prats de Lluçanès no se repitió, por ejemplo, en Orís o Gurb. Entre los condicionantes de pequeña escala, Torras¹⁰ ha identificado la influencia del liderazgo o la existencia de un personaje con carisma suficiente como para llevarse consigo a una parte de la población. También pudo influir en la respuesta de cada paraje la persistencia de las antiguas banderías, transformadas ahora en sectores de opinión, como sucedió con los *cayruts* y *rodons* de Banyoles¹¹ o los *romencs* y *joanencs* en Sant Feliu de Guíxols¹². Por último, a estos factores debe sumarse en 1833 uno nuevo: la experiencia, positiva o negativa, de anteriores luchas políticas.

Así pues, hay que trabajar a una escala aún menor. Lo primero que sucede si se hace eso es que la cantidad de localidades con presencia de facciosos se reduce ante nuestra vista, de la misma manera que se redujo al principio el número de comarcas donde la recluta carlista tuvo éxito. Como expone el cuadro 7, sólo 27 localidades del Principado cuentan con 10 o más facciosos en las listas de las autoridades cristinas y en este corto número de pueblos se concentra casi el 60% del total de fichados. En busca de focos identificables, he realizado una agrupación por proximidad geográfica sin respetar las fronteras comarcales. Por ese camino se llegan a definir seis áreas que contemplaré por separado:

1- El Priorat es quizá la única comarca donde se deba hablar de influencia generalizada del carlismo mientras que su capital, Falset, presenta un indudable carácter de núcleo irradiador. Aunque no pertenezca al Priorat, hay que añadir al grupo un pueblo que linda con él, Alforja, un caso claro de arraigadas convicciones realistas, tanto es así que, cuando la Real Orden de 18 de diciembre de 1835 rebajó las contribuciones a los pueblos de Cornudella de Montsant, Gratallops, la Vilella Alta y Alforja por su ejemplar comportamiento en la batalla de Maials, la Diputación de Tarragona arguyó que este último pueblo (pero

10. [TORRAS 1967], pp. 113 a 120.

11. *Ibidem*, p. 114.

12. "Como todos los pueblos secundarios. San Feliu [de Guixols] estaba de antiguo dividido en dos partidos: el del monasterio y el de la iglesia de San Juan; apellidado el primero *de los gromenchs*, y el segundo *de los Joanenchs*. Al entrar la revolución en España los *gromenchs*, o amigos del monasterio, fueron retrogradados, y los *Joanenchs* liberales" ([BARRAQUER 1915], T. III, pp. 272-273).

nótese que sólo éste) no era digno de ello, porque "aumentó las filas rebeldes con un número considerable de sus vecinos sublevándose a retaguardia de las tropas leales con escándalo de toda la Provincia, y por cuyo crimen fueron presos después de la Victoria y deportados a Ultramar ciento y tantos moradores de dicha población"¹³. No puede dejar de advertirse que tanto Falset como Alforja eran productoras de aguardiente. Hago notar por último que los porcentajes de incorporados sobre los hombres de edad comprendida entre los dieciséis y los cincuenta años se hacen más respetables conforme el tamaño del pueblo considerado se va reduciendo, y ello podría explicarse fácilmente por la mayor cohesión familiar y vecinal de estas localidades, que conduce a una mayor uniformidad de actitudes, pero también por la existencia de recluta forzosa. Por idénticas razones, los más altos porcentajes de presentados a indulto se dan en los pueblos más pequeños.

2- El área con centro en Tortosa es la más cercana al núcleo carlista del Maestrazgo y ello bastaría para explicar la existencia de este foco¹⁴ si no nos detuviéramos a considerar la capacidad de movilización reaccionaria de la sede episcopal tortosina. La feudalidad tardía en este territorio no parece especialmente pesada, ya que los pueblos pertenecen a la jurisdicción real o a la de la orden hospitalaria de San Juan de Jerusalén o de Malta, una institución en grave crisis desde época de las guerras napoleónicas. Otro rasgo común en este grupo son los muy elevados porcentajes de presentados a indulto sobre el total de los alistados, prueba evidente de la inestabilidad de las convicciones facciosas de los combatientes de las comarcas del Ebro. Al igual que en la zona 1, el aguardiente es una producción destacada.

3- Tres casos de pueblos grandes o pequeñas ciudades en que la aparición de realistas se diluye hasta arrojar porcentajes muy pequeños. En Martorell, los responsables del atropello a un regidor antes de que estallara la guerra aumentaron la lista de facciosos; en Igualada y Sant Quintí de Mediona los apresados se vieron en esa condición en los meses próximos al desembarco de Romagosa o en los meses centrales de 1835.

13. [A. D. P. T.] Libro de actas de 1836, acta de 10 de marzo de 1836.

14. Lo agreste de la zona facilitaba la libre circulación por ella de las partidas de Oriente. En consecuencia, las autoridades militares del corregimiento ordenaron en diciembre de 1834 fortificar con artillería Alfara de Carles, Paüls, Mas de Barberans y El Pinell de Brai, como puntos céntricos donde los facciosos solían refugiarse ([DdB] n° 352, 18-XII-1834).

4- Los derivados de la vid también tienen que ver con la economía del Baix Penedès, una zona en la que la separación económica y de ideas entre costa e interior resulta muy marcada y los porcentajes de incorporación entre los hombres en edad de portar armas sin duda elevados. Alrededor de la Bisbal del Penedès (de donde era natural Romagosa) se sitúa un grupo de pueblos con menos de 10 carlistas, lo que hace de aquella localidad un foco más pequeño pero tan claro como Falset. La mayoría de quienes se incorporaron lo hicieron en fechas tardías, en la primavera e inicios del verano de 1835.

5- La tradición de militancia realista debe de ser la razón principal de la aparición de Manresa en este grupo¹⁵. Las cifras de Prats de Lluçanès se explican casi por completo por la asonada de Galceran que tuvo lugar en octubre de 1833 y se narró en su momento. La situación más interesante es la de Navarcles, una localidad que, además de destilar aguardiente, lo mismo es el escenario de una asonada la víspera de la muerte de Fernando VII que pleitea con el monasterio de Sant Benet de Bages hasta 1835¹⁶, lo que dará idea de lo variado de las actitudes o lo grave de los enfrentamientos que pueden darse en un pequeño lugar.

6- Como sucede con Alforja y Prats de Lluçanès, Tortellà se encuentra en los márgenes de su comarca, en este caso la Garrotxa, y su presencia en el cuadro se explica por el alzamiento que se produjo en octubre de 1832 pero cuyas consecuencias judiciales tardaron algún tiempo en manifestarse. El liderazgo del inquieto capitán de realistas Pedro Puigbert es un factor clave en este caso. Una nota curiosa: la jurisdicción corresponde al barón de Ortafà, un noble carlista.

Si por fin juntamos los resultados de las exploraciones a escala comarcal y local, las causas de incorporación al carlismo armado se nos ajustan bastante bien al orden de prioridades que se ha establecido en el capítulo anterior. En primer lugar, los combatientes carlistas fueron, salvo excepciones muy contadas, una minoría militante en sus respectivos

15. Aparte de su condición de centro de la rebelión de los agraviados están los 101 realistas documentados en época del Trienio ([TORRAS 1967], p. 118).

16. [PASCUAL 1991], p. 94.

pueblos. Algunos líderes políticos y guerrilleros demostraron tener capacidad para aumentar esa militancia y levantar momentáneamente a pequeños grupos en algunos lugares -sobre todo si eran periféricos y estaban mal comunicados-, pero no consiguieron sublevarlos por completo o extender su acción a comarcas enteras. Esta situación no cambió si no medió una fuerte coerción del exterior, como fue la ejercida por Carnicer previamente a la batalla de Maials. La presencia de un importante contingente militar carlista en zonas agrestes y de difícil control por parte de las tropas gubernamentales forzó a la incorporación a los indecisos o incluso a los contrarios, hizo aflorar el malestar latente si lo había o simplemente indujo a creer que el bando invasor tenía posibilidades de ser quien venciera al final de la contienda, por lo que había que estar de su parte. También fue necesario el refuerzo positivo de la paga, más fácil de ofrecer en la Cataluña de los grandes monasterios (Scala Dei, Poblet, Santes Creus, Escornalbou¹⁷), los ricos obispados (Tarragona y Tortosa) y las órdenes militares.

Para que estos estímulos básicos funcionaran hubieron de ser aplicados a territorios receptivos, esto es, a aquellas zonas que estaban atravesando dificultades económicas, y aun así nadie garantizó la continuidad en los apoyos. De entre todas las situaciones económicas que propiciaron -pero no produjeron por sí solas- el enganche a los carlistas en los primeros momentos de la guerra, la crisis de malventa de aguardiente fue la que más se destacó, puesto que la presencia de éste en las producciones de siete de los veintisiete pueblos tabulados¹⁸ y en cuatro de los seis grupos en que se han dividido tiene un indudable significado. La conjunción de los tres elementos (capacidad de coacción violenta, fondos disponibles para la paga de los combatientes y crisis económica) sólo se dio hasta 1835 en el sur de Cataluña, muy en especial en los pueblos y comarcas en las que, por dificultades inherentes al medio físico (escasez de agua, falta de suelo cultivable, dificultad en las comunicaciones), la expansión vitivinícola había alcanzado un techo: el Priorat, el Baix Penedès y las zonas más montañosas de las comarcas del Ebro.

17. Que más adelante esos monasterios sean el principal objetivo de la furia de milicianos y campesinos de esta zona resulta muy interesante y revelador, pero no me detendré en ello ahora.

18. La relación es débil pero puede establecerse para toda Cataluña, ya que 30 de los 92 municipios señalados en [GOLOBARDAS 1831] como productores de aguardiente figuran en los listados de carlistas presos o indultados. Claro está que la condición no es necesaria ni suficiente, puesto que existen 62 localidades destiladoras que no presentan carlistas documentados.

3- REVOLUCIÓN Y REACCIÓN
(julio de 1835- mayo de 1837)

3.1-LAS QUEMAS DE CONVENTOS

- La guerra, de enero a julio de 1835:

Después de que Llauder cesara como ministro de la Guerra el 24 de enero de 1835 el puesto quedó vacante hasta que lo ocupó Jerónimo Valdés el día 17 de febrero. El *bajá* catalán, por su parte, recuperó la Capitanía General de Cataluña, que se había reservado al hacerse cargo del ministerio y a la que se reincorporó de manera efectiva el 3 de febrero en Lleida¹. Pero después de lo que le había sucedido en la Corte, el Llauder que volvía como la máxima autoridad del Principado no era, como puede suponerse, el mismo jefe idolatrado de antaño; la insurrección del 18 de enero había quemado la figura política del antes popular Capitán General, al igual que había acabado con la viabilidad del *despotismo ilustrado* catalán como proyecto aplicable al conjunto del Estado. En lo sucesivo, Llauder tendría que hacer frente no sólo a la permanencia y al recrudecimiento del problema carlista, sino también al afianzamiento de una oposición liberal y a la progresiva pérdida de apoyo a su persona por parte de la oligarquía barcelonesa, lo que es tanto como decir que ésta también fue abandonando la línea del *despotismo ilustrado*. Sin embargo, la situación militar del Principado no había empeorado durante la corta ausencia de Llauder, puesto que a su regreso ofrecía este aspecto:

En los Corregimientos de Lérida y Cervera, divagan algunas partidas de ladrones, que cometen robos y atrocidades, sobre los que continuamente hay fuerzas para destruirlas; he hecho al efecto varios encargos a los Gobernadores, y espero que surtan buen efecto las providencias dictadas, y la actividad que reencargo, para asegurar la completa tranquilidad del país²

1. Puede encontrarse la alocución al respecto en [DdB] nº 37. 6-II-1835.

2. [S. H. M.] Sección 2ª, 4ª División, Orden público, Rebeliones; Legajo 202; Orden público y rebeliones (1823-1880). Parte del general Santocildes, jefe del estado Mayor de Cataluña al Ministro de la Guerra. Apéndice 2.21.

Hasta los que más adelante fueron sus enemigos políticos reconocieron que "muy pocos facciosos había en ella [Cataluña] cuando el general Llauder hizo dimisión del Ministerio de la Guerra a consecuencia de los acontecimientos de Madrid del 18 de enero"³.

Puede fecharse en marzo de 1835 el inicio de la caída de la popularidad del antes aclamado militar. En ese mes, el autor del manuscrito 737 de la Biblioteca de Cataluña, el miliciano que siempre que se refería al Capitán General añadía el adjetivo *fidelíssim* y calificaba sus decisiones de *grans providències*, cambiaba el objeto de sus alabanzas:

que enterement los ciutadans perdèrem la fe ab lo jeneral Llauder, perquè lo dit jeneral s'o miraba ab molta yndiferència, perquè no castigaba los promotor de las feccions, que eran los fraras, però ab qui teniam grans confianses [era] ab lo fidelíssim jeneral Mina, que en la Nabara donaba grans batallas a las grans feccions⁴

El Vapor, portavoz de la burguesía barcelonesa, siguió apoyando a Llauder, pero cada vez con menos entusiasmo. A principios de abril solo le defendía ponderando sus antecedentes, y se preguntaba "¿a qué viene pues esa desconfianza que va ganando corazones amistosos, pechos decididos y personas que pueden ver las cosas con claridad?"⁵

El recelo venía, entre otras cosas, porque la opinión barcelonesa observó en estos meses un cierto crecimiento de la facción, un resurgir pasajero cuya explicación se encuentra, como en los años 1833 y 1834, en el flanco internacional del carlismo. Éste dispuso otra vez de una gran libertad de acción en el extranjero a partir de 1834, cuando la relación de fuerzas en Europa le fue más favorable gracias a la instalación en Gran Bretaña del gobierno *tory* Wellington-Peel. El duque de Wellington era un declarado y constante partidario del Pretendiente, lo mismo que lo había sido de Dom Miguel en Portugal, y había ofrecido en más de una ocasión protección y socorro a Don Carlos, además de armas y logística⁶. Incluso después de que Wellington abandonara el Gobierno, en abril de 1835, se rumoreó con insistencia que seguía patrocinando un proyecto de pacificación de España consistente en la

3. [RAÜLL 1835], p. 25. A esa escasez obedece también que el jefe carlista Samsó pidiera a la corte carlista el 31 de enero de 1835 que se enviase al Principado una expedición y se nombrase un comisionado en la frontera francesa ([BULLÓN DE MENDOZA 1992], p. 291).

4. [SUCESSOS Barcelona 1981], p. 154.

5. [El Vapor], nº 94, 4-IV-1835.

6. [RODRÍGUEZ-MOÑINO 1984], pp. 39-40.

abdicación de Don Carlos en su hijo -el infante Don Carlos Luis-, el matrimonio de éste con Isabel II, la postergación de Cristina, la promulgación de una amnistía y el mantenimiento de los fueros para Vascongadas y Navarra. El Gobierno resultante del acuerdo ejercería sus funciones en nombre de Carlos VI y el Estatuto Real y quedaría contrapesado por un Consejo de Regencia compuesto por cinco personas, dos de las cuales habían de ser por fuerza el marqués de las Amarillas y Zumalacárregui⁷.

A la nueva actitud británica había que unir la constante ambigüedad francesa, debida al "espíritu condescendiente y aristocrático del gobierno francés, y la opinión en que estaban muchos de que la cuádrupla Alianza no sería más que un proyecto diplomático, puesto que su completa ejecución parecía tan contraria al espíritu semifeudal de los torys de Londres, como a la indecisión de los doctrinarios de París"⁸. Como en años anteriores, Francia siguió siendo el centro de numerosas conspiraciones de los carlistas, que apenas fueron molestados por las autoridades departamentales francesas y por los diplomáticos españoles⁹. Procedentes de Montauban y Toulouse¹⁰, los agentes del Pretendiente se reunían con regularidad en Montpellier, donde se decidió el nombramiento de Brujó como jefe de los facciosos de la Cataluña superior¹¹. También se ultimaban en el sur de Francia los envíos de armas, de los que son una pálida muestra los 30 fusiles, cartuchos y piedras de chispa aprehendidos el 7 de febrero en Sant Llorenç de Cerdans¹². Personajes como Plandolit volvieron a la actividad aprovechando esta temporada de bonanza, la financiación que llegaba de la corte en Navarra y las iniciativas del ministro carlista de la Guerra, conde de Villemur¹³.

En otro confín de Europa, el rey Carlos Alberto de Cerdeña-Piamonte se mantenía constante en su apoyo al carlismo en Cataluña, en cuya capital el cónsul Ponti había

7. [COLECCIÓN cartas 1835], pp. 10-11.

8. [El Vapor], n° 1. 1-1-1836.

9. Como el cónsul español en Sète, Lebrun ([RODRÍGUEZ-MOÑINO 1984], pp. 39-40), de lo que daba cuenta Hernández, quizá el cónsul español más activo en el Midi francés.

10. *Ibidem*.

11. [A. H. N.] Sección Estado, Leg. 8360: Consulado en Perpiñán (1834-1840).

12. *Ibidem*.

13. *Ibidem*. Decía Hernández "Plandolit está en Francia, no se sabe adónde aunque se presume que de Perpiñán, en donde estuvo escondido, pasó a Tolosa de orden del Conde De Penne Villemur a dar cuenta de cien mil francos que había recibido".

organizado una densa red de contactos¹⁴ aprovechando su condición diplomática. Llauder, que no era amigo de miramientos, mandó arrestar al cónsul a finales de marzo de 1835. Después de unos pocos días en la Ciudadela, Ponti salió libre merced a la intervención del Ministro de Estado piemontés, quien desde enero era el conde Solaro, embajador en Madrid cuando los sucesos de la Granja de 1832¹⁵. Al poco tiempo de su liberación, Carlos Alberto premió al cónsul encarcelado con la cruz de la Orden de los Santos Mauricio y Lázaro por los servicios prestados y los sufrimientos padecidos¹⁶.

Mientras tenían lugar estos movimientos en el exterior, las partidas supervivientes del interior intentaron sobrepasar la fase guerrillera pura, con un éxito limitado. Su área de actuación continuó siendo lo más inaccesible de las comarcas interiores, en las que ahora los facciosos se aplicaron al intento de hacerse con bases permanentes. El resultado de estos conatos puede verse en el mapa 8, en el que he acotado las zonas en las que se movieron las diferentes gavillas de enero a julio de 1835, agrupando sus acciones y ordenándolas cronológicamente. El balance de las correrías de las partidas y de las tentativas de toma de pueblos fue, en resumen:

1- Tristany amagó una sorpresa en Torà el 8 de enero pero Metzguer, comandante de la línea del Llobregós, se lo impidió¹⁷. Después de algunas escaramuzas, logró ocupar Ivorra un tiempo, pero fue desalojado por las tropas de la Reina el 5 de abril¹⁸.

2- La partida de Borges -a veces en asociación con la del *Ros d'Eroles*- no consiguió alcanzar el nuevo estadio de toma de pueblos antes de mayo de 1835. A finales de

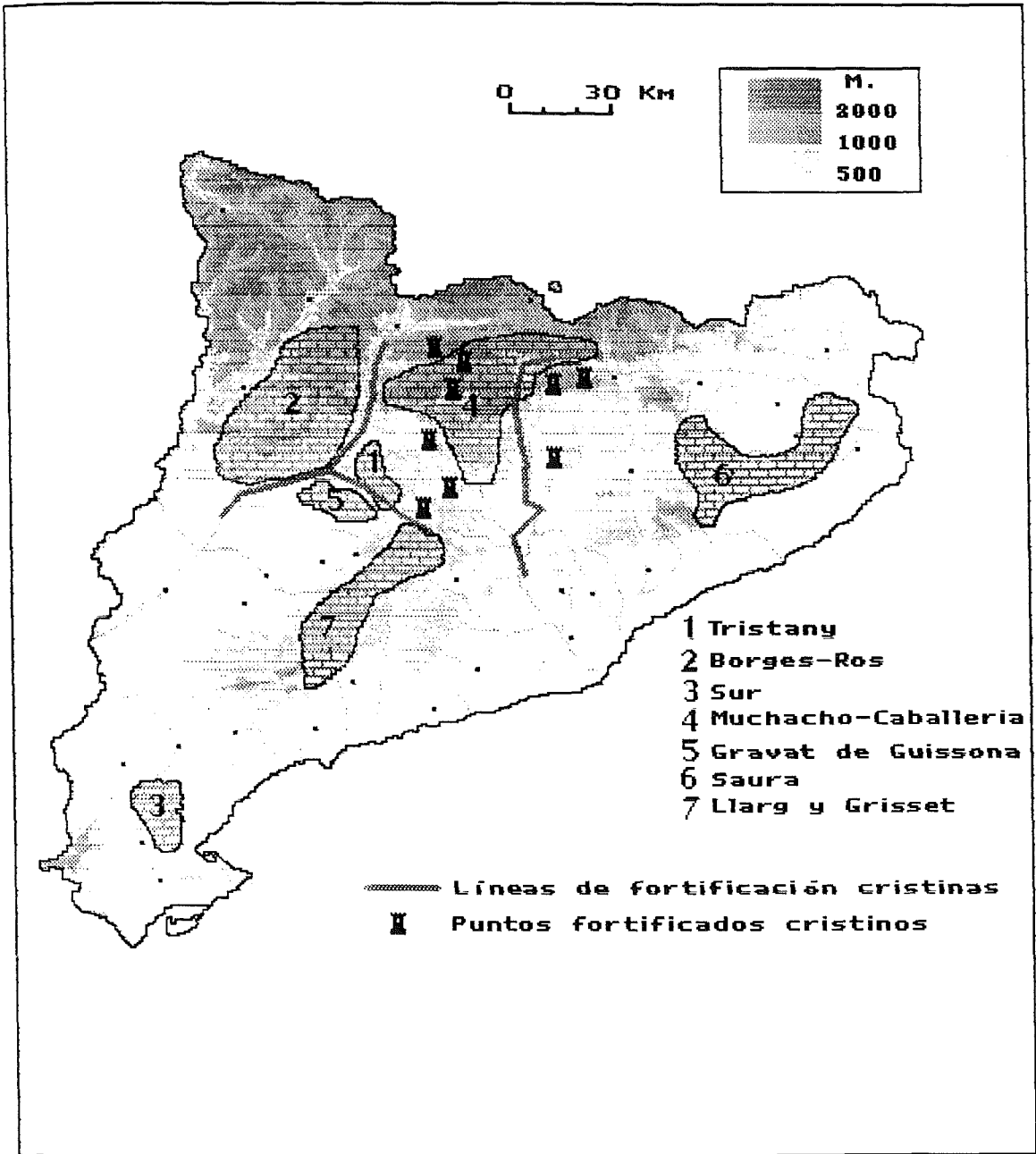
14. "La impunidad con que contaba el cónsul de Cerdeña Ponti por razón de su carácter consular hizo mucho daño, pues estaba en correspondencia con Berastegui, jefe de la insurrección en Alava, y muy relacionado en Barcelona, donde mi tolerancia natural y deseos constantes de unión abusaban con ingratitud los obsecados, que después tuvieron que emigrar" (LLAUDER 1844), p. 108).

15. [URQUIJO 1992], pp. 976-977.

16. [A. H. N.] Sección Estado, Leg. 5727: Correspondencia legación en Cerdeña (1834-1836) El legajo incluye un recorte de la *Gazetta Piemontese* (nº 143, 30-VI-1835) con la orden de concesión: "con Regie Magistrali Pateuti in data del 19 del corrente S. M. si è degnata conferire la croce di Cavaliere dell'Ordine de 'Ss. Maurizio e Lazaro a Luigi Ponti Suo Console Generale in Barcellona, sia in attestato della Sua R. soddisfazione pe' di lui lunghi e fedeli servigii, come per compensario dai donni della dura prigionia a cui venne non è guarì arbitrariamente assogettato dal Capitano generale di Catalogna per supposte macchinazioni di cui si è chiarito affatto innocente; prigionia dalla quale fu per altro subito liberato dal Governo Spagnuolo e restituito alle sue funzioni consolari, non tosto gli giungevano le rimostranze del Governo di S. M."

17. [DdB] nº 13, 13-I-1835.

18. [DdB] nº 97, 7-IV-1835.



*Mapa 8: Zonas de actividad de las partidas
(enero a julio de 1835)*

febrero se había verificado un encuentro entre el grupo de Borges y la columna dirigida por Bassa-Warletta -compuesta en esencia por el regimiento de Zamora- en Oliana¹⁹. Niubó le combatió más tarde en Fontllonga²⁰ y Montmagastre²¹, y de nuevo Warletta en Figuerola de Meià²². El 20 de mayo de 1835 Peramola sufrió la embestida del *Ros de Eroles*, pero el pueblo entero tomó las armas y se defendió²³. Al día siguiente, los carlistas de esta zona entraron por sorpresa en Camarasa; los 50 urbanos de la población y el alcalde se refugiaron en la iglesia, que fue tomada por los facciosos y sus defensores ejecutados²⁴. Con vistas a llevar adelante un proyecto de sublevación general de la Conca de Tremp, el *Ros* entró en Tírvia el 15 de junio²⁵; la idea era que este cabecilla levantara a su favor la parte alta de la comarca y Borges y *Pep de l'Oli* hicieran lo propio en la baja, pero los segundos fueron derrotados por la columna Churruca²⁶ y el plan se anuló.

3- En el sur, los carlistas atacaron el 5 de marzo Figuerola (en Tortosa) y se llevaron consigo al alcalde y un regidor²⁷. A finales de mes, los urbanos de Benissanet resistieron en la casa fuerte de Miravet a los facciosos, que intentaban apoderarse de esta última población²⁸.

19. [DdB] nº 64, 5-III-1835.

20. [DdB] nº 107, 17-IV-1835.

21. [DdB] nº 112, 22-IV-1835.

22. [DdB] nº 123, 3-V-1835.

23. [DdB] nº 146, 26-V-1835.

24. [CHAO 1847], p. 101, confirmado indirectamente en [DdB] nº 167, 16-VI-1835.

25. [FERRER/TEJERA/ACEDO 1941...], T. VII, p. 199.

26. [DdB] nº 182, 1-VII-1835.

27. [CHAO 1847], p. 79.

28. [DdB] nº 93, 3-V-1835.

4- Las gavillas de *Muchacho*, *Caballeria* y *Boquica*, que solían actuar juntas, anduvieron los tres primeros meses del año por Balsareny²⁹, Sant Quirze de Besora³⁰, Baga³¹, la Pobla de Lillet³² y Gósol³³, siempre al amparo de la sierra del Cadí y de la próxima frontera francesa. *Muchacho* y *Caballeria* consiguieron ocupar de forma provisional Castellar de N'Hug, pero les expulsó de allí el Gobernador Militar de Berga, Francisco Oliva³⁴. *Muchacho* consiguió el mayor éxito, al penetrar en Sant Llorenç de Morunys -que sería posterior centro de operaciones de las partidas del interior- y obligar a su guarnición liberal a refugiarse en el fuerte³⁵ hasta ser rescatada por una columna. El 25 de junio, un día después de que el coronel Bocanegra desalojara de Sant Quirze de Besora a una partida de 150 facciosos que lo habían ocupado³⁶, Llauder en persona atacó a los facciosos de *Muchacho*, *Caballeria* y *Boquica*, que habían entrado en Gombren³⁷. Estos jefes de partida atacaron de nuevo Gósol el último día de junio, pero los urbanos de la villa se defendieron resistiendo en la casa-fuerte³⁸.

5- El 16 de abril entraron en Guissona unos 100 carlistas de la partida de *Gravat de Guissona* y, tras pelear con Voluntarios la villa, mozos de escuadra y soldados del

29. [ECom], nº 318, 14-III-1835.

30. [CHAO 1847], p. 80.

31. [DdB] nº 96, 6-IV-1835.

32. [DdB] nº 106, 16-IV-1835.

33. [DdB] nº 120, 30-IV-1835.

34. [DdB] nº 120, 30-IV-1835. Después de la derrota se refugiaron en Perpiñán 53 integrantes de las gavillas de *Muchacho*, *Caballeria* y *Montaner* ([A. H. N.] Sección Estado, Leg. 8360: Consulado en Perpiñán (1834-1840)).

35. [DdB] nº 130, 10-V-1835.

36. [DdB] nº 182, 1-VII-1835.

37. [DdB] nº 182, 1-VII-1835.

38. [DdB] nº 190, 9-VII-1835.

regimiento de caballería de Navarra, huyeron a Massoteres³⁹. A inicios de mayo, la partida atacó Ponts con la intención de tomarlo⁴⁰.

6- El cabecilla Saura, que actuaba en las inmediaciones del Montseny sorprendió a la población de Llagostera el primero de abril⁴¹. El día 13, con la colaboración de *Metgató* y *Trinxet* atacó Santa Maria de Corcó, también sin éxito⁴²; a finales de mes, *Metgató* -que mandaba una partida de unos 40 hombres- fue derrotado en Sant Martí de Sobremunt⁴³. Las partidas reunidas de Zorrilla, Saura y *Pelegrí* lucharon el 9 de mayo contra la guarnición de Hostalric, Urbanos de Breda y de Arbúcies en las inmediaciones de ésta última⁴⁴. A principios del mes de junio el grupo de Saura sufrió una derrota en Jafre a manos de tropa del Regimiento del América y Urbanos; los carlistas dejaron en el campo 30 muertos, entre los que se encontraba Saura mismo⁴⁵. Después del descalabro, *Pelegrí* fue acosado por la tropa del regimiento de América cerca de Rupit⁴⁶ y *Trinxet* atacado en su refugio de Vidrà⁴⁷.

7- A inicios de mayo tuvo lugar un enfrentamiento en Cabra del Camp entre carlistas de Forner y Urbanos de Pont d'Armentera⁴⁸. El día 26 de ese mes los carlistas de *Grisset de Cabra* intentaron ya entrar en Montblanc, donde se apoderaron de un convento de monjas; los Urbanos locales se refugiaron en casa del alcalde mayor hasta

39. [DdB] nº 112, 22-II-1835.

40. [DdB] nº 130, 10-V-1835.

41. [DdB] nº 96, 6-IV-1835.

42. [DdB] nº 107, 17-IV-1835.

43. [DdB] nº 127, 7-V-1835.

44. [DdB] nº 135, 15-V-1835.

45. [DdB] nº 158, 7-VI-1835 y [SUCESSOS Barcelona 1981], p. 161].

46. [DdB] nº 182, 1-VII-1835.

47. [FERRER/TEJERA/ACEDO 1941...], T. VII, p. 199.

48. [DdB] nº 127, 7-V-1835.

que llegó a rescatarlos una columna cristina⁴⁹. El 19 de mayo, el Llarg de Copons había ocupado Prats de Rei, de donde le desalojaron tropa y Urbanos de Calaf⁵⁰; pocos días después, las tropas cristinas dispersaron a los hombres de ese cabecilla, ahora unidos a los de *Grisset de Cabra*, en Vallverd⁵¹. El acontecimiento militar más importante de esta área y estos meses fue el combate en Passanant entre las partidas reunidas de *Llarg* y *Masgoret* (según el parte, unos 1.500 facciosos) y Niubó del día 18 de julio. De resultas de la derrota carlista se presentaron a indulto en Tarragona más de 400 combatientes de ese bando⁵².

A todo esto debe añadirse que, como en la fase anterior, la actividad de las partidas veteranas coexistió con el cataclismo que afectó a las partidas menores, puesto que, como en 1834, el destino de los grupos pequeños fue la derrota en el campo de batalla y el paredón. El 9 de enero de 1835, por ejemplo, se fusiló en Cervera al faccioso Ramón Rosich, de Sant Genís de la Plana⁵³, y el día 16 en Figueres a Ramón Raset, de la gavilla de los hermanos Felips⁵⁴, mientras el 26 del mismo mes era capturado por las escuadras de Riudoms el cabecilla Pedro Auguet, ex teniente ilimitado⁵⁵. Ya en abril, fue ajusticiado en Barcelona el jefe de partida llamado *sastre de Granollers*⁵⁶ y se capturó en Cabra del Camp a Joaquín

49. [DdB] n° 151, 31-V-1835.

50. [DdB] n° 173, 22-VI-1835.

51. [DdB] n° 182, I-VII-1835.

52. [PIRALA 1889-1891], T. I, p. 741 y [DdB] n° 203, 22-VII-1835. Sin embargo, no hay listas de indultados en la prensa de estas semanas, lo que induce a pensar en la exageración de la cifra, o en su ocultación por causas políticas. Lo que sí se publicó fue una larga lista de 148 deportados a Ultramar procedentes del Sur del Principado y de regiones próximas.

53. [DdB] n° 13, 13-I-1835.

54. [ECom], n° 273, 29-I-1835.

55. [DdB] n° 29, 29-I-1835.

56. [CRESPÍ 1833 a 1840], pp. 5-6.

Martí (a) *Capblanc*⁵⁷. Para concluir, la columna de urbanos de Albesa y Almenar mató el 30 de mayo en Castelló de Farfanya al cabecilla Ramon Benet (a) *Sagarrena*⁵⁸.

Una de las causas de este nuevo cúmulo de fracasos militares facciosos en la primavera de 1835 fue que la favorable situación internacional que venía aprovechando el carlismo desde diciembre anterior sufrió un brusco giro, debido al "más notable de todos [los acontecimientos internacionales del año]: la elección del ministerio Melbourne [en el Reino Unido]. A él se debe el restablecimiento de la cuádrupla Alianza y la condenación de esa negligencia doctrinaria que nos hacía vano juguete de la Rusia"⁵⁹. En efecto, el gobierno *whig* de Melbourne -que duraría hasta 1841- trajo consigo el restablecimiento de Palmerston al frente del Foreign Office y, en consecuencia, la readopción de una clara línea antiabsolutista en la política exterior británica, lo cual se tradujo en una mayor intervención a favor de Isabel II. El advenimiento del gobierno Melbourne también sirvió para atizar las esperanzas de los liberales, que vieron alejarse el fantasma de una invasión extranjera parecida a la de 1823. Al menos así lo estimaba Pascual Madoz al enumerar las razones de la imposibilidad de ésta:

- 1- "No será inútil recordar que desde 1823 hasta el presente se han pasado trece años, los que han sido trece años de experiencia y educación para los pueblos".
- 2- "El rayo de julio [de 1830] ha herido todos los tronos de los reyes absolutos de Europa, y la palidez del terror se ha apoderado de los semblantes de los déspotas, al paso que ha reanimado la esperanza de todos los pueblos".
- 3- Inglaterra presiona en favor de los liberales.
- 4- Dom Miguel ha fracasado en Portugal.
- 5- Francia ha caído en el "justo medio", pero todavía es revolucionaria, todavía tiene interés por la libertad.
- 6- "Luis Felipe, elevado sobre el pavés por el espíritu de progreso y emancipación, luchando contra ese espíritu, sólo tendría en la nación un partido compuesto de la más vergonzosa venalidad, o de una ambición desenfrenada"

57. [DdB] nº 103, 13-IV-1835.

58. [DdB] nº 156, 5-VI-1835

59. [El Vapor], nº 1, 1-I-1836 (de la *Revista de ambos mundos*).

7- Un nuevo ministerio Wellington no sería más conservador en lo internacional, porque eso favorecería a Rusia, su enemigo en Oriente. Un ministerio tory, además, estaba condenado a tener poco apoyo en Inglaterra⁶⁰.

En sincronía con este cambio de contexto y con el fin de los subsidios a los refugiados⁶¹, de abril-mayo de 1835 a julio del mismo año se observó una cierta retracción de las actividades carlistas en Francia, a la par que una notable descoordinación en sus filas. A partir de abril "comienzan a llegar al sudeste de Francia numerosos refugiados carlistas (...); la mayoría son guerrilleros catalanes, algunos guardias de corps de Fernando VII"⁶². Esta afluencia tenía que ver con la enésima tentativa de sublevación en Cataluña protagonizada por el tenaz Plandolit, quien fue cogido en Sare (Francia) el 30 de abril, de vuelta de la corte carlista en Navarra. Conducido posteriormente a Bayona⁶³, se marchó de allí al poco y fue de nuevo arrestado en Perpiñán el 5 de mayo; cuatro días después, el cónsul en aquella ciudad, Hernández, informó que Plandolit había partido para Troyes con la firme intención de no reincidir, ya que su mujer le había convencido de que se dejase de aventuras⁶⁴. Peor suerte tuvo otro especialista en moverse a ambos lados de los Pirineos, *Lleuger de Piera*, que abandonó su refugio francés para encontrar la muerte el 19 de mayo en Figuerola d'Orcau a manos de una columna cristina dirigida por Llauder⁶⁵.

Poco después de la retirada de Plandolit, los presos y refugiados carlistas en el Departamento de los Pirineos Orientales se pusieron en movimiento de forma simultánea y escaparon de los depósitos ante la noticia de que el conde de España, que había desaparecido de Tours, iba a entrar en Cataluña⁶⁶. Como iba a tomar por costumbre, el conde no apareció ni en el momento adecuado ni en el punto donde se le esperaba, y los facciosos catalanes se

60. [MADOZ 1835], pp. 5 a 15.

61. [CLARENC 1993], p. 245.

62. [RODRÍGUEZ-MOÑINO 1984], p. 43.

63. [El Catalán], n° 129, 9-V-1835.

64. [A. H. N.] Sección Estado, Leg. 8360: Consulado en Perpiñán (1834-1840).

65. [DdB] n° 141, 21-V-1835.

66. [A. H. N.] Sección Estado, Leg. 8360: Consulado en Perpiñán (1834-1840) (Carta del 19. del cónsul Hernández).

tuvieron que conformar en su lugar con Ramón Samsó, ex-administrador de rentas de Mataró, quien entró por Osseja el 24 de junio llevando consigo unas muy necesarias cargas de pólvora⁶⁷.

Andorra era -y siguió siendo hasta el final de la contienda- una de las bases exteriores del carlismo catalán⁶⁸, pero desde el reflujo carlista que se inició en la primavera de 1835 empezó a ejercer funciones de santuario para mujeres de guerrilleros⁶⁹, religiosos y carlistas adinerados, como los que vivían en La Seu d'Urgell. El alcalde de esa villa lo explicó así en 1837 a la Diputación de Lleida:

Debo hacer presente a V. E. que D^a Maria de Areny, viuda, contraria a las instituciones de libertad que felizmente nos rigen, se ausentó de ésta [la Seu] a los Valles de Andorra, hace dos años [1835], llevándose consigo todo lo precioso y alhajas de su casa, so pretexto de tener bienes y rentas en aquellos Valles. Esta Señora se le calcula en renta fija una onza de oro diaria, teniendo dos grandes heredades en ésta. Su yerno, D. José Plandolit⁷⁰, se halla con ella en los mismos Valles; éste también es riquísimo por la grande herencia que posee en Torelló. Sujeto facciosísimo, por cuyo motivo permanece en el lugar de Ordino de aquellos Valles, siendo su casa el salón de sesiones de cuantos refugiados y conspiradores carlistas se hallan en los mismos; de allí salen las remesas de dinero y municiones que las facciones van a recibir cuando se aproximan a los alrededores y Pueblos de aquellos Valles, y a pesar de esto, ni ésta ni aquél tienen secuestrados sus bienes, que producirían mucho a la Nación.⁷¹

Tan claro estaba que Andorra casi había pasado a convertirse en territorio de Don Carlos que el gobernador militar de La Seu decidió saltarse todas las leyes internacionales y entrar allí en mayo de 1835, para librar de su secuestro al comisionado isabelino Periu, y de nuevo el 14 de julio, en esta ocasión para atacar al grupo de carlistas del cabecilla Pedro

67. [DdB] n° 182, I-VII-1835 y [A. D. P. O.] Mn. c. 1923, I: Surveillance des réfugiés espagnols, des carlistes, des christinos, des événements en Espagne, expulsions; arrestation du Comte d'Espagne et de partisans (1834-1836).

68. Santocildes, que ocupó la Capitanía hasta la vuelta de Llauder en febrero, comunicó al Gobierno el 21 de enero que "los expresados Valles [de Andorra] son la guarida más segura de los rebeldes, por la protección que encuentran, y la mala fe con que se conducen sus habitantes, con respecto al gobierno, y a los intereses de la Causa de S. M." ([S. H. M.] Sección 2ª, 4ª División. Orden público. Rebeliones; Legajo 202: Orden público y rebeliones (1823-1880) Apéndice 2.21).

69. En ese caso se encontraban las esposas del *Ros*, *Borgetes*, *Lleuger de Piera*, *Borges*, *Orteu* y *Dalmau* ([LÓPEZ/PERUGA 1991], p. 11).

70. El José Plandolit al que se alude aquí no es, naturalmente, Benito Plandolit, ni tampoco el José Plandolit barcelonés, sino José de Arenys y Plandolit, hermano de Benito ([LÓPEZ/PERUGA 1991], p. 10). El día 14 de enero el Gobernador interino de La Seu d'Urgell, avisó de que por conducto del Síndico de los Valles de Andorra, sabía que el día anterior "D. José de Arens y Plandolit, los Cabecillas *Borgetes*, y las mujeres del *Ros* de *Eroles* y *Llaugé*", se habían refugiado en Francia ([S. H. M.] Sección 2ª, 4ª División. Orden público. Rebeliones; Legajo 202: Orden público y rebeliones (1823-1880) Apéndice 2.21).

71. [A. D. P. L.] Caja A-905, 6170: Llistes de facciosos i béns embargats (1837).

Rocas, que se encontraba en Andorra la Vella⁷². Con todo, a partir del verano de 1835 las autoridades del valle decidieron cambiar de línea y decantarse por una apariencia de no intervención muy similar a la francesa⁷³.

La retracción carlista de finales de la primavera de 1835 no sólo tuvo causas exteriores: Llauder había reajustado su técnica de guerra a la nueva realidad de las facciones, cuyo objetivo era ahora conseguir bases estables, ocupar pueblos. El nuevo plan de operaciones cristino consistió en radicar tropas en una red de puntos fortificados distribuidos a lo largo de líneas situadas en las áreas de máxima actividad de las partidas facciosas (ver mapa 8); se formaron así las líneas del Segre (Pla de Sant Tirs, Organyà, Coll de Nargó, Oliana, Ponts, Camarasa y Balaguer), del Llobregós (Ponts, Sanaüja, Torà, Biosca y Calaf) y del alto Llobregat (La Pobla de Lillet, Bagà, Cercs, Berga, Casserres, Puigreig, Balsareny, Sallent, Manresa y Monistrol de Montserrat). Completaron el esquema los puntos fortificados sueltos de los santuarios de Pinós y el Miracle, Solsona, Borredà, Prats de Lluçanès, Sant Llorenç de Morunys, Gósol, Tuixén y Alpens⁷⁴.

Sobre esta zona de actividad militar preferente llovieron las medidas de control y represión, aunque éstas fueron mucho más suaves que las que los habitantes del Prepirineo tendrían que sufrir años más tarde. En ese orden de cosas, Llauder hizo público el 13 de marzo en Cardona un edicto autorizando a su gobernador, al de Berga y al comandante de armas de Solsona para formar grupos de guías del país que servirían durante seis meses con el prest de 6 reales diarios. El edicto contemplaba también medidas de indulto, de premio a los delatores (hasta 30 onzas de oro) y de castigo⁷⁵ a los paisanos que facilitaran la ocupación de pueblos por parte de los facciosos:

8º Los habitantes del pueblo o término en el cual sea asesinado algún soldado, urbano u otro habitante pacífico pagarán una multa de seis hasta 20.000 reales en el término de ocho días por cada individuo que sea asesinado por los ladrones (...).

11º Estos mismos [Gobernadores, Comandantes y encargados de Policía] mandarán inmediatamente paredar aquellas casas que la experiencia ha demostrado ser en ellas donde de

72. [DdB] n° 209, 28-VII-1835.

73. Según [LÓPEZ/PERUGA 1991] (p. 9) "es proclama oficialment la total neutralitat del Principat en el conflicte i es demana la protecció de França per evitar que les tropes gubernamentals espanyoles o les partides carlines puguin violar aquesta neutralitat".

74. [LLAUDER 1844], p. 111.

75. [BOPB], n° 89, 20-III-1835.

costumbre se esconde la facción: y cuyos dueños hayan tenido parte en su ocultación y guarida, o hayan sido omisos en los avisos, sin que puedan abrirse hasta que del todo quede exterminada la facción (...).

13º Las casas de campo en que se hallen viveres y particularmente pan que sea bastante para que las gavillas se socorran, serán cerradas y sus dueños quedarán sujetos a las penas proporcionadas a su malicia y a los males que causan sosteniendo la facción (...).

15º La población que llegue a cien vecinos y deje entrar en ella a los ladrones sin resistencia, sufrirá una multa proporcionada a juicio del Comandante general, aprontándola los principales habitantes en el término de 24 horas (...) sólo resta que cada Jefe en su distrito, cada Párroco y Justicia en su parroquia y jurisdicción, y cada particular en lo que le incumba cumpla officiosamente con su deber; encargando además a los segundos que en los tres primeros días festivos, a saber al ofertorio de las Misas llamadas Matinal y la Mayor, lean éste mi Edicto a sus feligreses en idioma catalán, haciendo acto continuo una explicación sobre él y amonestando a todos a su exacta y fiel observancia.

Análogamente, Llauder comunicó el 28 de abril al gobernador militar de Cervera que, visto el frecuente contacto que mantenían con las partidas, a los parientes de los facciosos expulsados de sus pueblos en aplicación del edicto de 13 de abril de 1834 se les había de asignar un punto fijo de domicilio, y esa nueva residencia no había de situarse en áreas de operaciones ni en Barcelona⁷⁶.

La contrapartida de la concentración de tropas regulares y de esfuerzo bélico en las comarcas montañosas del norte fue que se dejase algo desguarnecido el flanco sur y las comarcas más próximas a Barcelona, donde se consideraba con fundamento que el peligro de un ataque faccioso de consideración era menor. Para solucionar esta carencia, Llauder recurrió a los Voluntarios y a la Milicia Urbana y aprovechó la distinción entre Milicia fija y movable que estableció el decreto de 19 de octubre de 1834⁷⁷, una diferencia que contenía implicaciones sociales importantes. De nuevo Reus tuvo un papel destacado en la movilización, que amplió los efectivos ya existentes con "un pregón que todos los hombres no llegando a la edad de 50 años y pagasen de contribución anual 50 reales de vellón fuesen alistarse a la casa del común, para ser urbanos llamados de la ley y hacían de 3 clases, artilleros, caballería e infantería"⁷⁸.

En la primera mitad de 1835 el esfuerzo militar principal recayó, como en 1833 y 1834, sobre el ejército -compuesto en su mayor parte por soldados de quinta no catalanes- y,

76. [BOPB], nº 100, 28-IV-1835.

77. [PÉREZ GARZÓN 1978], p. 383.

78. [PONS ANGUERA 1988], p. 148. Con los nuevos alistados se formó otro batallón de Voluntarios, denominado el 16 de línea de Cataluña, una compañía de artillería, y más adelante una sección de caballería ([BOFARULL 1846], p. 253).

en segundo lugar, sobre los estratos más bajos de las clases populares, encuadradas en los cuerpos francos. A excepción de la de los pueblos atacados por facciosos, la Milicia Urbana no fue la encargada de enfrentarse a los carlistas, por lo que debe tomarse con precaución la tantas veces citada apelación a su esfuerzo que hizo Raül⁷⁹. Ni todos los supuestos Urbanos lo fueron realmente, ni todos salieron de sus localidades, ni la función de quienes lo hicieron fue otra que la de guarnecer las áreas en principio más seguras. Para decirlo con más claridad: los elementos más radicales de Barcelona y de Reus, aquellos que fueron autores directos de las quemadas de conventos el verano siguiente, rara vez abandonaron su refugio urbano para enfrentarse con unos facciosos a los que sólo dispararon en las mesas de los cafés, de la misma manera que quienes soportaron el peso de la guerra en la Francia revolucionaria hasta 1792 fueron los voluntarios y más tarde los conscriptos de las levadas en masa, nunca los Guardias Nacionales o *l'Armée révolutionnaire*.

Pero, como se ha visto antes, el foco carlista más próximo a Reus era el de más reciente aparición y uno de los más virulentos, y además amenazaba de cerca a una ciudad tan caldeada políticamente que la mera existencia de acciones facciosas cerca de ella tenía que producir un gran efecto sobre la opinión⁸⁰. Consciente de los peligros militares políticos que comportaba el déficit de tropa regular en el sur, Llauder pidió de continuo al ministro de la Guerra más efectivos; a inicios del verano "y aunque el Ejército y Milicia juntaba al pie de veinte mil hombres de armas, no cesaba de solicitar [Llauder] refuerzos que sabía no le podían facilitar; S. M. la Reina tenía una particular predilección por este general, cuyas reclamaciones exageradas conocía de antemano y, repugnando el que se admitiese su dimisión, que todos los correos hacía, me ponía en situación difícil con respecto a él"⁸¹. Pese a estas protestas, Amarillas cedió y el 28 de junio llegaron a Barcelona 20.000 hombres adicionales.

79. "Los Urbanos de Reus daban guarnición a Horta, que dista 15 leguas de su domicilio; los de Barcelona a Cervera y Manresa" ([RAÜLL 1835], pp. 27-28).

80. La descripción de la situación bélica en la zona sur en vísperas de la bullanga de 21-22 de julio que realiza Anna Maria Garcia ("els carlins havien aconseguit infestar de partides la muntanya i els pobles del Priorat (...) Reus era una illa liberal enmig d'un territori que era dominantment apostòlic" ([GARCIA ROVIRA 1989], p. 259) no es exacta. Otra cosa es que el curso real de la guerra importara menos que el juicio que los reusenses habían decidido formarse de él.

81. [AMARILLAS 1981], p. 136. En idéntico sentido [MANIFIESTO Junta Barcelona 1835], p. 19: "Aun antes [de julio] el general Llauder había manifestado que no podía contenerla si no se le enviaba pronto y grande refuerzo de tropas, y por habérsele negado solicitaba exonerarse del mando de Cataluña".

Un importante testimonio de la mejora de la guerra a inicios del verano de 1835 es que la prensa oficial y semioficial volvió a publicar en julio, tras varios meses de silencio, listas de deportados, en concreto una que daba cuenta del envío a Ultramar de 86 carlistas catalanes, 57 aragoneses, dos valencianos, un murciano y dos andaluces. La opinión barcelonesa no pudo dejar de notar el cambio, porque hasta el miliciano anónimo cuyo diario he utilizado varias veces aceptaba a regañadientes "que <a>perexia que el señor jeneral Llaude y al ajuntament, después de tant dormi [r] <aperexia que> es despertàban, ara que lo foch era ben <t> es<t>és, que si axò es gues fet un any atrás la fecció ab un mes era aturada"⁸². Por lo tanto, el aspecto que presentaban en junio de 1835 las operaciones militares y la relación de fuerzas cristinos-carlistas no era demasiado diferente del de octubre de 1834. En realidad, Llauder no había perdido eficacia militar sino crédito político, y por ahí, y no por una supuesta amenaza facciosa, es por donde hay que buscar las causas de su rechazada dimisión del día 18 de julio y de los acontecimientos de finales del mismo mes. A esta luz, debe considerarse que la quema de conventos y la posterior revolución de agosto no fueron causadas por la amenaza carlista sino de un modo muy indirecto, e incluso podría afirmarse que si ésta hubiese sido tan peligrosa como algunos afirmaban, la revolución no se hubiera consumado, al menos fuera de las principales ciudades.

Lejos del frente de Cataluña, el Gobierno seguía fracasando en su intento por atajar una guerra que se etiquetaba de un modo simplista como *del Norte*, cuando se trataba en realidad de un combate total -a escala española y aun europea- entre la reacción y la revolución. Sin embargo, hay que decir que esta simplificación interesada era general en toda la Corte, como muestra la opinión que manifestaban en enero los redactores de *El Eco del Comercio*:

Hágase marchar á las provincias del norte a los seis u ocho mil que hay en la guarnición de Madrid, las que componen las de Cádiz, Granada, Sevilla, Barcelona y demás puntos: todo el ejército, si necesario fuese, y confiese la defensa interior y mantenimiento del orden a la Milicia Urbana, que tantas pruebas ha dado y está dando de su ánimo y cordura.⁸³

82. [SUCCESSOS Barcelona 1981], p. 163.

83. [ECom] n° 256, 11-I-1835.